ARZOBISPO

MARCEL LEFEBVRE

CARTA ABIERTA

A LOS

CATÓLICOS PERPLEJOS

Los cristianos de hoy —decía Juan Pablo II en 1981— se sienten, en gran medida, perdidos, confusos, perplejos, y hasta decepcionados. Esta perplejidad se manifiesta en las conversaciones, los escritos y el comportamiento de los católicos. A qué se debe esta situación, se pregunta monseñor Lefebvre, obispo de Toulle en Francia, y afirma que la fe se establecía sobre certitudes, que al ser quebrantadas, han sembrado la perplejidad. Los católicos han visto transformarse el fondo y la forma de las prácticas religiosas. Nueva misa, nueva teología de los sacramentos, nuevo catecismo, nuevo derecho canónico… ¿a dónde conduce todo esto?, ¿se trata acaso de una nueva religión? Monseñor Lefebvre responde a estas preguntas con un criterio personal, apoyándose en la enseñanza constante de la iglesia, que no pertenece al pasado ni está perimida, porque la verdad es de todos los tiempos, es eterna. Éste es un libro polémico, pero también honesto y sincero, sobre un problema siempre actual, universal.

Marcel Lefebvre

Carta abierta a los católicos perplejos

ePub r1.1
Sekum 13.05.2020

Título original: *Lettre ouverte aux catholiques perplexes*
Marcel Lefebvre, 1985
Traducción: Alberto Luis Bixio

Editor digital: Sekum
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Carta abierta a los católicos perplejos

I. ¿Por qué están los católicos perplejos?

II. Nos están cambiando la religión

III. ¿Misas o ferias?

IV. La Misa tradicional y la Misa puesta al día

V. «Sois unos anticuados»

VI. Nuevo bautismo, nuevo matrimonio, nueva penitencia y nueva extremaunción

VII. Los nuevos sacerdotes

VIII. Del catecismo holandés a «Pierres Vivantes»

IX. La nueva teología

X. El ecumenismo

XI. La libertad religiosa

XII. Camaradas y hermanos

XIII. Libertad religiosa, igualdad en colegialidad y fraternidad ecuménica

XIV. El concilio Vaticano II

XV. La unión de la Iglesia con la Revolución

XVI. El neomodernismo

XVII. ¿Qué es la Tradición?

XVIII. La verdadera obediencia

XIX. Las sanciones de Roma contra Écône

XX. La Misa «de San Pío V»

XXI. Ni hereje, ni cismático

XXII. Las familias tienen que reaccionar

XXIII. Construir, no destruir

Sobre el autor

Notas

CAPÍTULO I

¿Por qué están los católicos perplejos?

¿Quién podría negar que los católicos de este final del siglo XX estén perplejos? Basta con observar lo que pasa para persuadirse de que el fenómeno es relativamente reciente y que corresponde a los veinte últimos años de la historia de la Iglesia. Antes, el camino estaba perfectamente trazado; se lo seguía o no se lo seguía. Se tenía fe o se la había perdido o bien no se la había tenido nunca. Pero aquél que tenía fe, que había entrado en la santa Iglesia por el bautismo, que había renovado sus promesas aproximadamente a los once años, que había recibido al Espíritu Santo en el día de su confirmación, ése sabía lo que debía creer y lo que debía hacer.

Hoy, muchos ya no lo saben. En las iglesias se oyen afirmaciones que causan estupefacción, se leen tantas declaraciones contrarias a lo que se había enseñado siempre que la duda se ha insinuado en los espíritus.

El 30 de junio de 1968 al clausurar el Año de la Fe, S. S. Pablo VI hacía una profesión de fe católica ante todos los obispos presentes en Roma y ante centenares de miles de fieles. En su preámbulo, el Papa ponía en guardia a todos contra los ataques dirigidos a la doctrina, pues, según decía, «eso sería entonces engendrar, como desgraciadamente se ve hoy, turbación y *perplejidad* en muchas almas fieles».

La misma palabra *Perplejidad* se encuentra en una alocución de S. S. Juan Pablo II del 6 de Febrero de 1981: «*Los cristianos de hoy, en gran parte se sienten perdidos, confundidos, perplejos y hasta decepcionados*». El Santo Padre resumía las causas del modo siguiente:

«Desde todas partes se han difundido ideas que contradicen la verdad que fue revelada y que se enseñó siempre. En los dominios del dogma y de la moral se han divulgado verdaderas herejías que suscitan dudas, confusión, rebelión. Hasta la misma liturgia fue violada. Sumergidos en un "relativismo" intelectual y moral, los cristianos se ven tentados por una ilustración vagamente moralista, por un cristianismo sociológico sin dogma definido ni moral objetiva».

Esta perplejidad se advierte en todo momento en las conversaciones, en los escritos, en los periódicos, en las emisiones radiales o televisadas, en el comportamiento de los católicos; en quienes se traduce en una disminución considerable de la práctica piadosa, como lo atestiguan las estadísticas, en una pérdida de devoción por la misa y los sacramentos, en un relajamiento general de las costumbres.

En consecuencia, uno se ve obligado a preguntarse por la causa que determinó semejante estado de cosas. A todo efecto corresponde una causa. ¿Se trata de la fe de los hombres que disminuyó por un eclipse de la generosidad del alma, del apetito de goces, de la atracción de los placeres de la vida y de «las múltiples distracciones que ofrece el mundo moderno»? Ésas no son las verdaderas razones que, de un modo u otro, siempre existieron; la rápida caída de la práctica religiosa se debe más bien al espíritu nuevo que se introdujo en la Iglesia y que suscitó sospechas sobre todo un pasado de vida eclesiástica, de enseñanza y de principios de vida.

Antes todo se fundaba en la fe inmutable de la Iglesia transmitida por catecismos que eran reconocidos por todos los episcopados.

La fe se sustentaba en certezas; al quebrantarse éstas se ha sembrado la perplejidad.

Tomemos un ejemplo: la Iglesia enseñaba —y el conjunto de los fieles así lo creía— que la religión católica era la única religión verdadera. En efecto, fue fundada por el propio Dios, en tanto que las otras religiones son obra de los hombres. En consecuencia, el cristiano debe evitar toda relación con las religiones falsas y, por otra parte, hacer todo cuanto pueda para convertir a sus adeptos a la religión de Cristo.

¿Continúa siendo siempre verdadero esto? Por supuesto. La verdad no puede cambiar, pues de otra manera nunca habría sido la verdad. Ningún

hecho nuevo, ningún descubrimiento teológico o científico —en la medida en que puedan existir descubrimientos teológicos— hará que la religión católica deje de ser el único camino de salvación.

Pero ocurre que el propio Papa asiste a ceremonias religiosas, de esas falsas religiones, ora y predica en los templos de sectas heréticas. La televisión difunde por el mundo entero las imágenes de esos contactos que causan estupor. Los fieles ya no comprenden.

Lutero apartó de la Iglesia a pueblos enteros, trastornó a Europa, espiritual y políticamente, al reducir a ruinas la jerarquía católica, el sacerdocio católico, al inventar una falsa doctrina de la salvación, una falsa doctrina de los sacramentos. Su rebelión contra la Iglesia será el modelo que habrán de seguir todos los futuros revolucionarios que desencadenen el desorden en Europa y en el mundo. Después de quinientos años es imposible, como algunos quisieran, hacer de Lutero un profeta o un doctor de la Iglesia, puesto que no es un santo.

Ahora bien, si me pongo leer la *Documentation catholique* o las revistas diocesanas, encuentro escrito lo siguiente por la pluma de la comisión mixta católico —luterana, oficialmente reconocida por el Vaticano[1]. «Entre las ideas del Concilio Vaticano II, en las que se puede ver una admisión de los requerimientos de Lutero, se encuentran por ejemplo:

1. la descripción de la Iglesia como «Pueblo de Dios' (idea clara del nuevo derecho canónico, idea democrática y no ya jerárquica);
2. el acento puesto sobre el sacerdocio de todos los bautizados;
3. el compromiso en favor del derecho de la persona a la libertad en materia de religión.
4. Otras exigencias que Lutero había formulado en su tiempo pueden considerarse satisfechas en la teología y en la práctica de la Iglesia actual: el uso de la lengua vulgar en la liturgia, la posibilidad de la comunión en las dos especies y la renovación de la teología y de la celebración de la Eucaristía.»

¡Qué gran reconocimiento! ¡Satisfacer las exigencias de Lutero que se mostró el enemigo resuelto de la misa y del Papa! ¡Admitir las demandas del blasfemo que decía - «Afirmo que todos los lupanares, los homicidios,

los robos, los adulterios son menos malos que esta abominable misa»! De tan monstruosa rehabilitación sólo se puede llegar a una conclusión: o bien hay que condenar al Concilio Vaticano II que la autorizó o bien hay que condenar al concilio de Trento y a todos los papas que desde el siglo XVI declararon que el protestantismo era herético y cismático.

Bien se comprende que ante semejante cambio de situación los católicos estén perplejos. ¡Pero tienen tantos otros motivos para estarlo! A medida que transcurrían los años los católicos vieron cómo se transformaban el fondo y la forma de las prácticas religiosas que los adultos habían conocido en la primera parte de su vida. En las iglesias los altares fueron retirados y sustituidos por una mesa, con frecuencia móvil y susceptible de ser escamoteada.

El tabernáculo ya no ocupa el lugar de honor y la mayoría de las veces se lo ha disimulado en un pilar, a un costado: en los casos en que todavía permanece en el centro, el sacerdote al decir la misa le vuelve la espalda. El celebrante y los fieles están frente a frente y dialogan. Cualquiera puede tocar los vasos sagrados, frecuentemente reemplazados por cestos, bandejas, vasijas de cerámica; laicos, incluso mujeres, distribuyen la comunión que se recibe en la mano. El cuerpo de Cristo es tratado con una falta de reverencia que suscita dudas sobre la realidad de la transubstanciación.

Los sacramentos son administrados de una manera que varía según los lugares; citaré como ejemplos la edad en que se recibe el bautismo y la confirmación, el desarrollo de la ceremonia y bendición nupciales, amenizadas con cantos y lecturas que nada tienen que ver con la liturgia, pues están tomados de otras religiones o de una literatura resueltamente profana, cuando no expresa sencillamente ideas políticas.

El latín, lengua universal de la Iglesia, y el canto gregoriano desaparecieron de una manera casi general. La totalidad de los cánticos fue reemplazada por cantilenas modernas en la que no es raro encontrar los mismos ritmos que en las de los lugares de placer.

Los católicos se vieron también sorprendidos por la brusca desaparición del hábito eclesiástico como si sacerdotes y religiosas tuvieran vergüenza de mostrarse como son.

Los padres que envían a sus hijos al catecismo comprueban que ya no les enseñan las verdades de la fe, ni siquiera las más elementales: la Santísima Trinidad, el misterio de la Encarnación, la Redención, el pecado original, la Inmaculada Concepción.

Nace entonces un sentimiento de profunda desazón. ¿Será que todo eso ya no es más verdadero? ¿Será anticuado? ¿Estará «superado»? Ni siquiera se mencionan ya las virtudes cristianas; ¿en qué manual de catecismo se habla, por ejemplo, de la humildad, de la castidad, de la mortificación? La fe se ha convertido en un concepto fluctuante, la caridad en una especie de solidaridad universal y la esperanza es sobre todo la esperanza de un mundo mejor aquí.

Estas novedades no son de la índole de aquellas que en el orden humano aparecen con el correr del tiempo, aquéllas a las que uno se habitúa, que uno asimila después de un primer período de sorpresa y de vacilación. En el curso de una vida humana muchas maneras de proceder y hacer las cosas se transforman; si yo todavía fuera misionero en África, viajaría en avión y no ya en buque aunque más no fuera por la dificultad de encontrar una compañía marítima que prestara ese servicio. En este sentido se puede decir que hay que vivir con la época y, por lo demás, está uno obligado a hacerlo.

Pero los católicos a quienes se quiso imponer novedades en el orden espiritual y sobrenatural, en virtud del mismo principio, comprendieron muy bien que eso no era posible. No se puede cambiar el Santo Sacrificio de la misa, no se pueden cambiar los sacramentos instituidos por Jesucristo, no se cambia la verdad revelada de una vez por todas, no se reemplaza un dogma por otro.

Las páginas que siguen quieren responder a las preguntas que se hacen los católicos, esos católicos que conocieron otro rostro de la Iglesia; quieren también iluminar a los jóvenes nacidos después del concilio y a quienes la comunidad católica no ofrece lo que tienen derecho a esperar. Desearía dirigirme por fin a los indiferentes o a los agnósticos a quienes la gracia de Dios tocará un día u otro, pero que corren el peligro entonces de encontrar iglesias sin sacerdotes y con una doctrina que no corresponde a las aspiraciones de su alma.

Además, es evidente que es ésta una cuestión que afecta a todo el mundo, a juzgar por el interés que le presta la prensa de información general, especialmente en nuestro país. Los periodistas también se muestran perplejos. Citemos algunos títulos al azar: «¿Morirá el cristianismo?», «¿Y si el tiempo trabajase contra la religión de Jesucristo?», «¿Habrá todavía sacerdotes en el año 2000?».

Quiero responder a estas preguntas, sin aportar a mi vez teorías nuevas, sino ateniéndome a la tradición ininterrumpida y sin embargo tan abandonada estos últimos años, que sin duda a muchos lectores les parecerá nueva.

CAPÍTULO II

Nos están cambiando la religión

Ante todo debo disipar un malentendido, para no tener luego que volver a él: no soy el jefe de un movimiento y aún menos el jefe de una iglesia en particular. No soy, como no dejan de escribir, «*el jefe de los tradicionalistas*». Hasta se ha llegado a decir que ciertas personas son «lefebvristas», como si se tratara de un partido o de una escuela. Aquí hay un equívoco verbal.

No tengo doctrina personal en materia religiosa. Toda mi vida me atuve a lo que me enseñaron en el seminario francés de Roma, es decir, la doctrina católica según la transmisión que de ella hizo el magisterio de siglo en siglo desde la muerte del último apóstol, que marca el fin de la Revelación.

En esto no debería haber un alimento apropiado para satisfacer el apetito de lo sensacional que sienten los periodistas y a través de ellos la actual opinión pública. Sin embargo, toda Francia se conmovió el 29 de agosto de 1976 al enterarse de que yo iba a decir misa en Lille. ¿Qué había de extraordinario en el hecho de que un obispo celebrara el Santo Sacrificio? Tuve que predicar ante una gran cantidad de micrófonos y cada una de mis palabras era saludada con estrépito. Pero ¿decía yo algo que no hubiera podido decir cualquier otro obispo?

¡Ah! Aquí está la clave del enigma: desde hace varios años los otros obispos ya no dicen las mismas cosas.

¿Se los ha oído hablar acaso a menudo del reino social de Nuestro Señor Jesucristo, por ejemplo?

Mi aventura personal no cesa de asombrarme: esos obispos, en su mayor parte, fueron mis condiscípulos en Roma, se formaron de la misma manera. Y de pronto yo me encontraba completamente solo. Ellos habían cambiado, ellos renunciaban a lo que habían aprendido. Yo no había inventado nada nuevo, continuaba en la línea de siempre.

El cardenal Garrone llegó a decirme un día—. «Nos han engañado en el seminario francés de Roma». Engañado, ¿en qué? ¿No hizo él mismo recitar millares de veces a los niños de su catecismo el acto de fe antes del concilio—. «*Dios mío, creo firmemente en todas las verdades que habéis revelado y que nos enseñáis por medio de vuestra Iglesia, porque vos no podéis engañaros ni engañarnos*?».

¿Cómo pudieron metamorfosearse de semejante manera todos esos obispos? Encuentro una explicación: ellos se quedaron en Francia y se dejaron infectar lentamente. En África, yo estaba protegido. Regresé a Francia justamente en el año del concilio; el mal ya estaba hecho. El Concilio Vaticano II no hizo sino abrir las compuertas que contenían la marea destructora.

En un santiamén y aun antes de que quedara clausurada la cuarta sesión, el desastre era evidente. Todo o casi todo iba a quedar eliminado y, en primer término, la oración.

El cristiano que tiene el sentido y el respeto de Dios se siente chocado por la manera en que se lo hace rezar hoy. Se ha tildado de «machaqueo» a las fórmulas aprendidas de memoria que ya no se enseñan a los niños y que ya no figuran en los catecismos con la excepción del Padre nuestro, en una nueva versión de inspiración protestante que obliga al tuteo. Tutear a Dios de una manera sistemática no es señal de gran reverencia ni procede del espíritu de nuestra lengua que nos ofrece un registro diferente según nos dirijamos a un superior, a un padre, a un camarada. En ese mismo Padrenuestro posconciliar, se le pide a Dios que no nos «*someta a la tentación*», expresión equívoca puesto que nuestra traducción francesa tradicional representa un mejoramiento por comparación con la fórmula latina calcada bastante torpemente sobre el hebreo. ¿Qué progreso hay aquí? El tuteo invadió el conjunto de la liturgia vernácula: el *Nuevo Misal de los domingos* emplea el tuteo de manera exclusiva y obligatoria sin que

se vean las razones de semejante cambio, tan contrario a las costumbres y a la cultura francesas.

En escuelas católicas se hicieron test a niños de doce y trece años. Sólo algunos conocían de memoria el padrenuestro, en francés naturalmente, algunos sabían el Avemaría. Con una o dos excepciones, esos niños ignoraban el Símbolo de los Apóstoles, el Confíteor, los Actos de fe, de esperanza, de caridad y de contrición, el Ángelus… ¿Cómo habrían de saber estas cosas si la mayor parte de ellos nunca oyeron ni siquiera hablar de ellas? La oración debe ser «espontánea», hay que hablar a Dios improvisando, se dice ahora, y no se hace ningún caso de la maravillosa pedagogía de la Iglesia que cinceló todas esas oraciones a las que hubieron de recurrir los mayores santos.

¿Qué alienta todavía a los cristianos a decir la oración matinal y vespertina en familia, a recitar el Benedícite y la acción de gracias? Me he enterado de que en muchas escuelas católicas ya no se quiere decir la oración al comenzar las clases tomando como pretexto que hay alumnos no creyentes o miembros de otras religiones y que no hay que chocar su conciencia ni hacer uno alarde de sentimientos triunfalistas.

Las autoridades escolares se felicitan de admitir en esas escuelas a una gran mayoría de no católicos y hasta de no cristianos y de no hacer nada para conducirlos a Dios. Niños católicos de esas escuelas deben ocultar su credo bajo el pretexto de respetar las opiniones de sus camaradas.

La genuflexión ya no es practicada más que por un número muy restringido de fieles; se la reemplazó por una inclinación de cabeza o más frecuentemente por absolutamente nada. La gente entra en una iglesia y se sienta.

El mobiliario ha sido reemplazado, los bancos con reclinatorio se transformaron en leña para calefacción; en muchos lugares se han colocado en su lugar butacas idénticas a las de salas de espectáculos, lo cual por lo demás permite instalar más cómodamente al público cuando las iglesias se utilizan para dar conciertos.

Me han citado el caso de una capilla del Santo Sacramento en una gran parroquia parisiense a la que acudían a hacer una visita a la hora del almuerzo muchas personas que trabajaban en los alrededores; un día esa

capilla se cerró a causa de los trabajos que debían realizarse; cuando reabrió sus puertas los reclinatorios habían desaparecido, sobre una gruesa y cómoda alfombra se habían instalado asientos acolchados y profundos, de un precio ciertamente elevado y comparables a los que se pueden encontrar en la sala de recepción de las grandes sociedades o de las compañías aéreas.

El comportamiento de los fieles cambió completamente; unos pocos se arrodillaban en la alfombra, pero la mayor parte se instalaba cómodamente y con las piernas cruzadas meditaba frente al tabernáculo. Es seguro que en el espíritu de esa parroquia había una intención; no se procede a realizar disposiciones tan costosas sin reflexionar en lo que se hace, se comprueba aquí una voluntad de modificar las relaciones del hombre con Dios en la dirección de la familiaridad, de la desenvoltura, como si se tratara con Dios de igual a igual.

Si se suprimen los gestos que materializan la «virtud de religión» ¿cómo puede uno estar persuadido de que se encuentra en presencia del Creador y soberano, Señor de todas las cosas? ¿No se corre así el riesgo de disminuir el sentimiento de Su Presencia real en el tabernáculo?

Los católicos están también desorientados por la trivialidad y hasta por la vulgaridad que se les impone en los lugares de culto de manera sistemática. Se tildó de triunfalismo todo aquello que contribuía a la belleza de los edificios y al esplendor de la ceremonia. Hoy la decoración debe aproximarse a la decoración cotidiana, a lo «vivido».

En los siglos de fe, se ofrecía a Dios lo que el hombre poseía de más precioso; en las iglesias de aldea se podía ver precisamente aquello que no pertenecía al universo cotidiano: piezas de orfebrería, obras de arte, ricos tejidos, encajes, bordados, estatuas de la Santa Virgen coronadas de joyas.

Los cristianos hacían sacrificios financieros para honrar lo mejor que podían al Altísimo. Todo eso contribuía a la oración, ayudaba al alma a elevarse, y éste es un fenómeno natural en el hombre: cuando los reyes magos acudieron al pobre pesebre de Belén, llevaban oro, incienso y mirra. Hoy se embrutece a los católicos haciéndolos rezar en un ambiente trivial, en «salas polivalentes» que no se distinguen de ningún otro lugar público y a veces son incluso peores que los lugares públicos. Aquí y allá se abandona una magnífica iglesia gótica o románica para construir al lado una

especie de cobertizo pelado y triste, o bien se organizan «eucaristías domesticas» en comedores y hasta en cocinas. Me han hablado de una de ellas celebrada en el domicilio de un difunto en presencia de su familia y de amigos; después de la ceremonia se retiró el cáliz y sobre la misma mesa cubierta por el mismo mantel se instaló el refrigerio. Durante todo ese tiempo y a algunos centenares de metros, los pájaros eran los únicos que cantaban al Señor alrededor de la iglesia del siglo XIII provista de magníficos vitrales.

Aquellos lectores que hayan conocido la época anterior a la guerra seguramente se acuerdan del fervor de las procesiones de Corpus Christi, con las múltiples estaciones, los cantos, los incensarios, la custodia resplandeciente a los rayos del sol, llevada por el sacerdote bajo el dosel bordado de oro, las banderas y las flores, las campanas.

El sentido de la adoración nacía así en el alma de los niños y les quedaba grabado para toda la vida. Este aspecto primordial de la oración parece muy descuidado. ¿Se podrá aducir el motivo de la evolución necesaria, de los nuevos hábitos de vida? Las complicaciones del tránsito de automóviles no impiden las manifestaciones callejeras, y los que participan de ellas no sienten ningún respeto humano para expresar sus opiniones políticas o sus reivindicaciones justas o injustas. ¿Por qué tendría que ser Dios el único en quedar descartado y por qué sólo los cristianos deberían abstenerse de rendirle el culto público que le corresponde?

La desaparición casi total de las procesiones no tiene por origen un desafecto de los fieles. La procesión está prescrita por la nueva pastoral que sin embargo insiste incesantemente en la busca de una «participación activa del pueblo de Dios». En 1969 un cura de Oise era destituido por su obispo después de haber recibido la prohibición de realizar la tradicional procesión de Corpus, pero esa procesión se realizó así y todo y atrajo a diez veces más personas que los propios habitantes de la aldea.

¿Se podrá decir que la nueva pastoral, por lo demás, en contradicción en este punto con la contribución conciliar sobre la Santa Liturgia, está de acuerdo con las aspiraciones profundas de los cristianos que permanecen aferrados a esas formas de piedad?

¿Qué les proponen en cambio? Muy poco, pues el servicio del culto se redujo muy rápidamente. Los sacerdotes ya no celebran todos los días el Santo Sacrificio y concelebran el resto del tiempo; el número de misas disminuyó en grandes proporciones.

En la campaña es prácticamente imposible asistir a misa en los días hábiles; los domingos es necesario usar algún vehículo para llegar a la localidad a la que le toca recibir al sacerdote del «sector». Numerosas iglesias de Francia han quedado definitivamente cerradas, otras se abren algunas veces en el año. Si se agrega a esto la crisis de las vocaciones, el resultado es que la práctica religiosa se hace año tras año más difícil. Las grandes ciudades están en general mejor servidas, pero la mayoría de las veces es imposible comulgar, por ejemplo, los primeros viernes o los primeros sábados del mes.

Naturalmente ya no hay que pensar en la misa cotidiana; en muchas parroquias de ciudades las misas se celebran por encargo, para un grupo dado de personas a una hora convenida y de manera tal que el que entra por casualidad donde se dice la misa se siente extraño a una celebración salpicada de alusiones a las actividades especiales y a la vida del grupo. Se ha tratado de desacreditar lo que se ha dado en llamar celebraciones individuales por oposición a las celebraciones comunitarias; en realidad, la comunidad se disgregó en pequeñas células; no es raro ver a sacerdotes celebrar misa en casa, de *un* cristiano entregado a actividades de la acción católica y en presencia de algunos militantes.

También se comprueba que el horario del domingo a la mañana está distribuido entre las diferentes comunidades lingüísticas y entonces hay misa en francés, misa en portugués, misa en español… En una época en la que los viajes al exterior se han difundido tanto, los católicos deben asistir a misas en las que no comprenden una palabra, aunque se les da a entender que no es posible orar sin «participar». ¿Cómo podrían participar?

Ya no hay misas o hay muy pocas, ya no hay procesiones, ya no hay bendiciones del Santo Sacramento, ya no hay vísperas… La oración en común ha quedado reducida a su expresión más simple. Pero cuando el fiel logró superar las dificultades de horarios y de traslado, ¿qué encuentra para apagar su sed espiritual?

Más adelante hablaré de la liturgia y de las graves alteraciones que sufre.

Por el momento observemos el exterior de la cuestión, observemos la forma de esta oración común. Con harta frecuencia el clima de las «celebraciones» resulta chocante para el sentido religioso de los católicos. Se ha producido la intrusión de ritmos profanos con toda clase de instrumentos de percusión, guitarras, saxofones. Un músico responsable de música sagrada de una diócesis del norte de Francia escribía con el apoyo de eminentes y numerosas personalidades del mundo musical: *«A pesar de las designaciones corrientes, la música de esos cantos no es moderna: ese estilo musical no es nuevo, sino que se practicaba en lugares y medios muy profanos (*cabarets, music-halls, *a menudo para bailar danzas más o menos lascivas con nombres extranjeros)… y sus ritmos impulsan a menearse o al* swing: *todo el mundo tiene ganas de agitarse. Ésta es ciertamente una expresión corporal extraña a nuestra cultura occidental, poco favorable al recogimiento y cuyos orígenes son bastante turbios…*

La mayor parte del tiempo nuestros conjuntos a los que les cuesta ya tanto trabajo no igualar las negras y las corcheas en una medida de 6/8 no respetan el ritmo exacto y el conjunto falla: entonces uno ya no siente ganas de menearse pues el ritmo se hace informe y muestra tanto más la pobreza habitual de la línea melódica».

¿En qué se convierte la oración en medio de todo esto? Felizmente parece que en más de un lugar la gente ha retornado a costumbres menos bárbaras. Entonces, si uno quiere cantar, está sujeto a las producciones de los organismos oficiales especializados en la música de iglesia, pues ya a nadie se le ocurre utilizar la maravillosa herencia de los siglos pasados.

Las melodías habituales, siempre las mismas, son de una inspiración muy mediocre. Los trozos más elaborados, ejecutados por coros, se resienten por la influencia profana y excitan la sensibilidad en lugar de penetrar en el alma como el canto llano; la letra inventada con un vocabulario nuevo, como si un diluvio hubiera destruido unos veinte años atrás todos los libros antifonarios en los cuales se podría haber buscado inspiración aun queriendo hacer algo nuevo, adopta el estilo del momento y

pasa rápidamente de moda; al cabo de muy breve tiempo ya no es comprensible.

Innumerables discos destinados a la «animación» de las parroquias difunden paráfrasis de salmos que se dan como si fueran salmos y que suplantan el texto sagrado de inspiración divina. ¿Por qué no cantar los salmos mismos?

No hace mucho tiempo apareció una novedad; en la entrada de las iglesias podían leerse unos letreros que decían: «Para alabar a Dios, batid palmas». Así, durante la celebración y a una señal del animador los concurrentes levantan los brazos por encima de la cabeza y golpean las manos cadenciosamente con entusiasmo, de suerte que producen un insólito estrépito en el recinto del santuario.

Este tipo de innovaciones, que ni siquiera tiene relación con nuestros hábitos profanos, intenta implantar una actitud artificial en la liturgia y sin duda no tendrá gran futuro; sin embargo contribuye a desalentar a los católicos y a aumentar su perplejidad. Uno puede abstenerse de frecuentar las *Gospel Nights* pero ¿qué hace cuando las raras misas del domingo están invadidas por estas desoladoras prácticas?

La pastoral de conjunto, según la expresión adoptada, obliga al fiel a hacer nuevos gestos, cuya utilidad él no comprende y van contra su naturaleza. Ante todo es menester que las cosas ocurran de una manera colectiva, con intercambios de palabras, intercambios de evangelio, intercambios de miradas, apretones de manos. El pueblo sigue estas prácticas refunfuñando y a regañadientes, como lo demuestran las cifras estadísticas: las últimas estadísticas registran entre 1977 y 1983 una nueva disminución en la frecuentación de la Eucaristía en tanto que la oración personal registra un ligero aumento[2].

La pastoral de conjunto no logró pues conquistar a la población católica. Véase lo que puede leerse en un boletín parroquial de la región parisiense:

«Desde hace dos años la misa de las nueve y media tenía de vez en cuando un estilo un poco particular por cuanto a la proclamación del Evangelio seguía un intercambio en el cual los fieles se reunían por grupos de a diez. En realidad, la primera vez que se intentó semejante celebración, sólo sesenta y nueve personas constituyeron grupos de intercambio y ciento

treinta y ocho permanecieron al margen de la ceremonia. Se podía pensar que corriendo el tiempo se modificaría ese estado de cosas, pero nada de eso ha ocurrido».

Entonces el equipo parroquial organizó una reunión para establecer si continuarían o no las «misas con intercambios». Se comprende que las dos terceras partes de los asistentes que se resistieron hasta entonces a las novedades posconciliares no se hayan sentido encantados con esas chácharas improvisadas en plena misa. ¡Qué difícil es hoy ser católico! La liturgia francesa, aun sin «intercambios», aturde a los asistentes con oleadas de palabras, de suerte que muchos se quejan de que ya no pueden rezar durante la misa. Entonces, ¿cuándo rezarán?

Los cristianos desconcertados comprueban que se les proponen recetas admitidas por la jerarquía siempre que se alejen de la espiritualidad católica. El yoga y el zen son las más extrañas. ¡Desastroso orientalismo que conduce a la piedad por falsos caminos al pretender realizar una «*higiene del alma*»! ¿Quién podrá exagerar, por otro lado, los efectos nefastos de la expresión corporal, degradación de la persona y al mismo tiempo exaltación del cuerpo que es contraria a la elevación hacia Dios? Estas nuevas prácticas introducidas hasta en los monasterios de monjes contemplativos, como muchas otras, son extremadamente peligrosas y dan la razón a aquéllos a quienes oímos decir: «*Nos están cambiando nuestra religión*».

CAPÍTULO III

¿Misas o ferias?

Tengo ante mí, publicadas en los diarios católicos, unas fotografías que representan la misa tal como se dice ahora con bastante frecuencia. En la primera fotografía me cuesta trabajo comprender de qué momento del Santo Sacrificio se trata. Detrás de una mesa ordinaria de madera, que no parece muy limpia y que no está cubierta por mantel alguno, dos personajes de traje y corbata elevan o presentan uno de ellos un cáliz, el otro un copón. Por el texto me entero de que son sacerdotes, uno de los cuales es capellán general de la Acción Católica. Del mismo lado de la mesa, cerca del primer celebrante, dos muchachas en pantalones, cerca del segundo dos muchachos en jersey. Una guitarra está apoyada contra un taburete.

En otra fotografía la escena representa el rincón de una habitación que podría ser la sala de un hogar de jóvenes. El sacerdote está de pie, ataviado con alba de Taizé delante de un escabel corriente que sirve de altar; sobre él se ve una gran vasija de gres y un vaso más pequeño del mismo material, así como dos cabos de vela encendidos. Cinco jóvenes están sentados en cuclillas en el suelo y uno de ellos toca la guitarra.

La tercera fotografía se refiere a un acontecimiento que se verificó hace algunos años: el crucero marítimo de algunos ecologistas que querían impedir las pruebas atómicas francesas en el islote de Mururoa. Entre ellos hay un sacerdote que celebra la misa en el puente del velero en compañía de otros dos hombres. Los tres están en *shorts* y además uno de ellos exhibe el torso desnudo. El sacerdote levanta la hostia, sin duda es el momento de la

elevación. No está ni de pie ni de rodillas, sino que está sentado o, mejor dicho, recostado contra la superestructura del barco.

Estas fotografías escandalosas presentan un rasgo común: por la vulgaridad de la decoración, por los instrumentos utilizados, por las actitudes y las vestimentas la Eucaristía queda rebajada a la condición de un acto cotidiano. Ahora bien, las revistas llamadas católicas que se venden en los escaparates de las iglesias no presentan estas fotografías para criticar semejantes modos de obrar sino, por el contrario, para recomendarlos.

La *Vie* hasta considera que todo esto no es suficiente. Utilizando como costumbre trozos de cartas de lectores para decir lo que piensa sin comprometerse, la revista declara: «*La reforma litúrgica debería ir más lejos… Las repeticiones, las fórmulas que son siempre iguales, toda esa reglamentación frena una verdadera creatividad*». ¿Que debería ser la misa? Esto: «*Nuestros problemas son múltiples, nuestras dificultades aumentan y la Iglesia parece mantenerse al margen de ellas. A menudo sale uno de la misa agobiado; hay una especie de desfase entre nuestra vida, nuestras preocupaciones del momento y lo que se nos propone vivir el domingo*».

Seguramente uno sale agobiado de una misa que trata de descender el nivel de los hombres, en lugar de elevarlos hacia Dios y que, mal comprendida, no permite superar los «problemas». Ese deseo de ir aún más lejos traduce una deliberada voluntad de destruir lo sagrado. De esta manera se despoja al cristiano de algo que le es necesario y a lo que él aspira, pues el cristiano se siente impulsado a honrar y a reverenciar todo aquello que tiene una relación con Dios. ¡Y cuantas más materias del Sacrificio destinadas a convertirse en su cuerpo y en su sangre! ¿Por qué se hacen hostias grises o morenas dejándoles una parte de salvado? ¿Se quiere hacer olvidar la expresión suprimida en el nuevo ofertorio *hanc immaculatam hostiam*, esta hostia sin mancha?

Y sin embargo no es ésta una innovación menor. Con frecuencia se oye hablar de la consagración de trozos de pan ordinario en lugar del que se hace con puro trigo candeal como está prescrito y cuyo uso exclusivo fue recordado recientemente en la instrucción *Inaestimabile Donun*. Como se han sobrepasado todos los límites, hemos llegado a ver que un obispo

norteamericano recomendaba que se hicieran unas tortitas con leche, huevos, levadura, miel y margarina.

La desacralización se extiende a las personas consagradas al servicio de Dios y así se registra la desaparición del hábito eclesiástico de sacerdotes y religiosas, el empleo de los nombres de pila, el tuteo, el modo de vida secularizado en nombre de un nuevo principio y no, como se trata de hacer creer, por necesidades prácticas. Detesto a esas religiosas que habiendo abandonado el monasterio van a vivir a departamentos alquilados en la ciudad, con lo cual hacen doble gasto pues al haber abandonado también el velo deben acudir regularmente a la peluquería.

La pérdida de lo sagrado conduce también al sacrilegio. Un periódico del oeste de Francia nos informa sobre el concurso nacional de muchachas adolescentes que se realizó en 1980 en la *Vendée*. Se celebró una misa durante la cual las muchachas bailaron y algunas de ellas distribuyeron la comunión. Y esto no fue todo, la ceremonia fue coronada por una ronda en la cual tomo parte el celebrante con sus ornamentos sacerdotales.

No tengo la intención de presentar aquí un catálogo de los excesos que se producen; quiero tan sólo dar algunos ejemplos que muestran porqué los católicos de hoy tienen motivos para estar perplejos y hasta escandalizados. No revelo ningún secreto, la propia televisión se encarga de difundir en todos los hogares, en la edición de los domingos por la mañana, la inadmisible desenvoltura que exhiben públicamente obispos respecto del Cuerpo de Cristo, como por ejemplo en la misa televisada del 22 de noviembre de 1981, en la cual el copón fue reemplazado por cestos que los fieles se pasaban unos a otros y que terminaron por dejar en el suelo con lo que quedaba de las Santas Especies.

En Poitiers, el Jueves Santo del mismo año, una concelebración de gran espectáculo consistió en consagrar panes y jarros de vino sobre unas mesas a las que cada uno se acercaba para servirse él mismo.

Los conciertos de música profana organizados en las iglesias son ahora una costumbre generalizada. Hasta se acepta prestar los lugares de culto para audiciones de música rock con todos los excesos que habitualmente implican. Iglesias y catedrales fueron entregadas al libertinaje, a la droga, a las manchas de todo género y no fue el clero local quien procedió luego a

realizar ceremonias expiatorias, sino que fueron grupos de fieles justamente sublevados por tales escándalos. ¿Cómo los obispos y los sacerdotes que favorecieron estas cosas no temen atraerse sobre ellos y sobre el conjunto de su pueblo la maldición divina? Esa maldición ya se manifiesta en la esterilidad que muestran en sus obras.

Todo se pierde, todo se desorganiza porque el Santo Sacrificio de la misa, profanado como está, ya no difunde la gracia, ya no la acuerda. El desprecio por la presencia real de Cristo en la Eucaristía es el hecho más flagrante por el cual se expresa el nuevo espíritu, que ya no es católico.

Sin llegar a los ruidosos excesos a que acabo de referirme, todos los días puede uno comprobar ese nuevo espíritu. El concilio de Trento manifestó de manera explícita y sin ninguna duda posible que Nuestro Señor está presente en las menores partículas de la hostia consagrada. Entonces, ¿qué hemos de pensar sobre la comunión tomada con la mano? Cuando se utiliza una bandeja, aun cuando las comuniones sean pocas, siempre quedan partículas, en consecuencia, esas partículas quedan en las manos de los fieles. De esta manera la fe se quebranta en muchos, sobre todo en los niños.

El nuevo estilo de hacer las cosas sólo puede tener una explicación: si uno va a misa para compartir el pan de la amistad, la comida comunitaria, la fe común, entonces es natural que no se tomen excesivas precauciones. Si la Eucaristía es sólo un símbolo que materializa el simple recuerdo de un hecho pasado, la presencia espiritual de Nuestro Señor, es lógico que uno se preocupe poco por las migajas que puedan caer al suelo.

Pero si se trata de la presencia real del propio Dios, de nuestro Creador, como lo quiere la fe de la Iglesia, ¿cómo comprender que se admita semejante práctica y hasta que se la fomente a pesar de documentos romanos todavía recientes? La idea que se pretende infiltrar así es una idea protestante contra la cual los católicos aún no contaminados se rebelan. Para imponerla mejor, hoy se obliga a los fieles a comulgar de pie.

¿Es conveniente que vaya uno a recibir, sin el menor signo de respeto o recogimiento, a Cristo ante quien, según dice san Pablo, se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos?

Muchos sacerdotes ya no se arrodillan ante la Santa Eucaristía; el nuevo rito de la misa los alienta a esa actitud. No veo sino dos razones posibles, o un inmenso orgullo que los hace tratar a Dios como si fuéramos sus iguales o la certeza de que Dios no está en la Eucaristía.

¿Me propongo enjuiciar a la presunta «Iglesia Conciliar»? No, no invento nada. Véase cómo se expresa el decano de la facultad de teología de Estrasburgo:

«También se habla de la presencia de un orador, de un actor para designar así una cualidad que no es un "estar allí" topográfico. En definitiva, alguien puede estar presente por un acto simbólico que él mismo no cumple físicamente, sino que otros cumplen por fidelidad creadora en su honor. Por ejemplo, el festival de Bayreuth realiza sin duda una presencia de Richard Wagner, presencia que es muy superior en intensidad a la que pueden manifestar libros o conciertos ocasionales dedicados al músico. Me parece que es en esta última perspectiva cómo conviene situar la presencia eucarística de Cristo».

¡Compara la misa con el festival de Bayreuth! No, decididamente no estamos de acuerdo ni sobre las palabras, ni sobre la música.

CAPÍTULO IV

La Misa tradicional y la Misa puesta al día

Para preparar el Congreso Eucarístico de 1981, se redactó un cuestionario cuya primera pregunta era la siguiente:

«Entre estas dos definiciones, "Santo Sacrificio de la Misa" y "Comida Eucarística", ¿cuál adopta usted espontáneamente?» Habría mucho que decir sobre esta manera de interrogar a los católicos en la que en cierto modo se les deja la libertad de elegir y se apela a su juicio personal en una cuestión en la cual la espontaneidad nada tiene que hacer. No se puede elegir la definición de la misa así como se elige un partido político.

Pero ¡ay! La insinuación no se debe a la torpeza del redactor de este cuestionario. Hay que convencerse: la reforma litúrgica tiende a reemplazar la noción y la realidad del Sacrificio por la realidad de una comida. Y así es como se habla de celebración eucarística y de Cena, pero el término Sacrificio es mucho menos empleado y casi ha desaparecido por entero de los manuales de catecismo y de predicación. El término no figura en el Canon N.º 2 llamado de san Hipólito.

Esta tendencia tiene relación con lo que comprobamos tocante a la Presencia real: si ya no hay sacrificio, ya no hay más necesidad de una víctima. La víctima está presente con miras al sacrificio. Convertir la misa en una comida conmemorativa, en una comida fraternal es el error de los protestantes.

¿Qué ocurrió en el siglo XVI?

Primeramente lo que está pasando en nuestros días. Los protestantes reemplazaron inmediatamente el altar por una mesa, suprimieron el

crucifijo de la mesa e hicieron volver al «presidente de la asamblea» en dirección de los fieles.

El desarrollo de la Cena protestante se encuentra en *Fierres Vivantes,* el libro compuesto por los obispos de Francia que todos los niños que aprenden catecismo deben utilizar obligatoriamente: «Los cristianos se reúnen para celebrar la eucaristía; se trata de la misa… Los cristianos proclaman la fe de la iglesia, ruegan por el mundo entero, ofrecen el pan y el vino… El sacerdote que preside la asamblea dice la gran oración de acción de gracias…» Ahora bien, en la religión católica, es el sacerdote quien celebra la misa, es él quien ofrece el pan y el vino. El concepto de presidente está tomado directamente del protestantismo. El vocabulario mismo sigue al cambio de espíritu. Antes se decía: «Monseñor Lustiger celebrará una misa pontifical». Me han dicho que en la Radio Notre-Dame, la frase que ahora se utiliza es: «Jean-Marie Lustiger presidirá una concelebración».

Véase cómo se habla de la misa en un folleto editado por la Conferencia de Obispos suizos.

La comida del Señor realiza en primer término la comunión con Cristo. Es la misma comunión que Jesús realizaba durante su vida terrestre cuando se sentaba a la mesa con los pecadores, comida que continúa en la comida eucarística desde el día de la Resurrección. El Señor invita a sus amigos a reunirse y él estará presente entre ellos."

¡Pues no! Todo católico está obligado a responder de manera categórica.

¡No! La misa no es eso. No es la continuación de una comida semejante a aquélla en la que nuestro Señor invitó a san Pedro y a algunos discípulos una mañana a orillas de lago después de su resurrección: «*Luego pues que subieron saltando a tierra vieron allí un fuego de carbón, un pescado puesto encima y pan… Díceles Jesús, "Venid y almorzad" y ninguno de los discípulos se atrevió a preguntarle "¿Quién eres tú?" conociendo que era el Señor. Viene entonces Jesús, toma el pan, lo da a sus discípulos y asimismo el pescado*» (San Juan, XXI, 9-13).

La comunión del sacerdote y de los fieles es una comunión con la víctima que se ofrece en el altar del sacrificio. Ese altar es macizo y está hecho de piedra; si no es de piedra contiene por lo menos la piedra de altar

que es una piedra de sacrificio, en ella se han incrustado reliquias de mártires porque ellos ofrecieron su sangre por su Maestro. Esta comunión de la sangre de Nuestro Señor con la sangre de los mártires nos alienta a ofrecer también nosotros nuestras vidas.

Si la misa es una comida, comprendo que el sacerdote se vuelva hacia los fieles. Uno no preside una comida volviendo la espalda a los invitados. Pero un sacrificio se ofrece a Dios no a los circunstantes. Por esa razón el sacerdote, a la cabeza de los fieles, se vuelve hacia Dios, hacia el crucifijo que domina el altar.

Hoy se insiste en toda ocasión en lo que el *Nuevo Misal de los domingos* llama «el relato de la institución». El Centro Jean Bart, centro oficial del obispado de París, declara: «En el corazón de la misa hay un relato».

Otra vez ¡No! La misa no es una narración, es una acción. Hay tres condiciones indispensables para que la misa sea la continuación del Sacrificio de la Cruz: la oblación de la víctima, la transubstanciación que hace a la víctima efectivamente presente y no simbólicamente, la celebración por parte de un sacerdote que ocupa el lugar del Sacerdote máximo que es Nuestro Señor y que debe estar consagrado por su sacerdocio.

De esta manera la misa puede procurar la remisión de los pecados. Un simple acto recordatorio, un relato de la institución acompañado por una comida distaría mucho de bastar. Toda la virtud sobrenatural de la misa proviene de su relación con el Sacrificio de la Cruz. Si uno ya no cree en eso, no cree nada de lo que la Santa Iglesia enseña, la Iglesia ya no tiene razón de ser y tampoco es necesario pretender ser católico. Lutero había comprendido muy bien que la misa es el corazón, el alma, de la Iglesia. Decía: «Destruyamos la misa y destruiremos a la Iglesia».

Lo cierto es que percibimos que el *Novus Ordo missae*, es decir, la nueva regla adoptada después del concilio, se alinea según las concepciones protestantes o, por lo menos, se aproxima a ellas peligrosamente. Para Lutero, la misa podrá ser un sacrificio de alabanza, es decir un acto de loor, de acción de gracias, pero ciertamente no un sacrificio expiatorio que renueva el Sacrificio de la Cruz y lo aplica.

Para Lutero el Sacrificio de la Cruz tuvo lugar en un determinado momento de la historia y Lutero permanece prisionero de esa historia; nosotros no podemos aplicarnos los méritos de Cristo sino por obra de nuestra fe en su muerte y en su resurrección.

En cambio, la Iglesia cree que ese sacrificio se realiza místicamente en nuestros altares en cada misa, de una manera incruenta, por obra de la separación del cuerpo y de la sangre en las especies del pan y del vino. Esa renovación permite aplicar a los fieles presentes los méritos de la cruz y perpetuar esa fuente de gracias en el tiempo y en el espacio. El Evangelio de san Mateo termina con estas palabras: «*Y ahora yo estaré con vosotros para siempre, hasta el fin del mundo*».

La diferencia de concepción no es insignificante. Sin embargo se procura reducirla alterando la doctrina católica, como puede comprobarse por numerosos signos en la liturgia.

Lutero decía: «*El culto se dirigía a Dios como un homenaje, en adelante se dirigirá al hombre para consolarlo e iluminarlo. El sacrificio ocupaba el primer lugar, ahora el sermón lo suplantará*».

Esto significaba introducir el culto del hombre y, en la Iglesia, la importancia de la «*Liturgia de la palabra*». Si abrimos los nuevos misales comprobamos que esa revolución se ha cumplido. Se agregó una lectura a las dos que existían y además una «oración universal» a menudo utilizada para expresar ideas políticas o sociales. Se llega así a un desequilibrio en favor de la palabra. Una vez terminado el sermón, la misa ya casi toca a su fin.

En la Iglesia, el sacerdote lleva la marca de un carácter indeleble que lo hace un *alter Christus*; sólo el sacerdote puede ofrecer el Santo Sacrificio. Lutero considera la distinción entre clérigos y laicos como «la primera muralla levantada por los romanistas»; todos los cristianos son sacerdotes, el pastor no hace sino ejercer una función al presidir la «misa evangélica». En el nuevo orden, el «yo» del celebrante ha quedado reemplazado por el «nosotros»; por todas partes se lee que los fieles «celebran», se los asocia a actos del culto, leen la Epístola y eventualmente el Evangelio, distribuyen la comunión, a veces hacen la homilía que puede ser reemplazada por «un

intercambio en pequeños grupos sobre la palabra de Dios», se reúnen con antelación para «forjar» la celebración del domingo.

Pero todo esto no representa más que una etapa; desde hace varios años, responsables de organismos episcopales emiten proposiciones de este género: «Los que celebran no son los ministros, sino que la que celebra es la asamblea». (*Fichas del Centro Nacional de la Pastoral Litúrgica*) o «La asamblea es el primer tema de la liturgia»; lo que cuenta no es «*el funcionamiento de los ritos, sino la imagen que la asamblea se forja de sí misma y las relaciones que se instauran entre los concelebrantes*» (P. Gelineau, artífice de la reforma litúrgica y profesor en el Instituto Católico de París).

Si lo que cuenta es la asamblea, bien se comprende que las misas privadas sean mal consideradas, lo cual hace que los sacerdotes ya no las digan, puesto que cada vez es menos fácil encontrar una asamblea sobre todo en días hábiles. Esto constituye una ruptura con la doctrina invariable: la Iglesia necesita multiplicar los sacrificios de la misa para la aplicación del Sacrificio de la Cruz y para todos los fines que le son asignados: la adoración, la acción de gracias, la propiciación[3] y la impetración[4]..

Y aquí no acaba todo, pues muchos se proponen eliminar lisa y llanamente al sacerdote, lo cual da lugar a las famosas ADAP (*Assamblées dominicales en l'absence du prétre*[5]).

Podría uno concebir la idea de que los fieles se reúnan para orar juntos y honrar así el día del Señor. Pero esas ADAP son en realidad especies de misas a las cuales únicamente les falta la consagración y esto, como se puede leer en un documento del Centro Regional de Estudios Socio religiosos de Lille, sólo porque hasta nueva orden los laicos no tienen el poder de ejecutar este acto. La ausencia del sacerdote puede ser deliberada «para que los fieles aprendan a desempeñarse solos».

El padre Galineau en *Demain la Liturgie* escribe que las ADAP no son más que una «transición pedagógica hasta que las mentalidades hayan cambiado» y concluye, con una lógica que confunde, que hay demasiados sacerdotes en la Iglesia, «sin duda demasiados para que las cosas evolucionen rápidamente».

Lutero suprimió el ofertorio: ¿por qué ofrecer la hostia pura y sin mancha si ya no hay más sacrificio? En el nuevo orden francés el ofertorio prácticamente ya no existe; por lo demás ya ni siquiera se lo llama con ese nombre.

El Nuevo Misal de los domingos habla de «oraciones de presentación». La fórmula utilizada evoca más una acción de gracias, un agradecimiento por los frutos de la tierra. Para darse cuenta de esto basta con compararla con las fórmulas tradicionalmente empleadas por la Iglesia en las que se manifiesta claramente la finalidad propiciatoria y expiatoria del sacrificio «*que yo os ofrezco… por mis innumerables pecados, ofensas y negligencias; por todos los asistentes y por todos los cristianos vivos y muertos a fin de que aproveche a mi salvación y a la de ellos para la vida eterna*». Y luego elevando el cáliz, el sacerdote dice: «*Os ofrecemos, Señor, el cáliz de vuestra redención y suplicamos que vuestra bondad lo quiera hacer ascender, como un suave perfume, a la presencia de Vuestra divina Majestad, para salvación nuestra y salvación del mundo entero*».

¿Qué queda de todo esto en la nueva misa? Lo siguiente:

«Bendito tú seas, Dios del universo, que nos das este pan, fruto de la tierra y del trabajo de los hombres. Ahora te lo presentamos y se convertirá en el pan de la vida»; lo mismo ocurre con el vino que se convertirá en «el vino del reino eterno»; ¿de qué sirve agregar un poco después: «Lávame de mis faltas, Señor, purifícame de mi pecado» y «Que nuestro sacrificio encuentre en este día gracia ante ti»?

¿Qué pecado? ¿Qué sacrificio? ¿Qué relación puede establecer el fiel entre esta presentación vaga de las ofrendas y la redención que es capaz de alcanzar? Haré otra pregunta: ¿Por qué sustituir un texto claro y de sentido completo por una serie de frases enigmáticas y mal hilvanadas en su conjunto? Si se siente la necesidad de cambiar algo debe procederse a mejorar.

Esas pocas palabras que parecen rectificar la insuficiencia de las «oraciones de presentación» hacen pensar otra vez en Lutero, quien disimulaba con tiento los cambios.

Conservaba lo más posible ceremonias antiguas y se limitaba a cambiarles sólo el sentido. La misa conservaba en gran parte su aparato

exterior y el pueblo encontraba en las iglesias más o menos la misma decoración, más o menos los mismos ritos con algunos retoques hechos para complacerlo, pues a partir de entonces todo se dirigía al pueblo mucho más que antes; el pueblo tenía ahora más conciencia de valer algo en el culto, desempeñaba una parte más activa mediante el canto y la oración recitada en voz alta. Poco a poco el latín fue dejando definitivamente su lugar al alemán.

¿Y todo esto no nos recuerda nada? Lutero también se empeñaba en crear nuevos cánticos para reemplazar «*todos esos gorgoritos del papismo*»; las reformas siempre asumen el aspecto de revolución cultural.

En el nuevo orden, la parte más antigua del canon romano, que se remonta a la edad apostólica, fue modificada para que se aproximara a la fórmula consagratoria luterana, con un agregado y una supresión. La traducción francesa ha conservado las palabras *pro multis*, pero alterando su significación. En lugar de «mi sangre… que será derramada para vosotros y para un gran número», leemos; «que será derramada para vosotros y para la multitud». Esto no significa lo mismo y teológicamente no es neutro.

Se habrá podido observar que la mayor parte de los sacerdotes pronuncia hoy de un tirón la parte principal del canon que comienza así: «La víspera de su Pasión, tomó el pan en sus manos muy santas…» sin hacer la pausa implícitamente indicada en el misal romano:

«Sosteniendo con las dos manos la hostia entre el índice y el pulgar, el sacerdote pronuncia las palabras de la consagración en voz baja, pero distintamente sobre la hostia».

El tono cambia entonces, se hace vivo y las cinco palabras *Hoc est enim Corpus meum* operan el milagro de la transubstanciación, así como las palabras que se dicen en la consagración del vino. El nuevo misal invita al celebrante a conservar el tono narrativo como si se tratara efectivamente de una recordación. Como hoy la creatividad es la regla, podemos ver a ciertos oficiantes que al recitar su texto muestran la hostia en redondo o hasta la rompen con ostentación para agregar el gesto a las palabras e ilustrar mejor su relato. Se suprimieron dos de las cuatro genuflexiones y las que quedan a veces se omiten; verdaderamente cabe preguntarse si el sacerdote tiene el

sentimiento de consagrar, suponiendo que realmente tenga la intención de hacerlo.

Y entonces los católicos perplejos se convierten en católicos preocupados: ¿Fue válida la misa a la que acaban de asistir? ¿Fue realmente el cuerpo de Cristo la hostia que recibieron?

Éste es un grave problema. ¿Cómo puede el fiel juzgar la situación? Para la validez de una misa existen condiciones esenciales: la materia, la forma, la intención y el sacerdote válidamente ordenado. Si se cumplen estas condiciones no se ve cómo se podría llegar a la conclusión de la invalidez.

Las oraciones del Ofertorio, del Canon y de la Comunión del sacerdote son necesarias a la integridad del sacrificio y del sacramento, pero no a su validez.

El cardenal Mindszenty, al pronunciar a hurtadillas y de prisa en su prisión las palabras de la Consagración sobre un poco de pan y vino para nutrirse con el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor sin que lo advirtieran sus carceleros, ciertamente cumplió el sacrificio y el sacramento. Una misa celebrada con las tortitas de miel del obispo norteamericano a quien me he referido es ciertamente inválida, lo mismo que aquélla en la que las palabras de la consagración estuvieran gravemente alteradas u omitidas.

Se ha informado sobre el caso de un celebrante que hizo un despliegue tal de creatividad que sencillamente se olvidó de decir las palabras de la Consagración. Pero ¿cómo apreciar la intención del sacerdote? Es evidente que cada vez hay menos misas válidas a medida que la fe de los sacerdotes se corrompe y ellos mismos no tienen ya la intención de hacer lo que siempre hizo la Iglesia, pues la Iglesia no puede cambiar de intención. La formación actual de los que se llaman seminaristas no los prepara para celebrar misas válidas. Ya no se les enseña a considerar el Santo Sacrificio como la obra esencial de su vida sacerdotal.

Por otra parte, se puede agregar sin exageración que la mayoría de las misas celebradas sin piedra de altar con utensilios vulgares, con pan fermentado, con la introducción de discursos profanos en el cuerpo mismo del Canon, son sacrilegios y pervierten la fe al disminuirla. La desacralización llega a un punto tal que esas misas pueden llegar a perder su

carácter sobrenatural, el «misterio de la fe», para no ser más que actos de religión natural. La perplejidad del católico tal vez asuma la forma siguiente: ¿Puedo asistir a una misa sacrílega pero que sin embargo es válida a falta de otra y para satisfacer la obligación dominical?

La respuesta es simple: esas misas no pueden ser objeto de una obligación. Además, uno debe aplicarles las reglas de la teología moral y del derecho canónico en lo referente a la participación en una acción peligrosa para la fe o eventualmente sacrílega.

La nueva misa, aun dicha con piedad y con el respeto de las normas litúrgicas, es pasible de las mismas reservas puesto que está impregnada de espíritu protestante. Esa misa lleva dentro un veneno pernicioso para la fe. Teniendo en cuenta esto, el católico francés de hoy puede encontrar las condiciones de práctica religiosa que existen en países donde se envían misiones. En esos países, los habitantes de ciertas regiones no pueden asistir a misa más que tres o cuatro veces por año. Los fieles de nuestro país deberían hacer el esfuerzo de asistir una vez por mes a la misa de siempre, verdadera fuente de gracia y de santificación, en aquellos lugares en que todavía continúa honrándosela.

Porque, en verdad, debo decir y afirmar sin temor a equivocarme que la misa codificada por Pío V —y no inventada por él, como se ha dado a entender a menudo expresa claramente estas tres realidades: sacrificio, presencia real y sacerdocio de los oficiantes. Esa misa tiene también en cuenta, según lo precisó el concilio de Trento, la naturaleza del hombre que necesita algún socorro exterior para elevarse a la meditación de las cosas divinas. Los usos establecidos no lo fueron por casualidad y no se los puede desplazar o abolir impunemente. Cuántos fieles, cuántos jóvenes sacerdotes, cuántos obispos perdieron la fe después de la adopción de las reformas. No se contraría la naturaleza y la fe impunemente, pues ellas se vengan.

Pero precisamente se nos dice que el hombre no es el mismo de un siglo atrás; su naturaleza ha sido modificada por la civilización técnica en la cual está inmerso, ¡qué absurdo! Los innovadores se guardan bien de mostrar a los fieles el deseo que los anima de acercarse al protestantismo; invocan otro argumento: el cambio. Véase lo que se dice en la escuela teológica de Estrasburgo:

«*Debemos reconocer que hoy estamos en presencia de una verdadera mutación cultural. Una cierta manera de celebrar la recordación del Señor estaba vinculada con un universo religioso que ya no es el nuestro*». Se dice rápidamente y todo desaparece. Hay que volver a comenzar desde cero. Ésos son los sofismas de que se valen para hacernos cambiar nuestra fe. ¿Qué es un «universo religioso»? Sería mejor ser francos y decir: «*una religión que ya no es la nuestra*».

CAPÍTULO V

«Sois unos anticuados»

A los católicos que sienten que se están operando transformaciones radicales les resulta difícil resistir la insistente propaganda, común a todas las revoluciones. Se les dice: «*Ustedes no aceptan el cambio, pero la vida es cambio. Ustedes permanecen aferrados a cosas fijas, pero lo que era bueno hace cincuenta años ya no conviene a la mentalidad actual ni al género de vida que llevamos. Ustedes se atienen al pasado y no son capaces de modificar sus costumbres*». Muchos católicos se sometieron a la reforma para no incurrir en esos reproches pues no encontraban argumentos para defenderse de acusaciones infamantes como éstas: «Ustedes son retrógrados, anticuados, no viven con su época».

El cardenal Ottaviani decía ya refiriéndose a los obispos: «Tienen miedo de parecer viejos».

Pero los católicos nunca nos hemos negado a aceptar ciertos cambios, ciertas adaptaciones que atestiguan la vitalidad de la Iglesia. En materia litúrgica los hombres de mi edad asistieron a varias reformas; yo acababa de nacer cuando Pío X se preocupó por aportar mejoras, especialmente dando más importancia al ciclo temporal, al adelantar la edad de la primera comunión y al restaurar el canto litúrgico que había sufrido un eclipse.

Luego Pío XII redujo la duración del ayuno eucarístico a causa de las dificultades inherentes a la vida moderna, autorizó por el mismo motivo la celebración de la misa por la tarde, reemplazó el oficio de la vigilia pascual en la tarde del Sábado Santo, remodeló los oficios de la semana santa.

Juan XXIII agregó por su parte algunos retoques al rito llamado de san Pío V antes del concilio.

Pero nada de todo esto se aproximaba poco ni mucho a lo que se verificó en 1969, a saber, una nueva concepción de la misa.

Se nos reprocha también que nos aferremos a formas exteriores y secundarias, como por ejemplo, la lengua latina. Se proclama que es una lengua muerta que nadie comprende, como si el pueblo cristiano la hubiera comprendido más en el siglo XVII o en el siglo XIX, ¡Qué negligencia la de la Iglesia, según los innovadores, al esperar tanto tiempo para suprimir el latín! Yo creo que la Iglesia tenía sus razones.

No ha de asombrarnos que los católicos experimenten la necesidad de comprender mejor textos admirables de los cuales pueden obtener alimento espiritual, ni que deseen asociarse más íntimamente a la acción que se desarrolla ante sus ojos. Sin embargo, no se satisfacen esas necesidades adoptando las lenguas vernáculas de punta a cabo del Santo Sacrificio. La lectura en francés de la Epístola y del Evangelio constituye una mejora y se la practica cuando conviene en Saint-Nicolas-du-Chardonnet así como en los prioratos de la Fraternidad que yo fundé. Por lo demás, lo que se ganaría estaría fuera de toda proporción con lo que se perdería, pues la inteligencia de los textos no es el fin último de la oración, ni el único medio de poner el alma en oración, es decir, en unión con Dios. Si se presta una atención demasiado grande al sentido de los textos, eso puede constituir hasta un obstáculo para la oración.

Me maravilla que no se lo comprenda, cuando al mismo tiempo se predica una religión del corazón, una religión menos intelectual y más espontánea. La unión con Dios se obtiene por obra de un canto religioso y celestial, por obra de un ambiente general de la acción litúrgica, por la piedad y el recogimiento del lugar, por su belleza arquitectónica, por el fervor de la comunidad cristiana, por la nobleza y la piedad del celebrante, la decoración simbólica, el perfume del incienso, etcétera. Poco importa el estribo con tal que el alma se eleve. Cualquiera puede tener esta experiencia si franquea los umbrales de una abadía benedictina de esas que conservaron el culto divino en todo su esplendor.

Esto en nada disminuye la necesidad de tratar de comprender mejor los rezos, las oraciones y los himnos, así como la necesidad de una participación más íntima; pero es un error creer que mediante el empleo puro y simple de la lengua vernácula y la supresión total de la lengua universal de la Iglesia, consumada desgraciadamente casi en todas partes del mundo, se puede llegar a esos fines. Basta ver el éxito de las misas, por más que estén dichas según el nuevo orden, en las cuales se conservó el canto del Credo, del *Sanctus* y del *Agnus Dei*.

Pues el latín es una lengua universal. Al emplearlo, la liturgia nos pone en una comunión universal, es decir, católica. En cambio, si la liturgia se localiza, se individualiza, pierde esa dimensión que marca profundamente a las almas.

Para no incurrir en semejante error bastaba observar los ritos católicos orientales en los cuales los actos litúrgicos se expresan desde hace mucho tiempo en lengua vulgar. En esas comunidades se comprueba el aislamiento de los miembros. Cuando están dispersas fuera de su país de origen, dichas comunidades necesitan sacerdotes propios para la misa, como para los sacramentos, como para toda ceremonia y construyen iglesias especiales que apartan a dichas comunidades, por la fuerza de las cosas, del resto del pueblo católico.

¿Obtienen de esto algún beneficio? No se manifiesta de manera evidente que la lengua litúrgica particular haya hecho a estas comunidades más fervientes y practicantes que a aquellas beneficiadas por una lengua universal, incomprendida de muchos tal vez, pero susceptible de ser traducida.

Si consideramos la situación fuera de la Iglesia, ¿cómo logró el islamismo asegurar su cohesión al difundirse en regiones tan diferentes y entre pueblos de razas tan diversas como Turquía, África del Norte, Indonesia o el África negra? Al imponer en todas partes el árabe como lengua del Corán. En África veía yo cómo los morabitos hacían aprender de memoria las suras a niños que no podían entender una sola palabra.

Y hay algo más, el islamismo llega a prohibir la traducción de su libro santo. Hoy es de buen tono admirar la religión de Mahoma a la que, según me entero, se han convertido millares de franceses, y pedir dinero en las

iglesias para construir mezquitas en Francia. Sin embargo nos hemos guardado bien de inspirarnos en el único ejemplo que podía tenerse en cuenta: la persistencia de una lengua única para la oración y para el culto.

El hecho de que el latín sea una lengua muerta habla en favor de su mantenimiento, en esas condiciones es el mejor medio de proteger la expresión de la fe contra las variaciones lingüísticas que naturalmente se dan en el curso de los siglos. Desde hace unos años el estudio de la semántica se ha difundido mucho y hasta se lo introdujo en los programas de francés de los colegios.

¿No es uno de los objetos de la semántica el estudio del cambio de significación de las palabras, de los desplazamientos de sentido observados con el correr del tiempo y a veces en períodos muy breves? Saquemos pues partido de esta ciencia para comprender el peligro que supone confiar el caudal de la fe a modos de decir que no son estables.

¿Habría sido posible conservar durante dos mil años, sin corrupción alguna, la formulación de las verdades eternas, intangibles, con lenguas que evolucionaran sin cesar y fueran diferentes según los países y hasta según las regiones? Las lenguas vivas son cambiantes y móviles. Si se confía la liturgia a la lengua del momento, habrá que adaptarla continuamente atendiendo a la semántica. No es sorprendente que haya que constituir sin cesar nuevas comisiones ni que los sacerdotes ya no tengan tiempo de decir la misa.

Cuando fui a ver a Su Santidad Pablo VI en Castelgandolfo, en 1976, le dije: «No sé si sabéis, Santo Padre, que ahora hay trece oraciones eucarísticas oficiales en Francia». El Papa, entonces, levantando en alto los brazos me replicó: «¡Pero muchas más, monseñor, muchas más!»

De manera que tengo razón al formularme una pregunta: ¿existirían tantas oraciones eucarísticas si los liturgistas estuvieran obligados a componerlas en latín? Además de esas fórmulas puestas en circulación después de haber sido impresas aquí o allá, habría que hablar también de los cánones improvisados por el sacerdote en el momento de la celebración y de todos los elementos incidentales que el oficiante introduce desde la «preparación de la penitencia» hasta la «despedida de la asamblea». ¿Podría producirse esto si se oficiara en latín?

Otra forma exterior contra la cual se levantó cierta opinión es el uso de la sotana, no tanto en la iglesia o en las visitas al Vaticano, sino en la vida de todos los días…

La cuestión no es esencial, pero tiene una gran importancia. Cada vez que el Papa lo ha recordado —y Juan Pablo II por su parte lo ha hecho con insistencia se registraron protestas indignadas en las filas del clero. Leía no hace mucho en un diario de París las declaraciones que sobre este punto hizo un sacerdote de vanguardia: «*Eso es puro folklore… En Francia, el uso de una vestimenta reconocible no tiene sentido porque no hay ninguna necesidad de reconocer a un sacerdote en la calle. En cambio, la sotana o el traje del pastor protestante provocan aislamientos… El sacerdote es un hombre como los demás. Verdad es que preside la Eucaristía*».

Ese «presidente» expresaba aquí ideas contrarias al Evangelio y a realidades sociales bien confirmadas. En todas las religiones, los jefes religiosos llevan signos distintivos. La antropología, de la que tanto caso se hace, está allí para atestiguarlo. Entre los musulmanes, los sacerdotes utilizan vestidos diferentes, collares y anillos. Los budistas llevan una vestimenta teñida de azafrán y se afeitan la cabeza de cierta manera. En las calles de París y de otras grandes ciudades se puede observar a jóvenes adeptos a esa doctrina y su aspecto no suscita ninguna crítica.

La sotana garantiza el carácter especial del clérigo, del religioso o de la religiosa, así como el uniforme garantiza la condición del militar o del agente del orden, pero con una diferencia, estos últimos, al usar las ropas civiles, tornan a ser ciudadanos como los demás, en tanto que el sacerdote debe conservar su hábito distintivo en todas las circunstancias de la vida social. En efecto, el carácter sagrado que adquirió en la ordenación debe hacerlo vivir en el mundo, sin ser del mundo. Así lo leemos en san Juan: «Vosotros *no* sois del mundo… mi elección os ha sacado del mundo.» (NV, 19). El hábito del sacerdote debe ser distintivo y al mismo tiempo elegido con un espíritu de modestia, de discreción y de pobreza.

Una segunda razón es el deber que tiene el sacerdote de dar testimonio de Nuestro Señor: *«Vosotros seréis mis testigos», «No se pone la lámpara bajo el celemín»*.

La religión no debe permanecer encerrada en las sacristías, como lo decretaron hace mucho tiempo los dirigentes de los países del Este, pues Cristo nos ha mandado exteriorizar nuestra fe, hacerla visible por un testimonio que ha de ser visto y oído por todos. El testimonio de la palabra, que ciertamente es más importante en el sacerdote que el testimonio del hábito, se ve empero grandemente facilitado por la manifestación bien clara del sacerdocio, como es el uso de la sotana.

La separación de la Iglesia y del Estado, aceptada y considerada a veces como la mejor solución, ha hecho penetrar poco a poco el ateísmo en todos los dominios de la actividad y debemos admitir que buen número de católicos y hasta de sacerdotes ya no tienen una idea exacta del lugar que ocupa la religión católica en la sociedad civil. El laicismo lo invadió todo.

El sacerdote que vive en una sociedad de este tipo tiene la impresión cada vez más profunda de ser extraño a esa sociedad, luego de ser molesto, de ser el testimonio de un pasado llamado a desaparecer. Siente que su presencia es sólo tolerada, por lo menos así lo considera. De ahí su deseo de integrarse en el mundo laicizado, su deseo de fundirse en la masa. A esta clase de sacerdote le falta haber viajado por países menos descristianizados que el nuestro, y sobre todo le falta una fe profunda en su sacerdocio.

Además no tiene en cuenta el sentido religioso que aún existe en nuestro país. Se supone muy gratuitamente que aquéllos con los que debemos tratar en relaciones de negocios o en relaciones fortuitas son no religiosos.

Los jóvenes sacerdotes que salen de Écône y todos los que no se han entregado a la corriente del anonimato lo comprueban todos los días. ¿Aislamiento? Todo lo contrario. La gente los aborda en la calle, en las estaciones, para hablarles; a veces lo hace sencillamente para manifestarles su alegría de ver sacerdotes.

En la nueva Iglesia se preconiza el diálogo. ¿Cómo iniciar un diálogo si comenzamos por disimularnos a los ojos de los posibles interlocutores? En las dictaduras comunistas, una de las primeras medidas de los amos del momento fue prohibir la sotana; ése es uno de los medios destinados a ahogar la religión. ¿Podría creerse que también lo inverso es cierto? El sacerdote que se muestra como tal por obra de su apariencia exterior es predicación viva. La ausencia de sacerdotes reconocibles en una gran

ciudad marca un retroceso grave en la predicación del Evangelio; ésa es la continuación de la obra nefasta de la Revolución y de las leyes de separación.

Agreguemos que la sotana protege al sacerdote del mal, le impone una actitud, le recuerda en todo momento su misión en la tierra, lo guarda de las tentaciones. Un sacerdote vestido con su sotana no experimenta ninguna crisis de identidad. En cuanto a los fieles, saben con quién están tratando; la sotana es una garantía de autenticidad del sacerdocio. Algunos católicos me manifestaron la dificultad que experimentaban al confesarse con un sacerdote que llevaba chaqueta pues tenían la impresión de que confesaban los secretos de su conciencia a un cualquiera. La confesión es un acto judicial; ¿por qué, pues, la justicia civil siente la necesidad de hacer llevar la toga a sus magistrados?

CAPÍTULO VI

Nuevo bautismo, nuevo matrimonio, nueva penitencia y nueva extremaunción

Tanto el católico practicante regular como aquél que reencuentra el camino de la Iglesia en los grandes momentos de su vida se sienten impulsados a hacerse preguntas de fondo tales como ésta: ¿qué es el bautismo?

Éste es un fenómeno nuevo; no hace mucho tiempo, cualquiera sabía responder a esa pregunta y, por lo demás, nadie se la hacía. El primer efecto del bautismo es la redención del pecado original; eso se sabía de padres a hijos.

Pero ocurre que ahora en ninguna parte se habla de este hecho. La ceremonia simplificada que tiene lugar en la iglesia evoca el pecado en un contexto tal que parece tratarse del pecado o de los pecados que habrá de cometer en su vida el bautizado y no de la falta original con que todos nacemos.

El bautismo se manifiesta ahora simplemente como un sacramento que nos une a Dios o más bien nos hace adherir a la comunidad cristiana. Así se explica el «rito de acogida» que se impone en ciertos lugares como una primera etapa en una primera ceremonia. Y esto no se debe a iniciativas particulares, puesto que encontramos amplias consideraciones sobre el bautismo por etapas en las fichas del Centro Nacional de la Pastoral Litúrgica. Se lo llama también el bautismo diferido.

Hay varias fases, después de la acogida, el «progreso», la «búsqueda» y por fin el sacramento se administra o no se administra cuando el niño

pueda, según los términos utilizados, determinarse libremente a recibirlo, lo cual puede ocurrir a una edad bastante avanzada, a los ocho años o más.

Un profesor de *dogmática*, muy versado en la nueva Iglesia estableció una distinción entre los cristianos cuya fe y cultura religiosa él certifica y otros cristianos —más de tres cuartos del total— a los que sólo atribuye una fe supuesta cuando piden el bautismo para sus hijos. Esos cristianos «de la religión popular» son detectados en el curso de las reuniones de preparación y persuadidos de que no pasen más allá de la ceremonia de acogida. Esta manera de obrar estaría «más adaptada a la situación cultural de nuestra civilización».

Recientemente un cura de la región de Somme debía inscribir a dos niños para la comunión solemne y entonces reclamó las partidas de bautismo que le fueron enviadas por la parroquia de origen de la familia. Entonces el sacerdote comprobó que uno de los niños había sido efectivamente bautizado, en tanto que el otro no lo estaba, contrariamente a lo que creían sus padres. El niño simplemente había sido inscrito en el registro de acogida. Ésta es la clase de situaciones que resultan de semejantes prácticas; lo que se da es en efecto un simulacro de bautismo que los asistentes toman de buena fe como el verdadero sacramento.

Es bien comprensible que todo esto desconcierte profundamente. Además, sobre este punto hay que afrontar una argumentación capciosa que figura hasta en los boletines parroquiales, generalmente en la forma de indicaciones o de testimonios firmados con nombres de pila, es decir, anónimos. En uno de ellos leemos que Alain y Evelyne declaran «*El bautismo no es un rito mágico que borre por milagro un cierto pecado original. Nosotros creemos que la salvación es total, gratuita y para todos: Dios eligió a todos los hombres en su amor, sin condiciones. Para nosotros, hacerse bautizar es decidir cambiar de vida, es un compromiso personal que nadie puede asumir en el lugar de uno, es una decisión consciente que supone una enseñanza previa, etcétera*».

¡Cuántos monstruosos errores en unas pocas líneas! Estas palabras tienden a justificar otro procedimiento: la supresión del bautismo de los niños pequeños. Ésta es otra aproximación al protestantismo con desprecio de la enseñanza de la Iglesia desde sus orígenes, como lo atestigua san

Agustín a fines del siglo IV; «*La costumbre de bautizar a los niños no es una innovación reciente, sino que es el eco fiel de la tradición apostólica. Esa costumbre, por sí sola e independientemente de todo documento escrito constituye la regla cierta de la verdad*».

El concilio de Cartago del año 251 prescribía que el bautismo fuera administrado a los niños «aun antes de su octavo día» y la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe recordaba la obligación de hacerlo así el 21 de noviembre de 1980 fundándose en «una norma de tradición inmemorial»[6].

Es necesario que los padres católicos sepan esto para hacer valer un derecho sacro cuando se pretende negarles el bautismo a sus hijos recién nacidos y no dejarlos participar en la vida de la gracia. Los padres no esperan a que su hijo tenga diez años para decidir en su lugar cuál será su régimen alimentario o si necesita una operación quirúrgica a causa de su estado de salud.

En el orden, sobrenatural el deber de los padres es aún más imperioso y la fe que preside el sacramento cuando el niño no es capaz, de asumir él mismo un «compromiso personal» es la fe de la Iglesia. Piénsese en la espantosa responsabilidad de un padre que priva a su hijo de la vida eterna en el paraíso. Nuestro Señor lo dijo de manera clara: «*Nadie, a menos que renazca del agua y del Espíritu, puede entrar en el Reino de Dios*».

Los frutos de esta singular pastoral no se han hecho esperar. En la diócesis de París de 1965, de dos niños era bautizado uno, pero en 1976 de cuatro sólo se bautizaba uno. El clero de una parroquia de los arrabales observa, sin manifestar empero mucha pena, que en 1965 hubo cuatrocientos sesenta bautismos y en 1976 ciento cincuenta. En el conjunto de Francia se registra una caída general. De 1970 a 1981 la cifra global descendía de 596 673 a 530 385, cuando la población crecía en más de tres millones durante ese lapso.

Todo esto se debe a que se ha falseado la definición del bautismo. Desde el momento en que se dejó de decir que el bautismo borraba el pecado original, la gente se preguntó: «¿Qué es el bautismo?» e inmediatamente después: «¿Para qué el bautismo?». Si no llegaron a formularse estas preguntas, por lo menos deben de haber reflexionado en los argumentos que

se les exponían y admitido que no se imponía urgencia alguna ya que después de todo el niño siempre podría en la adolescencia ingresar, si así lo quería, en la comunidad cristiana, de la misma manera en que uno se inscribe en un partido político o en un sindicato.

La cuestión se ha planteado de la misma manera en el caso del matrimonio. El matrimonio siempre se definió por su finalidad primera, que era la procreación, y por su finalidad secundaria, que era el amor conyugal.

Pues bien, en el concilio, se ha querido transformar esta definición y decir que ya no había un fin primario, sino que los dos fines que acabo de mencionar eran equivalentes. El cardenal Suenens fue quien propuso este cambio y todavía me acuerdo de cómo el cardenal Brown, ministro general de los dominicos, se levantó para decir: *«Caveatis, caveatis! (¡Tened cuidado!). Si aceptamos esta definición, vamos contra toda la tradición de la Iglesia y pervertiremos el sentido del matrimonio. No tenemos el derecho de modificar las definiciones tradicionales de la Iglesia».*

Y entonces citó textos en apoyo de su advertencia; se suscitó gran emoción en la nave de San Pedro. El Santo Padre rogó al cardenal Suenens que moderara los términos que había empleado y aun que los cambiara. Pero de todos modos la Constitución pastoral *Gaudium et Spes* no deja de contener un pasaje ambiguo en el que se pone el acento en la procreación «sin subestimar por ello los otros fines del matrimonio». El verbo latino *posthabere* permite traducir: «sin colocar en segundo término los otros fines del matrimonio», lo cual significaría colocarlos todos en el mismo plano. Así se quiere entender hoy el matrimonio, todo lo que se dice de él tiene que ver con la falsa noción expresada por el cardenal Suenens según la cual el amor conyugal —que pronto se dio en llamar simplemente y de manera mucho más cruda «sexualidad»— es el primero de los fines del matrimonio. Consecuencia: en nombre de la sexualidad están permitidos todos los actos: anticoncepción, limitación de los nacimientos, en fin, aborto.

Basta una mala definición para vernos en pleno desorden.

La Iglesia en su liturgia tradicional hace decir al sacerdote: «*Señor, asistid con vuestra bondad a las instituciones que habéis establecido para la propagación del género humano…*».

La Iglesia eligió el pasaje de la Epístola de san Pablo a los Efesios que precisa los deberes de los esposos y que hace de sus relaciones recíprocas una imagen de las relaciones que unen a Cristo con su Iglesia. Muy frecuentemente los futuros cónyuges son invitados a componer ellos mismos su misa sin que se les obligue a elegir la epístola en los libros santos, pues pueden reemplazarla por un texto profano o tomar un pasaje del Evangelio que no tenga ninguna relación con el sacramento recibido. En su exhortación, el sacerdote se guarda bien de mencionar las obligaciones a que deben someterse los cónyuges por temor a presentar una imagen poco atractiva de la Iglesia y a veces por no chocar a los divorciados presentes en la ceremonia.

Lo mismo que en el caso del bautismo, se han realizado experiencias de matrimonios por etapas o de matrimonios no sacramentales que escandalizan a los católicos; son experiencias toleradas por el episcopado que se desarrollan según esquemas suministrados por organismos oficiales y alentadas por responsables diocesanos. Una ficha del Centro Jean-Bart indica algunas maneras de proceder.

Véase una: «Lectura del texto: lo esencial es invisible a los ojos (Epístola de san Pedro). No hubo intercambio de consentimientos, sino una liturgia de la mano, signo del trabajo y de la solidaridad obrera. Intercambio de las alianzas (sin bendición) en silencio. Alusión al oficio de Robert: aleación, soldadura (Robert es plomero). El beso. El Padrenuestro recitado por los creyentes de la concurrencia. El Avemaría. Los jóvenes cónyuges colocan un ramo de flores frente a la estatua de María».

¿Por qué Nuestro Señor habría instituido sacramentos? ¿Para que luego fueran reemplazados por este tipo de ceremonia exenta de todo elemento sobrenatural con la excepción de las dos oraciones que la concluyen?

Hace algunos años se habló mucho de Lugny en la región del Saona y el Loira. Para motivar esa «liturgia de la acogida» se decía que se deseaba dar a las jóvenes parejas el deseo de volver a la iglesia para casarse posteriormente de manera formal. Dos años después, de unos doscientos falsos matrimonios, ninguna pareja regresó para regularizar su situación. Si lo hubieran hecho, no por eso el cura de esa iglesia habría dejado de estar oficializando y cubriendo con su garantía, sino ya con su bendición, durante

dos años lo que no era otra cosa que un concubinato. Una encuesta de origen eclesiástico reveló que en París el veintitrés por ciento de las parroquias ya habían hecho este tipo de celebraciones no sacramentales con parejas, uno de cuyos miembros (o los dos) no era creyente, y habían procedido así con la intención de complacer a las familias o a los novios mismos a menudo por cuestiones de conveniencia social.

Por supuesto que a un católico no le está permitido asistir a semejantes comedias. En cuanto a los presuntos casados, siempre podrán decir que estuvieron en la iglesia y terminarán sin duda por creer que su situación es regular a fuerza de ver que sus amigos hacen lo mismo. Los fieles desorientados se preguntan si al fin de cuentas no es mejor eso que nada. La indiferencia se difunde; la gente está dispuesta a aceptar cualquier otra fórmula, como por ejemplo, el simple casamiento en la alcaldía o hasta la cohabitación de los jóvenes, sobre la cual tantos padres dan pruebas de «comprensión», para llegar por fin a la unión libre. La descristianización total ha llegado al fin de su camino; a los cónyuges les faltarán las gracias que proceden del sacramento del matrimonio para educar a sus hijos, suponiendo que consientan en tenerlos. Las rupturas de esos hogares no santificados se multiplican hasta el punto de preocupar al Consejo económico y social, uno de cuyos informes recientes muestra que hasta la sociedad laica tiene conciencia de que corre a su perdición a causa de la inestabilidad de las familias o de las pseudofamilias.

La extremaunción ya no es más realmente el sacramento de los enfermos a punto de morir; ahora es el sacramento de los viejos; ciertos sacerdotes lo administran a las personas de la tercera edad que no presentan ningún signo particular de muerte inminente. Ya no es más el sacramento que prepara para el último momento, que borra los pecados antes de la muerte y que prepara para la unión definitiva con Dios. Tengo ante mi vista una nota distribuida en una iglesia de París a todos los fieles para hacerles conocer la fecha de la próxima extremaunción: «El sacramento de los enfermos se celebra para las personas aún hábiles en medio de toda la comunidad cristiana durante la celebración eucarística. Fecha: el domingo tal en la misa de las once». Este tipo de extremaunción no es válido.

El mismo espíritu colectivista puso en boga las llamadas ceremonias penitenciales. El sacramento de la penitencia no puede ser sino individual. Por definición y de conformidad con su esencia, este sacramento es, como lo recordé antes, un acto judicial, un juicio.

No se puede juzgar sin haber instruido una causa; hay que oír la causa de cada uno para juzgarla y luego se podrán perdonar o no los pecados. Su Santidad Juan Pablo II insistió muchas veces en este punto, y especialmente el 1* de abril de 1982 dijo a los obispos franceses que la confesión personal de las faltas seguida de la absolución individual «es ante todo una exigencia de orden dogmático».

En consecuencia, es imposible justificar esas ceremonias de «reconciliación» explicando que la disciplina eclesiástica se ha hecho más flexible y que se adaptó a las exigencias del mundo moderno. Ésta no es una cuestión de disciplina.

Antes había una excepción: la absolución general dada en caso de naufragio, de guerra, etcétera. Y aun así se trata de una absolución cuyo valor es por lo demás discutido por los autores. No es lícito convertir la excepción en una regla. Si se consultan las Actas de la Sede Apostólica, se encuentran las siguientes expresiones tanto en los labios de Pablo VI como en los de Juan Pablo II en diversas ocasiones: «el carácter excepcional de la absolución colectiva», «en caso de grave necesidad», «en situaciones extraordinarias de grave necesidad», «carácter enteramente excepcional», «circunstancias excepcionales…».

Sin embargo, las celebraciones de este tipo se han convertido en una costumbre, aunque no son frecuentes en una misma parroquia por falta de fieles dispuestos a ponerse en regla con Dios más de dos o tres veces por año. Ya no se experimenta esa necesidad, como era de prever, puesto que la idea del pecado se ha borrado en los espíritus. ¿Cuántos sacerdotes recuerdan a los fieles la necesidad del sacramento de la penitencia? Un fiel me dijo que se confiesa en una u otra de las iglesias de París y que lo hace donde sabe que puede encontrar a un «sacerdote de acogida»; así recibe frecuentemente las felicitaciones o las expresiones de agradecimiento del sacerdote sorprendido de tener un penitente.

Esas celebraciones que están sujetas a la creatividad de los «animadores» comprenden cantos o bien se pone un disco. Luego se da un lugar a la liturgia de la palabra antes de recitarse una oración o letanía en la que la asamblea dice: «Señor, ten piedad del pecador que yo soy» o se realiza una especie de examen de conciencia general. El «yo me confieso» precede a la absolución dada de una vez por todas y a todos los asistentes, lo cual no deja de plantear un problema: una persona presente que no la deseara, ¿habrá de recibir la absolución a pesar de sí misma? Veo en una hoja mimeografiada que se distribuyó a los participantes de una de esas ceremonias en Lourdes que el responsable consideró esta cuestión: «*Si deseamos recibir la absolución, vengamos a sumergir nuestras manos en el agua de la fuente y tracemos sobre nosotros el signo de la cruz*» y al final *«Sobre aquellos que se marcaron con el signo de la cruz con el agua de la fuente, el sacerdote impone las manos (!), Unámonos a su oración y recibamos el perdón de Dios».*

El diario católico inglés *The Universe* apoyaba hace algunos años una operación lanzada por dos obispos que consistía en el intento de hacer que se acercaran a la Iglesia fieles que habían abandonado la práctica religiosa desde mucho tiempo atrás. El llamado lanzado por los obispos se parecía a esos avisos publicados por las familias de adolescentes fugitivos: «El pequeño X puede regresar a la casa, sin que se le haga ningún reproche».

Entonces se les dijo a estos futuros hijos pródigos: «*Vuestros obispos os invitan a regocijaros y a celebrar esta cuaresma. A imitación de Cristo, la Iglesia ofrece a todos sus hijos el perdón de sus pecados, con toda libertad y facilidad, sin que ellos lo merezcan y sin que lo pidan. La Iglesia los urge a aceptar ese perdón y les suplica que retornen a su casa. Muchos de ellos desean retornar a la Iglesia después de años de alejamiento, pero no pueden resolverse a confesarse. En todo caso, no en seguida…*».

De manera que esos cristianos podían aceptar el ofrecimiento siguiente: «En la misa a la que asistirá el obispo de vuestro decanato (aquí se menciona el día y la hora) todos los que estén presentes serán invitados a aceptar el perdón de todos sus pecados pasados. No es necesario que se confiesen en ese momento. Bastará con que estén arrepentidos de sus pecados y tengan el deseo de retornar a Dios y de confesar más tarde sus

pecados, después de haber sido recibidos de nuevo en el seno de la Iglesia. Mientras tanto, sólo deben dejar que Nuestro Padre de los Cielos "*los apriete en sus brazos y los abrace tiernamente*". Mediante un generoso acto de arrepentimiento, el obispo acordará a todos los presentes que lo deseen el perdón de sus pecados, de manera que inmediatamente puedan acudir a la santa comunión…».

Le Journal de la Grotte, publicación bimensual de Lourdes, al reproducir esta curiosa disposición episcopal impresa con el título «*General Absolution. Communion now, confession later*» (Absolución general. Comunión ahora, confesión después), lo comentaba así: «*Nuestros lectores podrán advertir el espíritu profundamente evangélico que lo inspiró así como la comprensión pastoral de las situaciones concretas de las personas*».

No sé qué resultado se obtuvo, pero la cuestión es otra: la amnistía pronunciada por los dos obispos hace pensar en la liquidación de las existencias comerciales al final de la quincena. ¿Puede la pastoral imponerse a la doctrina hasta el punto de hacer comulgar el cuerpo de Cristo a fieles, muchos de los cuales estén probablemente en estado de pecado mortal después de tantos años de no practicar la religión? Ciertamente no. ¿Cómo se puede considerar tan ligeramente pagar con un sacrilegio la conversión de unos cristianos? ¿Y hay posibilidades de que esa conversión sea seguida por la perseverancia? En todo caso podemos comprobar que antes del concilio y antes de la aparición de esta pastoral de acogida en Inglaterra había de cincuenta mil a ochenta mil conversiones por año. Ahora se han reducido casi a cero. El árbol se conoce por sus frutos.

Los católicos están tan perplejos en Gran Bretaña como en Francia. Un pecador o un apóstata que habiendo seguido el consejo de su obispo se presentara para esa absolución colectiva y acudiera a la santa mesa en tales condiciones, ¿no tendrá tendencia a perder su confianza en la validez de sacramentos tan fácilmente otorgados cuando él tiene todas las razones para no considerarse digno? ¿Qué ocurrirá si posteriormente no se pone en regla y no se confiesa? Su retorno fallido a la casa del Padre hará aún más difícil una conversión definitiva. A estas situaciones se llega con el laxismo dogmático. En las ceremonias penitenciales que se practican de una manera

menos extravagante en nuestras parroquias, ¿qué seguridad tiene el cristiano de estar verdaderamente perdonado? Queda librado a las inquietudes que conocen los protestantes, a los tormentos interiores provocados por la duda. Ciertamente no habrá ganado con el cambio. Si la cuestión ya es mala en el plano de la validez, también lo es en el plano psicológico. Así, es un absurdo otorgar perdones colectivos (salvo en el caso de personas con pecados graves) con la condición de confesar sus pecados personalmente después. Es evidente que la gente no se descubrirá ante los demás como personas que tienen graves pecados sobre la conciencia. Sería como si se violara el secreto de la confesión.

Hay que agregar que el fiel que haya comulgado después de la absolución colectiva no verá la necesidad de presentarse de nuevo al tribunal de la penitencia, y esto se comprende. Las ceremonias de reconciliación no se agregan pues a la confesión auricular, sino que la eliminan y la suplantan. Así nos encaminamos hacia la desaparición del sacramento de la penitencia instituido como los otros sacramentos por Nuestro Señor mismo.

Para que un sacramento sea válido es menester la materia, la forma y la intención. Y esto no lo puede cambiar ni el mismo Papa: la materia es de institución divina; el Papa no puede decir: «Mañana se usará alcohol o leche para bautizar a los niños». Tampoco puede cambiar esencialmente la forma porque aquí hay palabras esenciales, por ejemplo, no se puede decir: «Yo te bautizo en nombre de Dios» pues el propio Cristo fijó la forma: «Bautizaréis en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

El sacramento de la confirmación se maneja igualmente mal. Una fórmula corriente hoy es: «Te signo con la cruz y recibe el Espíritu Santo» pero el ministro no precisa entonces cuál es la gracia especial del sacramento por el cual se da el Espíritu Santo, de modo que el sacramento no es válido.

Por eso yo siempre accedo a las solicitudes de los padres que tienen dudas sobre la validez de la confirmación de sus hijos o temen que se la administren de una manera inválida al ver lo que ocurre alrededor. Los cardenales ante quienes tuve que explicarme en 1975 me lo han reprochado y a partir de entonces continúan publicando comunicados de reprobación de

lo que hago. Expliqué por qué yo procedía de esa manera. Satisfago el deseo de los fieles que me piden una confirmación válida, aunque no sea lícita, porque estamos en un tiempo en que el derecho divino natural y sobrenatural debe imponerse al derecho positivo eclesiástico cuando éste se le opone en lugar de servirle de canal. Nos hallamos en una crisis extraordinaria, de modo que no hay que asombrarse de que yo a veces adopte una actitud que sale de lo corriente.

La tercera condición de validez del sacramento es la intención. El obispo o el sacerdote deben tener la intención de hacer lo que quiere la Iglesia. Ni el mismo Papa puede tampoco cambiar esto.

La fe del sacerdote no es un elemento necesario; un sacerdote o un obispo puede no tener ya fe; otro puede tener menos fe y otro una fe no del todo íntegra. Esto no tiene una influencia directa en la validez de los sacramentos, pero puede tener una influencia indirecta. Recuérdese al papa León XIII quien proclamaba que todas las ordenaciones anglicanas no eran válidas por falta de intención. Ahora bien, esto se debe a que han perdido la fe que no es solamente la fe en Dios, sino la fe en todas las verdades contenidas en el Credo, incluso *Credo in unam sanctam catholicam et apostolicam Ecclesiam*, es decir, «Creo en la Iglesia que es una»; por eso, los anglicanos no pueden hacer lo que quiere la Iglesia.

¿No ocurrirá lo mismo con nuestros sacerdotes que pierden la fe? Ya vemos cómo algunos no celebran el sacramento de la Eucaristía según la definición del concilio de Trento. «No, dicen estos sacerdotes, hace mucho tiempo que se reunió el concilio de Trento. Después tuvimos el Concilio Vaticano II. Hoy se trata de la transignificación, de la transfinalización. ¿La transubstanciación? No, eso ya no existe. ¿La presencia real del Hijo de Dios en las especies del pan y del vino? ¡Vamos, en nuestra época, no!».

Cuando un sacerdote dice tales cosas la consagración no es válida y entonces no hay misa ni comunión. Pues los cristianos están obligados a creer hasta el fin de los tiempos lo que definió el concilio de Trento sobre la Eucaristía. Se podrán hacer más explícitos los términos de un dogma, pero ya no se los puede cambiar, eso es imposible. El Concilio Vaticano II no agregó nada ni quitó nada; por lo demás, no hubiera podido hacerlo. Pero

quien declara que no acepta la transubstanciación, está, según los términos del mismo concilio de Trento, anatematizado y, por lo tanto, separado de la Iglesia.

Por eso, los católicos de fines de este siglo XX tienen la obligación de ser más vigilantes de lo que fueron sus padres. Hoy se intentará imponerles cualquier cosa en esta materia y en nombre de la nueva teología, de la nueva religión; lo que quiere esa nueva religión no es lo que quiere la Iglesia.

CAPÍTULO VII

Los nuevos sacerdotes

Cada vez hay menos sacerdotes; el hombre de la calle más indiferente a las cuestiones religiosas está informado de esta situación por su diario. Hace ya más de cinco años se publicó un libro titulado *Mañana, ¿una Iglesia sin sacerdotes?*

Pero la situación es aún más grave de lo que parece. Habría que agregar esta pregunta:

¿cuántos sacerdotes tienen todavía fe? Y hasta hacer una tercera pregunta: ¿ciertos sacerdotes ordenados estos últimos años, están verdaderamente ordenados? Dicho de otra manera, ¿son válidas las ordenaciones por lo menos en parte? Aquí la duda es idéntica a la que se tiene respecto de los otros sacramentos. Esa duda se extiende a ciertas ordenaciones de obispos, como por ejemplo, aquella que se verificó en Bruselas en el verano de 1982 y en la que el obispo consagrador dijo al ordenando:

«¡Sé apóstol como Gandhi, Helder Cámara y Mahoma!» ¿Se pueden conciliar estas referencias, por lo menos en lo que atañe a Gandhi y a Mahoma, con la intención evidente de hacer lo que quiere la Iglesia?

Considérense los detalles de una ordenación sacerdotal que se verificó en Tolosa hace unos años. Un «animador» inicia la celebración presentando al ordenando con el nombre de pila C y dice: «C decidió vivir (el don total que hizo a Dios y a los hombres) más en profundidad y consagrarse enteramente al servicio de la Iglesia en la clase obrera», C. realizó su formación, es decir, su seminario en equipo. Ese equipo es el que lo

propone al obispo: «*Le pedimos a usted que reconozca y autentique sus actividades y lo ordene sacerdote*». Entonces el obispo le hace varias preguntas que tendrían que ver con la definición del sacerdocio: Quieres ser ordenado sacerdote *«para ser, con los creyentes, Signo y Testigo de lo que buscan los hombres en sus esfuerzos de Justicia, Fraternidad y Paz», «para servir al pueblo de Dios», «para reconocer en la vida de los hombres la acción de Dios en las múltiples maneras, culturas y opciones», «para celebrar la acción de Cristo y asegurar ese servicio»*; quieres «compartir conmigo y con el conjunto de los obispos la responsabilidad que nos ha sido confiada para el servicio del Evangelio». La materia del sacramento quedó conservada pues inmediatamente después se verificó la imposición de manos, y lo mismo cabe decir de la forma, pues se pronunciaron las palabras de la ordenación. Pero nos vemos obligados a observar que la intención no es muy clara. ¿Se ordena al sacerdote para uso exclusivo de una clase social y ante todo para establecer la justicia, la fraternidad y la paz en un plano que, por lo demás, parece limitado al orden natural?

La celebración eucarística que sigue, «la primera misa» del nuevo sacerdote señala en esa dirección. El ofertorio fue compuesto para esa circunstancia particular: «*Te acogemos, Señor, al recibir de tu parte este pan y este vino que nos ofreces y queremos representar por ello todos nuestros trabajos, nuestros esfuerzos para construir un mundo más justo y más humano, representar todo lo que tratamos de ordenar a fin de que haya garantías de mejores condiciones de vida…*».

La oración sobre las ofrendas es aún más dudosa: «Mira, Señor, te ofrecemos este pan y este vino; que ellos sean para nosotros *una de las formas de tu presencia*». ¡No, hombres que celebran de esta manera no tienen fe en la Presencia real de Cristo!

Una cosa es segura: la primera víctima de esta ordenación escandalosa es el joven sacerdote que acaba de comprometerse para siempre sin saber exactamente a qué, o creyendo que lo sabe. Es inevitable que en un plazo más o menos breve ese joven se plantee ciertas cuestiones pues el ideal que le han propuesto no puede satisfacerlo por mucho tiempo, y entonces se le manifestará la ambigüedad de su misión. Esto es lo que se llama «la crisis de identidad del sacerdote». El sacerdote es esencialmente el hombre de la

fe. Si ya no sabe lo que es, pierde la fe en sí mismo y en lo que es su sacerdocio.

La definición del sacerdocio dada por san Pablo y por el concilio de Trento ha quedado radicalmente modificada. El sacerdote ya no es esa persona que sube al altar para ofrecer a Dios un sacrificio y por la remisión de los pecados. Ahora se ha invertido el orden de los fines. El sacerdocio tuvo siempre un primer fin, que es el de ofrecer el sacrificio, y un fin secundario que es la evangelización.

El caso de C, que dista mucho de ser el único, pues tenemos muchos ejemplos, muestra hasta qué punto se pone la evangelización por delante del sacrificio y de los sacramentos. La evangelización es un fin en sí misma. Este grave error tiene consecuencias trágicas: la evangelización, al perder su finalidad, quedará desorientada, buscará motivos que complazcan al mundo como la falsa justicia social y la falsa libertad que toman nombres nuevos: desarrollo, progreso, construcción de un mundo mejor, mejora de las condiciones de vida, pacifismo. Éste es el lenguaje que conduce a todas las revoluciones y nosotros estamos sumergidos en él.

Como el sacrificio del altar ya *no* es la razón primera del sacerdocio, todos los sacramentos están en juego y el sacerdote «responsable del sector parroquial» y su «equipo» apelarán a la ayuda de los laicos, pues ellos mismos están demasiado ocupados en tareas sindicales o políticas y a menudo más políticas que sindicales. En efecto, los sacerdotes que entran en las luchas sociales eligen casi exclusivamente las organizaciones más politizadas. En el seno de ellas, esos sacerdotes declaran la guerra a las estructuras políticas, eclesiásticas, familiares, parroquiales. No debe quedar nada de todo eso. Nunca el comunismo encontró agentes tan eficaces como esos sacerdotes.

Un día exponía yo a un cardenal lo que hacía en mis seminarios, en los cuales la espiritualidad se orientaba sobre todo a la profundización de la teología del Sacrificio de la misa y a la oración litúrgica. El cardenal me dijo:

—Pero monseñor, eso es exactamente lo opuesto de lo que hoy desean nuestros jóvenes sacerdotes. Hoy el sacerdote sólo se define en relación con la evangelización.

Yo respondí:

—¿Qué evangelización? Si la evangelización no tiene una relación fundamental y esencial con el Santo Sacrificio, ¿cómo la entiende usted? ¿Evangelización política, social, humanitaria?

Si ya no anuncia más a Jesucristo, el apóstol se convierte en militante, sindicalista y marxista. Esto es natural y se lo comprende muy bien. El sacerdote tiene necesidad de una nueva mística que encuentra de esta manera, pero, perdiendo la mística del altar. Como está completamente desorientado, no debe causarnos asombro que se case y abandone el sacerdocio. En Francia en 1970 hubo 285 ordenaciones y en 1980, solo 110. Pero ¿cuántos sacerdotes retornaron o retornarán a la vida civil?

Sin embargo, las cifras dramáticas que se citan no corresponden al acrecentamiento real del clero. Lo que se les propone a los jóvenes y lo que, según se dice, ellos «desean actualmente» no responde visiblemente a sus aspiraciones.

Por lo demás, es fácil comprobarlo. Ya no hay vocaciones porque ya no se sabe lo que es el Sacrificio de la misa. En consecuencia, no se puede definir al sacerdote. En cambio, en aquellos lugares en los que el Sacrificio es conocido y enseñado como lo enseñó siempre la Iglesia, las vocaciones son numerosas.

Así lo atestiguan mis propios seminarios; en ellos no se hace otra cosa que volver a afirmar las verdades de siempre. Las vocaciones nos vinieron por sí mismas, sin publicidad. La única publicidad fue hecha por los modernistas. En trece años ordené a ciento ochenta y siete sacerdotes. Desde 1983, el ritmo regular alcanzado es de treinta y cinco a cuarenta ordenaciones por año.

No lo digo para mostrar cierto mérito personal: en este dominio tampoco he inventado nada. Los jóvenes que solicitan ingresar en Écône (Francia), en Ridgefield (Estados Unidos), en Zitzkofen (República Federal de Alemania), en Francisco Álvarez (Argentina), en Albano (Italia) son atraídos por el Sacrificio de la misa. ¡Qué gracia extraordinaria para un joven subir al altar como ministro de Nuestro Señor, ser otro Cristo! En esta tierra no hay nada más hermoso ni más grande. Así vale la pena abandonar la familia, renunciar a fundar una, renunciar al mundo y aceptar la pobreza.

Pero si ya no existe esa atracción, lo digo francamente, no vale la pena el sacrificio, y ésa es la razón por la que los seminarios están vacíos.

Si se continúa marchando según la línea adoptada por la iglesia desde hace unos veinte años, se puede responder ¡no! a la pregunta: ¿habrá todavía sacerdotes en el año 2000? Pero, si se retorna a las nociones verdaderas de la fe habrá vocaciones en los seminarios y en las congregaciones religiosas.

Porque ¿qué es lo que hace la grandeza y la belleza de un religioso y de una religiosa? Ofrecerse como víctima en el altar con nuestro Señor Jesucristo. De otra manera la vida religiosa ya no tiene ningún sentido. En nuestra época, la juventud es tan generosa como en épocas anteriores. Aspira a sacrificarse. Nuestra época es la que desfallece.

Todo está relacionado; al ser atacada la base del edificio, éste se destruye por entero. Ya no hay misa, ya no hay sacerdotes. Antes de ser reformado, el ritual hacía decir al obispo: «*Recibid el poder de ofrecer a Dios el Santo Sacrificio y de celebrar la Santa Misa tanto para los vivos como para los muertos en nombre del Señor*». El obispo había bendecido previamente las manos del ordenando con estas palabras: «*A fin de que todo lo que ellas bendigan sea bendito y todo lo que ellas consagren sea consagrado y santificado…*».

El poder así conferido está expresado sin ambigüedades: «*Que los sacerdotes obren por la salvación de vuestro pueblo y, mediante la santa bendición de ellos, operen la transubstanciación del pan y del vino en el cuerpo y en la sangre de vuestro divino Hijo*».

El obispo dice ahora: «*Recibid la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios*». Esta fórmula hace del nuevo sacerdote más un intermediario que el titular del ministerio sacerdotal. La concepción es completamente diferente. En la Santa iglesia, el sacerdote siempre fue considerado como alguien que posee un *carácter* conferido por el sacramento del orden sagrado. Un obispo que no fue suspendido llegó a escribir: «*El sacerdote no es alguien que hace cosas que los simples fieles no hacen; es tan otro Cristo como cualquier otro bautizado*». Ese obispo se atenía sencillamente a las lecciones de la enseñanza que prevalece desde el concilio y la nueva liturgia.

Se ha producido una confusión en lo que se refiere al sacerdocio de los fieles y el sacerdocio de los sacerdotes. Ahora bien, como decían los cardenales encargados de hacer observaciones sobre el demasiado famoso catecismo holandés, *«la grandeza del sacerdocio como ministerio (el de los sacerdotes) en su participación en el sacerdocio de Cristo, difiere del sacerdocio común de los fieles de una manera no sólo gradual sino esencial»*. Pretender lo contrario significa también en este punto alinearse en el protestantismo.

La doctrina constante de la Iglesia sostiene que el sacerdote está revestido de un carácter sagrado indeleble: *Tu es sacerdos in aeternum*. Y ante los ángeles y ante Dios continuará siendo sacerdote por toda la eternidad. Esa condición no se alterará nunca por más que el sacerdote cuelgue la sotana, que lleve un jersey rojo o de cualquier otro color o que cometa los peores crímenes. El sacramento del orden sagrado lo modificó en su naturaleza.

Bien lejos estamos así del sacerdote «*elegido por la asamblea para asumir una función en la Iglesia*» y más aún del sacerdocio de tiempo limitado propuesto por algunos, según el cual el encargado del culto —pues no veo otra manera de designarlo— vuelve a ocupar su lugar entre los fieles.

Esta visión desacralizada del ministerio sacerdotal lleva naturalmente a interrogarse sobre el celibato de los sacerdotes. Ruidosos grupos de presión reclaman su abolición, a pesar de las repetidas advertencias del magisterio romano. En los Países Bajos se registraron huelgas de ordenaciones por parte de seminaristas que querían obtener «garantías» sobre este asunto. No citaré las voces episcopales que se hicieron oír para urgir a la Santa Sede a considerar esta cuestión.

Pero la cuestión ni siquiera se plantearía si el clero hubiera conservado el sentido de la misa y el sentido del sacerdocio.

Pues la razón profunda se presenta ella misma cuando se comprenden bien estas dos realidades. Es la misma razón que hace que la Santa Virgen ha ya permanecido virgen: habiendo llevado en su seno a Nuestro Señor era justo y era conveniente que ella lo fuera. Asimismo el sacerdote, por las palabras que pronuncia en la Consagración, hace descender a Dios a la

tierra. El sacerdote tiene una proximidad tal con Dios, ser espiritual, espíritu ante todo, que es bueno, justo y eminentemente conveniente que también él sea virgen y permanezca célibe.

Se objetará que en el Oriente hay sacerdotes casados. Pero aquí no hay que engañarse, pues se trata sólo de una tolerancia. Los obispos orientales no pueden estar casados, ni tampoco aquellos que cumplen funciones de alguna importancia. Ese clero venera el celibato sacerdotal, que forma parte de la tradición más antigua de la Iglesia y que los apóstoles observaron desde el momento de Pentecostés; y aquellos que, como san Pedro, ya estaban casados continuaron viviendo con sus esposas, pero ya sin «conocerlas».

Es notable el hecho de que los sacerdotes que sucumben a los espejismos de una presunta misión social o política contraigan casi automáticamente matrimonio. Ambas cosas van juntas.

Quieren hacernos creer que los tiempos actuales justifican cualquier clase de abandono, que en las actuales condiciones de vida es imposible ser casto, que el voto de virginidad de los religiosos y las religiosas es un anacronismo. La experiencia de estos veinte años muestra que los ataques librados contra el sacerdocio con el pretexto de adaptarlo a la época actual son mortales para el sacerdocio. Ahora bien, no es posible siquiera imaginar una Iglesia sin sacerdotes, pues la Iglesia es esencialmente sacerdotal.

¡Triste época ésta que quiere la unión libre para los laicos y el matrimonio para los clérigos! Si el lector percibe en esta aparente falta de lógica una lógica implacable que tiene como objeto la ruina de la sociedad cristiana, cobra una buena visión de las cosas y formula un juicio exacto.

CAPÍTULO VIII

Del catecismo holandés a «Pierres Vivantes»

Entre los católicos a menudo he oído y continúo oyendo esta observación: «Se nos quiere imponer una religión nueva». ¿Es exagerada esta expresión? Los modernistas, que se han infiltrado abundantemente en la Iglesia y que llevan la voz cantante, trataron primero de tranquilizar a los católicos diciéndoles: «Pero no, ustedes tienen esa impresión porque las formas caducas fueron reemplazadas por otras, por razones que se imponían: ya no se puede rezar exactamente como se hacía antes, había que quitar el polvo, adoptar una lengua comprensible para los hombres de nuestro tiempo, practicar la apertura en dirección de nuestros hermanos separados… Pero, desde luego, nada ha cambiado».

Luego esos modernistas tomaron menos precauciones y los más audaces hicieron declaraciones ya en pequeños grupos frente a gente convertida a su causa, ya públicamente. Un padre Cardonnel se ufanaba mucho al anunciar un nuevo cristianismo en el que estaría controvertida «la famosa trascendencia que hace de Dios el monarca universal» y se remitía abiertamente al modernismo de Loisy: «Si usted nació en una familia cristiana, los catecismos que aprendió son esqueletos de la fe». Y luego proclamaba: «Nuestro cristianismo se manifiesta mejor en la forma neocapitalista».

El cardonal Suenens, después de haber reconstruido la iglesia a su manera, exhortaba a «abrirse al pluralismo teológico más amplio» y reclamaba el establecimiento de una «jerarquía de las verdades para

establecer aquello que había que creer mucho, aquello que había que creer un poco y aquello que no tenía importancia».

En 1973 en locales del arzobispado de París, el padre Bernard Feillet daba un curso de manera oficial dentro del marco de la «Formación cristiana de los adultos» en el cual afirmaba una y otra vez: «Cristo no venció la muerte. Sucumbió a la muerte por la muerte… En el plano de la vida, Cristo fue vencido y todos nosotros seremos vencidos. Y la fe no está justificada por nada, la fe va a ser ese grito de protesta contra este universo que termina, como lo decíamos hace un instante, con la percepción de lo absurdo, con la conciencia de la condenación y con la realidad de la nada».

Podría citar un número importante de este género de declaraciones que levantaron más o menos escándalo, que fueron más o menos desaprobadas y que a veces no lo fueron en modo alguno. Pero el pueblo cristiano en su gran mayoría huía de estas manifestaciones; si se enteraba de ellas por los diarios pensaba que se trataba de abusos sin ningún carácter general y no ponía en tela de juicio su propia fe.

Ahora el pueblo cristiano ha comenzado a interrogarse al encontrar en manos de sus hijos libros de catecismo que ya no exponen la doctrina católica tal como era enseñada de manera inmemorial.

Todos los nuevos catecismos están inspirados en mayor o menor grado en el Catecismo holandés, publicado por primera vez en 1966. Las proposiciones contenidas en esta obra parecían tan fraguadas y controvertidas, que el Papa encargo a una comisión de cardenales que la examinara; ésta se verificó en Gazzada, Lombardía, en abril de 1967.

Ahora bien, esta comisión señaló diez puntos sobre los cuales aconsejaba que la Santa Sede reclamara modificaciones. Era una manera de decir, de conformidad con los usos posconciliares, que esos puntos estaban en desacuerdo con la doctrina de la Iglesia, unos años antes los habrían condenado rotundamente y el Catecismo holandés habría sido puesto en el Index.

En efecto, los errores u omisiones señalados tocan a lo esencial de la fe. ¿Qué encontramos en este catecismo?

El Catecismo holandés:

- ignora a los ángeles y no define a las almas humanas como creadas inmediatamente por Dios.
- Da a entender que el pecado original no fue transmitido por nuestros primeros padres a todos sus descendientes, sino que es algo que contraen los hombres por el hecho de vivir en la comunidad humana, en la que reina el mal; el pecado original tendría en cierto modo carácter epidémico.
- En ese catecismo no se afirma la virginidad de María, no se dice que Nuestro Señor murió por nuestros pecados y fue enviado con ese fin por su Padre, ni que la gracia divina nos fue restituida a ese precio. En consecuencia, se presenta la misa como un banquete y no como un sacrificio.
- No se afirma de manera clara ni la Presencia real de Cristo, ni la realidad de la transubstanciación.
- La infalibilidad de la Iglesia y el hecho de que ésta posee la verdad desaparecieron de esta enseñanza, lo mismo que la posibilidad del intelecto humano de «tener acceso a los misterios revelados».
- Se llega así al agnosticismo y al relativismo. El ministerio sacerdotal queda rebajado. La dignidad de los obispos es considerada como un mandato que le habría confiado el «pueblo de Dios», y el magisterio de los obispos sería como una sanción de lo que cree la comunidad de los fieles. El Sumo Pontífice pierde su poder pleno, supremo y universal.
- La Santísima Trinidad, el misterio de las tres Personas divinas, no es presentado de una manera satisfactoria.

La comisión crítica también:

- la exposición que se hace en el catecismo de la eficacia de los sacramentos, de la definición del milagro, de la suerte reservada a las almas justas después de la muerte.
- La comisión señala las oscuridades en la explicación de las leyes morales y de las «soluciones de casos de conciencia» en las que se hace poco caso de la indisolubilidad del matrimonio.

Aun cuando en este libro el resto sea «bueno y laudable», lo que nada tiene de sorprendente pues los modernistas siempre mezclaron lo verdadero

y lo falso como lo observa firmemente san Pío X, ciertamente hay bastante para afirmar que se trata de una obra perversa y eminentemente peligrosa para la fe. Ahora bien, sin esperar el informe de la comisión y aun apresurando los trabajos, los promotores del libro hacían publicar traducciones en varias lenguas. Y posteriormente el texto nunca fue modificado. A veces se agregaba el dictamen de la comisión, a veces no se lo hacía. Luego hablaré del problema de la obediencia. ¿Quién desobedece en este asunto? ¿El que denuncia ese catecismo?

Los holandeses rompieron la marcha, pero nosotros los alcanzamos muy pronto. No consideraré la evolución histórica de la catequesis francesa para detenerme más bien en su última manifestación, la «colección católica de documentos privilegiados de la fe» titulada Pierres Vivantes y el flujo de «trayectos catequísticos». Para respetar la definición de la palabra catequesis o catecismo ostensiblemente empleada en todos los documentos, esas obras deberían estar desarrolladas en preguntas y respuestas pero se ha abandonado esa construcción que permitía un estudio sistemático del contenido de la fe y casi nunca se dan respuestas. Pierres Vivantes se guarda de hacer afirmaciones, salvo las de las proposiciones nuevas, insólitas, extrañas a la tradición.

Cuando se evocan los dogmas se lo hace como si fueran creencias particulares de una parte de los hombres que el libro llama «los cristianos» y que los pone en competencia con los judíos, los protestantes, los budistas y hasta los agnósticos y los ateos.

En muchos pasajes, los «animadores de catequesis» son invitados a proceder de manera que el niño abrace una religión, no importa cuál. Hay además interés en prestar oídos a los incrédulos que tienen mucho que enseñar al niño. Lo importante es «hacer equipo», prestarse servicios entre camaradas de clase y preparar para mañana las luchas sociales en las que habrá que comprometerse hasta con los comunistas, como lo explica la edificante historia de Madeleine Delbrél, esbozada en Pierres Vivantes y contada por entero en ciertos «trayectos».

Otro «santo» que se propone como ejemplo a los niños es Martin Luther King, en tanto que se alaba a Marx y a Proudhon, «grandes defensores de la clase obrera» que «parecen proceder de fuera de la Iglesia». La Iglesia, vea

usted, habría querido emprender ese combate, pero no se dio maña para hacerlo. Se contentó con «denunciar la injusticia». Eso es lo que se les enseña a los niños.

Pero más grave aún es la manera de desacreditar las sagradas Escrituras, obra del Espíritu Santo. Cuando uno esperaría que la colección de textos de la Biblia comenzara por los relativos a la creación del mundo y del hombre, Pierres Vivantes empieza con el libro del Éxodo y con este título «Dios crea a su pueblo». ¿Cómo no van a sentirse los católicos más que perplejos, desconcertados y sublevados por semejante desvío?

Hay que llegar al primer libro de Samuel para encontrar un retorno en dirección del libro del Génesis y enterarse de que Dios no creó el mundo. Tampoco esta vez estoy inventando; eso está escrito: «El autor de este relato de la creación se pregunta, lo mismo que muchas personas, cómo comenzó el mundo. Unos creyentes reflexionaron y uno de ellos compuso un poema…». Luego, en la corte de Salomón, otros sabios reflexionan sobre el problema del mal. Para explicarlo escriben un «relato con imágenes» y entonces tenemos así explicada la tentación por obra de la serpiente y la caída de Adán y Eva. Pero no se habla del castigo, el texto aquí se interrumpe. Dios no castiga, así como la Nueva Iglesia ya no condena, salvo a quienes permanecen fieles a la tradición. El pecado original, citado entre comillas, es una «enfermedad de nacimiento», una «imperfección que se remonta a los orígenes de la humanidad», algo muy vago, inexplicable.

Por supuesto, así toda la religión se desmorona. Si ya no se puede dar una respuesta en lo relativo al problema del mal, ya no vale la pena predicar más, ni decir misas, ni confesar.

¿Quién habrá de escucharlo a uno?

El Nuevo Testamento comienza con Pentecostés. Se pone el acento en esta primera comunidad que lanza un grito de fe. Luego esos cristianos «recuerdan» y la historia de Nuestro Señor se dibuja poco a poco saliendo de las brumas de la memoria de aquellos cristianos. Se comienza por el final, la cena, el Gólgota; luego se expone la vida pública y, por fin, la niñez de Jesucristo con este título ambiguo: «Los primeros discípulos narran la niñez de Jesús».

Sobre estas bases, los «trayectos» dan a entender fácilmente que los Evangelios de la niñez de Jesús son una piadosa leyenda como las leyendas que los pueblos antiguos tenían costumbre de elaborar cuando componían la biografía de sus grandes hombres. Por lo demás, Pierres Vivantes da una fecha tardía de los Evangelios, lo cual reduce la credibilidad de éstos, y en un cuadro tendencioso muestra a los apóstoles y a sus sucesores predicando, celebrando y enseñado, antes de «descifrar la vida de Jesús a partir de sus propias vidas».

Éste es un vuelco completo: las experiencias personales de los apóstoles se convierten en el origen de la Revelación en lugar de ser la Revelación la que modela sus pensamientos y sus vidas. Sobre el fin último, Pierres Vivantes mantiene una inquietante confusión. ¿Qué es el alma? «Para correr es necesario el aliento; el aliento es necesario para llegar al fin de las cosas difíciles. Cuando alguien muere se dice: "Rindió su último aliento". El aliento es la vida, la vida íntima de cada uno. También se dice "el alma"».

En otro capítulo, el alma es asimilada al corazón, al corazón que late, al corazón que ama. El corazón es también el asiento de la conciencia. ¿Cómo entender esto? ¿En qué consiste pues la muerte?

Los autores del libro no se pronuncian sobre la cuestión: «Para algunos, la muerte es la detención definitiva de la vida, otros piensan que se puede vivir aun después de la muerte, pero no saben si eso es seguro. Otros por fin tienen la firme seguridad de esa vida posterior; los cristianos son de éstos». El niño no tiene más que elegir, la muerte es una cuestión de opciones. Pero el que sigue los cursos de catecismo, ¿no es cristiano? En ese caso, ¿por qué hablarle de los cristianos en la tercera persona del plural en lugar de decirle firmemente: «Nosotros, nosotros sabemos que existe una vida eterna y que el alma no muere»? El paraíso es objeto de un tratamiento igualmente equívoco; «Los cristianos hablan a veces del paraíso para designar la alegría perfecta de estar con Dios para siempre después de la muerte; eso es el "cielo", el Reino de Dios, la Vida eterna, el reino de la Paz».

Esta explicación es muy hipotética. Parecería que se trata de una manera de decir, de una metáfora tranquilizadora empleada por los cristianos. Nuestro Señor nos prometió, si observamos sus mandamientos, el cielo que la Iglesia siempre definió como «un lugar de felicidad perfecta en el que los

ángeles y los elegidos ven a Dios y lo poseen para siempre». Esta catequesis representa un rebajamiento seguro respecto de lo que se afirmaba en los catecismos. De esto no puede seguirse otra cosa que una falta de confianza en las verdades enseñadas y una desmovilización espiritual: ¿qué sentido tiene resistir a los instintos y seguir el camino estrecho si no se sabe muy bien lo que le espera al cristiano después de la muerte?

El católico no va a buscar en sus sacerdotes o en sus obispos indicaciones que le permitan hacerse una idea sobre Dios, sobre el mundo, sobre el fin último, sino que les pregunta lo que debe hacer y lo que debe creer. Si los sacerdotes le responden con una serie de proposiciones y proyectos de vida, a ese católico no le queda otro remedio que constituirse una religión personal y entonces se convierte en protestante. Esta catequesis convierte a los niños en pequeños protestantes.

La orden del día de la reforma es la eliminación de las «certezas». Se critica a los cristianos que poseen certezas y que las guardan como un avaro guarda su tesoro; se los considera egoístas, bochornosos. Hoy uno debe abrirse a las opiniones contrarias, admitir las diferencias, respetar las ideas de los francmasones, de los marxistas, de los musulmanes y hasta de los animistas. La marca de una vida santa es dialogar con el error.

Entonces todo es lícito. Ya aludí a las consecuencias de la nueva definición del matrimonio, y no son consecuencias hipotéticas, algo que le podría ocurrir al cristiano que tomara al pie de la letra esa definición. Esas consecuencias no tardaron en realizarse, como lo comprobamos por la licencia de las costumbres que se difunde día a día.

Pero lo que más consterna es comprobar que esta catequesis da apoyo a la definición. Consideremos un «material catequético», como se dice ahora, publicado en Lyon en 1972 con el imprimátur y destinado a los educadores. ¿El título? He aquí al hombre.

La parte dedicada a la moral dice lo siguiente: «Jesús no tuvo la intención de dejar a la posteridad una “moral” política o sexual, o de cualquier otra índole… La única exigencia que subsiste es el amor de los hombres entre sí… Según eso, uno es libre, libre de elegir la mejor manera, en cada circunstancia, de expresar ese amor que uno siente por sus semejantes».

El capítulo sobre la «Pureza» da las aplicaciones de esta ley general. Después de haber explicado, con menosprecio del Génesis, que la vestimenta apareció sólo tardíamente, «como signo de una posición social, de una dignidad» y para desempeñar un «papel de disimulo», se define a la pureza del modo siguiente: «Ser puro es estar en el orden natural, es ser fiel a la naturaleza… Ser puro es estar en armonía, en paz, con la tierra y los hombres; es estar de acuerdo, sin resistencia ni violencia, con las grandes fuerzas de la naturaleza».

Encontramos entonces una pregunta y una respuesta: «¿Es esa pureza compatible con la pureza de los cristianos? No sólo es compatible sino que es necesaria a una pureza verdaderamente humana y cristiana. Jesucristo no repudió ni rechazó ninguno de esos descubrimientos, de esas adquisiciones que son el fruto de una larga indagación de los pueblos; muy por el contrario, Jesucristo vino a darles una prolongación extraordinaria: "Yo no vine a abolir, sino a realizar"».

En apoyo de sus afirmaciones los autores aducen el ejemplo de María Magdalena: «En esa asamblea, la que es pura es ella, porque amó mucho, porque amó profundamente». De esta manera se ha desfigurado el Evangelio: no se hace hincapié en el pecado de María Magdalena, en su vida disoluta; el perdón que Nuestro Señor le otorga es presentado como una aprobación de su existencia pasada y no se tiene en cuenta la exhortación divina: «Ve y no peques más».

Ni el firme propósito que conduce a la expecadora hasta el Calvario, fiel a su Maestro por el resto de sus días. Este libro repugnante no se detiene ante ningún límite: «¿Puede uno tener relaciones con una muchacha, preguntan los autores, aun sabiendo perfectamente que se trata sólo de una diversión o de ver lo que es una mujer?».

Y responden: «Plantear así el problema de las leyes de la pureza es indigno de un verdadero hombre, de un hombre que ama, de un cristiano. Significaría eso imponer al hombre una picota, un yugo intolerable: Siendo así que Cristo vino precisamente para librarnos del yugo pesado de las leyes: "Mi yugo es fácil y mi carga liviana"». Véase cómo se interpretan las palabras más santas para pervertir a las almas. De san Agustín retuvieron sólo una afirmación: «Ama y haz lo que quieras».

He recibido unos libros innobles publicados en Canadá. En ellos no se habla más que del sexo: la sexualidad vivida en la fe, la promoción sexual, etcétera. Las figuras son absolutamente repugnantes, parecería que a toda costa se quisiera infundir en el niño el deseo y la obsesión del sexo y hacerle creer que en la vida no hay otra cosa. Numerosos padres cristianos protestaron y reclamaron, pero no hubo nada que hacer y por una buena razón, en la última página de esos catecismos se lee que han sido aprobados por la comisión de catequesis. ¡El presidente de la comisión episcopal de enseñanza religiosa de Québec dio el permiso para imprimirlos!

Otro catecismo aprobado por el episcopado canadiense invita al niño a romper con todo, con sus padres, con la tradición, con la sociedad, a fin de reencontrar su personalidad que todos esos vínculos ahogan, a fin de liberarse de los complejos que proceden de la sociedad y de la familia. Buscando siempre una justificación en el Evangelio, quienes dan esta clase de consejos pretenden que Jesucristo vivió esas rupturas y que así se reveló como el hijo de Dios. De manera que es Cristo quien quiere que hagamos otro tanto.

¡Se puede adoptar una concepción tan contraria a la religión católica bajo la cubierta de la autoridad episcopal!

En lugar de hablar de ruptura se debería hablar de los vínculos que debemos buscar, porque ellos hacen nuestra vida. ¿Qué es el amor de Dios sino un lazo con Dios, una obediencia a Dios y a sus mandamientos? El vínculo con los padres, el amor a los padres, son vínculos de vida y no de muerte. ¡Pero se los presenta al niño como algo que lo ahoga y lo oprime, como algo que disminuye su personalidad, como algo de lo que es menester liberarse! No, no es posible que los padres dejen corromper de esta manera a sus hijos. Lo digo francamente: no pueden enviar a sus hijos a esos catecismos que les hacen perder la fe.

CAPÍTULO IX

La nueva teología

Los estragos de esta catequesis son visibles en las generaciones que ya tuvieron que sufrirlas. En la *Ratio studiorum* de mis seminarios yo había incluido un año de espiritualidad situado al comienzo de los estudios que duran seis años. Espiritualidad, es decir, ascetismo, misticismo, formación en la meditación y en la oración, profundización de los conceptos de virtud, de gracia sobrenatural, de presencia del Espíritu Santo…

Pero pronto tuvimos que desengañarnos. Nos dimos cuenta de que esos jóvenes (que llegaban con un vivo deseo de convertirse en verdaderos sacerdotes, que poseían una vida interior más profunda que muchos de sus contemporáneos y que tenían el hábito de la oración) no conocían ni siquiera las nociones fundamentales de nuestra fe. Nunca se las habían enseñado. De modo que durante ese año de espiritualidad fue necesario enseñarles el catecismo.

Muchas veces referí como nació el seminario de Écône. En esa casa situada en el Valais, entre Sion y Martigny, se había previsto que los futuros sacerdotes sólo harían un primer año de espiritualidad allí; luego seguirían los cursos de la universidad de Friburgo. Pero si muy pronto se consideró la creación de un seminario completo se debió a que en la universidad de Friburgo ya no se aseguraba una enseñanza verdaderamente católica.

La Iglesia siempre consideró las cátedras universitarias de teología, de derecho canónico, de liturgia y de derecho eclesiástico como órganos de su propio magisterio o por lo menos de su predicación. Pero en la actualidad, es un hecho cierto el de que en todas las universidades católicas o casi

católicas ya no es más el credo católico ortodoxo lo que se enseña. No veo ninguna universidad que lo haga ni en Europa libre ni en los Estados Unidos, ni en la América del Sur. Siempre hay algunos profesores que, con el pretexto de realizar investigaciones teológicas, se permiten dar opiniones contrarias a nuestro credo y no sólo en aspectos secundarios.

Ya hablé de ese decano de la facultad de teología de Estrasburgo para quien la presencia de Nuestro Señor en la misa puede compararse con la presencia de Wagner en los festivales de Bayreuth. Para ese decano ya no se trata del *Novus Ordo*, sino que el mundo evoluciona con una velocidad tal que estas cosas se encuentran rápidamente en el tiempo pasado. Estima pues que hay que prever una Eucaristía que surja del grupo mismo. ¿En qué consistirá dicha Eucaristía? Él mismo no lo sabe, pero profetiza en su libro *Pensamiento contemporáneo y expresión de la fe eucarística* que los miembros del grupo, al estar juntos, crearán el sentimiento de la comunión con Cristo quien estará presente en medio de ellos, pero sobre todo no en las especies del pan y del vino.

Sonríe ante la Eucaristía que se llama «signo eficaz», definición común a todos los sacramentos y dice: «*Eso es ridículo, en la hora actual ya no se pueden decir esas cosas, en nuestra época eso no tiene sentido*».

Los jóvenes alumnos que oyen estas afirmaciones de boca de su profesor, que por añadidura es decano de la Facultad, los jóvenes seminaristas que acuden a sus cursos se ven poco a poco impregnados por el error y reciben una formación que ya no es católica, Lo mismo cabe decir de aquellos que asistían antes a las clases de un profesor dominico de Friburgo, quien aseguraba que las relaciones prematrimoniales eran normales y deseables.

Mis propios seminaristas conocieron a otro dominico que les enseñaba a componer nuevos cánones: «*Eso no es muy difícil; vean ustedes algunos principios que podrán utilizar fácilmente cuando sean sacerdotes*».

Se podrán multiplicar los ejemplos.

Smulders, de la Escuela Superior de Teología de Ámsterdam, sospecha que san Pablo y san Juan impusieron abusivamente el concepto de Jesús hijo de Dios y rechaza el dogma de la Encarnación.

Schillebeeckx, de la universidad de Nimega, expone las ideas más extravagantes, inventa la transignificación, somete el dogma a las variaciones impuestas por las circunstancias de cada época, asigna un fin social y terrenal a la doctrina de la salvación.

Küng, en Tübingen, antes de que le prohibieran enseñar en una cátedra de teología católica, ponía en tela de juicio el misterio de la Santísima Trinidad, a la Virgen María, los sacramentos y decía que Jesús era un narrador de feria desprovisto de «toda cultura teológica».

Snackenburg, en la universidad de Wüzburg, acusa a san Mateo de haber forjado el episodio de la confesión de Cesárea para autenticar la primacía de Pedro.

Rahner, que acaba de morir, minimizaba la tradición en sus cursos de la universidad de Múnich, negaba propiamente la Encarnación al hablar sin cesar de Nuestro Señor como de un hombre «naturalmente concebido», negaba el pecado original y la Inmaculada Concepción, preconizaba el pluralismo teológico.

Los elementos avanzados del neomodernismo pusieron por las nubes a toda, esa gente que cuenta con el apoyo de la prensa, de manera tal que sus teorías asumen importancia a los ojos del público y sus nombres son conocidos. Parecen, pues, representar toda la teología y favorecen la idea de que la doctrina de la Iglesia ha cambiado.

Esos hombres pueden continuar su perniciosa enseñanza durante largos años interrumpidos a veces por ligeras sanciones. Los papas recuerdan de manera regular los límites de la misión del teólogo. No hace mucho aún Juan Pablo II decía: «*No es posible apartarse, por separarse, de los puntos fundamentales de referencia que son los dogmas definidos sin perder la identidad católica.*»

Schillebeeckx, Küng, el padre Pohier fueron reprendidos pero no sancionados, este último por un libro en el que negaba la resurrección corporal de Cristo.

¿Se puede imaginar que en las universidades romanas, incluso en la Gregoriana, se permitan, con el pretexto de la indagación teológica, las teorías más peregrinas sobre las relaciones de la Iglesia y el Estado, sobre el divorcio y sobre otras cuestiones fundamentales?

Es seguro que el hecho de haber transformado el Santo Oficio, que siempre fue considerado por la Iglesia como el tribunal de la fe, favorece estos excesos. Hasta entonces, cualquier fiel, sacerdote y con mayor razón cualquier obispo, podía someter a la consideración del Santo Oficio un escrito, una revista, un artículo y preguntar qué pensaba de él la Iglesia y si se trataba de un escrito que estaba de acuerdo o no con la doctrina católica. Un mes o seis semanas después el Santo Oficio respondía: «Esto es justo, esto es falso, eso debe ser distinguido porque hay una parte verdadera y una parte falsa».

De esta manera se examinaba y juzgaba definitivamente todo documento. ¿Es chocante que se sometan los escritos al conocimiento de un tribunal? ¿Qué ocurre en las sociedades civiles? ¿No existe en ellas un consejo constitucional para decidir lo que está de conformidad o no con la Constitución? ¿No existen tribunales a los que se acude en el caso de diferentes ofensas sufridas por los particulares y por las colectividades?

Hasta puede uno pedir al juez que intervenga en casos de moral pública contra anuncios licenciosos o contra una publicación vendida a la plena luz del día y cuya primera página constituye un ultraje a las buenas costumbres, por más que en estos últimos tiempos y en numerosos países el límite de lo que está permitido se haya ampliado considerablemente.

Pero en la Iglesia ya no se aceptaba la intervención de un tribunal, ya no había que juzgar ni condenar. Lo mismo que los protestantes, los modernistas tomaron de los Evangelios la frase que les interesaba: «*No juzguéis*». Pero no han tenido en cuenta el hecho de que inmediatamente después Nuestro Señor dijo: «*Guardaos de los falsos profetas… Por sus frutos los juzgaréis*».

El católico no debe juzgar inconsideradamente las faltas de sus hermanos, sus actos personales, pero Cristo le ha mandado conservar su fe y ¿cómo podría hacerlo sin echar una mirada crítica a lo que se le da a leer o a oír? El católico se dirigirá al magisterio cuando una opinión le parece dudosa; para eso servía el Santo Oficio.

Pero éste, después de la reforma a que se lo sometió, se definió a sí mismo como «*Oficio de indagaciones teológicas*». La diferencia es enorme.

Recuerdo que pregunté una vez al cardenal Browne, ex superior general de los dominicos, que estuvo mucho tiempo en el Santo Oficio:

—Eminencia, ¿tiene usted la impresión de que este cambio es radical o sencillamente superficial y accidental?

¡Oh! —me respondió—. ¡No! El cambio es esencial.

Por eso no hay que asombrarse si ya no se condena, si el tribunal de la fe de la Iglesia no ejerce ya su papel frente a los teólogos y a todos aquellos que escriben sobre cuestiones religiosas. Siguiese de ello que los errores se difunden por todas partes; habiendo salido de las cátedras universitarias invaden los catecismos y los presbiterios de las parroquias más alejadas. El veneno de la herejía termina por invadir a toda la Iglesia. De manera que el magisterio eclesiástico se halla sumido en una crisis muy grave.

Los razonamientos más absurdos se utilizan para prestar apoyo a esos teólogos que sólo tienen el nombre de tales. Un padre Duquoc, profesor en Lyon, recorrió Francia dando conferencias sobre la oportunidad de conferir un sacerdocio provisional a ciertos fieles, incluso a mujeres. Buen número de católicos reaccionó aquí y allá y un obispo del sur de Francia asumió una posición firme contra este predicador dudoso; porque esto ocurre algunas veces. Pero en Laval, los laicos escandalizados tuvieron que oír por parte del obispado estas palabras: «*En esta circunstancia nuestro deber absoluto es preservar la libertad de palabra en la iglesia*».

Realmente ésto causa estupor. ¿De dónde sacaron ese concepto de libertad de palabra? Es un concepto enteramente extraño al derecho de la Iglesia. ¡Y por añadidura lo convirtieron en un deber absoluto del obispo! Esto equivale a trastrocar de un extremo al otro el sentido de la responsabilidad episcopal que consiste en defender la fe y en preservar de la herejía al pueblo que le ha sido confiado.

Debo citar ejemplos que, por lo demás, son del dominio público; pero ruego al lector que crea que yo no escribo este libro para criticar a las personas. Y ésa es la actitud que siempre se fijó el Santo Oficio. El Santo Oficio no consideraba a las personas, sino que tan sólo se atenía a las obras. Un teólogo se quejaba de que uno de sus libros hubiera sido condenado sin oírlo a él. Pero, precisamente, el Santo Oficio condenaba las obras y no a los autores.

Decía: «*Este libro contiene afirmaciones que no están de acuerdo con la doctrina tradicional de la Iglesia*». ¡Eso era todo! ¿Por qué remontarse a quien había escrito esas obras? Las intenciones del autor, su culpabilidad, incumben a otro tribunal, el tribunal de la penitencia.

CAPÍTULO X

El ecumenismo

En medio de esta confusión de ideas, en la que algunos cristianos parecen ahora complacerse, hay una tendencia particularmente perniciosa para la fe y tanto más peligrosa por cuanto se presenta con las apariencias de la caridad. La palabra ecumenismo, aparecida en 1927 en un congreso que se reunió en Lausanne, debería poner por sí misma en guardia a los católicos, teniendo en cuenta la definición que se da de dicha palabra en todos los diccionarios: «*Ecumenismo: movimiento favorable a la reunión de todas las Iglesias cristianas en una sola*». No es posible fundir principios contradictorios, eso es evidente; no se puede reunir la verdad y el error para hacer de ellos una sola cosa.

Esto sólo sería posible adoptando errores y rechazando parcial o totalmente la verdad.

El ecumenismo se condena por sí mismo.

El término alcanzó tal difusión a partir del último concilio que penetró el lenguaje profano. Ahora se habla de ecumenismo universitario, de ecumenismo informático y de otros tipos de ecumenismo, para expresar una posición de diversidad, de eclecticismo.

En el lenguaje religioso, el ecumenismo se extendió últimamente a las religiones no cristianas, lo cual se tradujo inmediatamente en actos. Un diario del oeste de Francia nos indica mediante un ejemplo preciso el modo en que se realiza la evolución: en una pequeña parroquia de la región de Cherburgo, la población católica se preocupa por los trabajadores musulmanes que acaban de llegar a un obrador.

Ésta es una actitud caritativa y no se puede dejar de felicitar a dichos católicos.

En una segunda fase, vemos a los musulmanes pidiendo un local para celebrar el Ramadán y a los cristianos ofreciéndoles el subsuelo de su iglesia. Luego comienza a funcionar en ese lugar una escuela coránica. Al cabo de dos años, los cristianos invitan a los musulmanes a celebrar la Navidad con ellos y mediante «*una oración común preparada sobre la base de extractos de los suras del Alcorán y de los versículos del Evangelio*». La caridad mal entendida condujo a esos cristianos a pactar con el error.

En Lille, los dominicos proporcionaron a los musulmanes una capilla para que fuera transformada en mezquita. En Versalles, se ha pedido dinero en las iglesias para «*la compra de un lugar de culto para los musulmanes*».

En Roubaix y en Marsella les fueron cedidas otras capillas, así como una iglesia de Argenteuil. ¡Los católicos se convierten en apóstoles del peor enemigo de la Iglesia de Cristo que es el islamismo y ofrecen sus óbolos a Mahoma!

Según parece, en Francia hay más de cuatrocientas mezquitas y en muchos casos fueron los católicos quienes proporcionaron el dinero para su construcción.

Hoy todas las religiones tienen derecho de ciudadanía en la iglesia. Un cardenal francés celebraba un día la misa en presencia de monjes tibetanos a los que había puesto en la primera fila, vestidos con sus hábitos de ceremonia y se inclinaba frente a ellos mientras un animador anunciaba; «*Los bonzos participarán con nosotros en la celebración eucarística*». En una iglesia de Rennes se celebró *el culto* de Buda; en Italia, veinte monjes fueron iniciados solemnemente en el zen por un budista.

No terminaría nunca de citar ejemplos de sincretismo que se nos presentan todos los días. Asistimos al desarrollo de asociaciones, al nacimiento de movimientos que siempre encuentran un eclesiástico para presidirlos, como ese movimiento que quiere llegar «*a la fusión de todas las espiritualidades en el amor*». O bien se lanzan proyectos asombrosos como la transformación de Notre-Dame-de-la-Garde en lugar de culto monoteísta para los cristianos, los musulmanes y los judíos, proyecto que felizmente encontró la firme oposición de grupos de laicos.

El ecumenismo, en su acepción estrecha, es decir, reservado a los cristianos, organiza celebraciones eucarísticas comunes con los protestantes, como se ha hecho especialmente en Estrasburgo; o bien son los anglicanos quienes invitan en la catedral de Chartres para celebrar la «Cena eucarística».

La única celebración que no se admite ni en Chartres, ni en Estrasburgo, ni en Rennes ni en Marsella es la de la Santa Misa según el rito codificado por san Pío V.

¿Qué conclusión puede sacar de todo esto el católico que ve a las autoridades eclesiásticas consintiendo en ceremonias tan escandalosas? La conclusión de que todas las religiones tienen su valor, de que podría muy bien buscar uno la salvación entre los budistas o los protestantes. Ese católico corre el riesgo de perder la fe en la Santa Iglesia. Y eso es lo que se les sugiere; se quiere someter a la iglesia al derecho común, se la quiere colocar en el mismo plano que las otras religiones, se evita decir (hasta entre sacerdotes, seminaristas y profesores de seminario) que la Iglesia católica es la única iglesia, que ella sola posee la verdad, que ella sola es la única capaz de dar la salvación a los hombres por obra de Jesucristo.

Ahora se dice abiertamente: «La Iglesia no es más que un fermento espiritual en la sociedad pero al igual que las demás religiones…, tal vez un poco más que las otras religiones…». En rigor de verdad se acepta, y no siempre, asignarle una ligera superioridad.

En ese caso la Iglesia sería tan sólo útil, ya no sería necesaria. Constituiría uno de los medios de alcanzar la salvación.

Es menester decirlo claramente: semejante concepción se opone de manera radical al dogma mismo de la iglesia católica.

La Iglesia es la única arca de salvación, no debemos tener miedo de afirmarlo. Muchas veces se habrá oído decir: «*Fuera de la Iglesia no hay salvación*» y esto choca a las mentalidades contemporáneas. Es fácil hacer creer que este principio ya no está en vigor, que ha quedado superado. Parece un principio de severidad excesiva.

Sin embargo nada ha cambiado, pues nada puede cambiar en este dominio. Nuestro Señor no fundó varias Iglesias, sino que fundó sólo una. Sólo hay una cruz por obra de la cual uno puede salvarse y esa cruz le ha

sido dada a la Iglesia católica, no ha sido dada a las demás. Cristo dio todas sus gracias a su Iglesia que es su esposa mística. Ninguna gracia otorgada al mundo, ninguna gracia registrada en la historia de la humanidad se distribuye sin pasar por la Iglesia.

¿Quiere eso decir que ningún protestante, ningún musulmán, ningún budista, ningún animista se salvará? No, eso no es cierto, pensarlo es incurrir en un segundo error. Aquellos que protestan contra la intolerancia al oír la fórmula de san Cipriano «Fuera de la Iglesia no hay salvación» ignoran el Credo «Reconozco un solo bautismo para la remisión de los pecados» y no están suficientemente instruidos sobre lo que es el bautismo.

Hay tres maneras de recibirlo: el bautismo por el agua, el bautismo por la sangre (éste es el bautismo de los mártires que confesaron su fe cuando todavía eran catecúmenos) y el bautismo de deseo.

El bautismo de deseo puede ser *explícito*. Muchas veces en África oíamos que uno de nuestros catecúmenos decía: «Padre mío, bautíceme en seguida pues si muriera antes de su próximo paso por aquí iría al infierno». Nosotros les respondíamos: «*No, si no tenéis un pecado mortal sobre la conciencia y si tenéis el deseo del bautismo ya poseéis la gracia en vosotros*».

Ésa es la doctrina de la Iglesia que reconoce también el bautismo de deseo *implícito*. Este bautismo consiste en el acto de hacer la voluntad de Dios. Dios conoce todas las almas y por consiguiente sabe que en los medios protestantes, musulmanes, budistas y en toda la humanidad hay almas de buena voluntad. Esas almas reciben la gracia del bautismo sin saberlo, pero de una manera efectiva y, por lo tanto, quedan incorporadas a la iglesia.

Pero el error consiste en pensar que esas almas se salvan por su religión; se salvan en su religión, pero no por esa religión. No se salvan por obra del islamismo o por obra del sintoísmo. En el cielo no hay Iglesia budista, ni iglesia protestante. Éstas son cosas que pueden parecer duras, pero así es la verdad. No fui yo quien fundó la Iglesia, fue Nuestro Señor, el hijo de Dios. Nosotros, los sacerdotes, estamos obligados a decir la verdad.

¡Pero al precio de qué dificultades llegan a recibir el bautismo de deseo los hombres de aquellos países en los que no ha penetrado el cristianismo!

El error es una pantalla que oculta al Espíritu Santo. Por eso la Iglesia envió siempre misioneros a todos los países del mundo y muchos de ellos murieron en el martirio. Si se puede encontrar la salvación en cualquier religión, ¿para qué cruzar los mares e ir a climas insalubres para someterse a una vida penosa, a la enfermedad y a una muerte prematura? Después del martirio de san Esteban, el primero que dio su vida por Cristo, motivo por el cual se celebra su fiesta el día siguiente de Navidad, el 26 de diciembre, los apóstoles se embarcaron para difundir la buena nueva en toda la cuenca del Mediterráneo; ¿habrían procedido así si la salvación podía encontrarse también en el culto de Cibeles o en los misterios de Eleusis? ¿Por qué Nuestro Señor les habría dicho: «*Id a evangelizar las naciones*»?

Es pasmoso que hoy algunos pretendan dejar a cada uno el cuidado de encontrar su camino hacia Dios según las creencias de su «medio cultural». El obispo dijo a un sacerdote que quería convertir a pequeños musulmanes: «*Pero no, haga de ellos buenos musulmanes, eso será mejor que convertirlos en católicos*». Me han asegurado que los padres de Taizé habían solicitado antes del concilio hacerse católicos después de abjurar de sus errores. Las autoridades les dijeron entonces: «*No, esperen, después del concilio ustedes serán el puente entre los católicos y los protestantes*».

Quienes dieron semejante respuesta tienen una pesada responsabilidad ante Dios, pues la gracia se da en un determinado momento y tal vez no siempre ocurre. En la actualidad los padres de Taizé, que sin duda tienen buenas intenciones, continúan estando fuera de la Iglesia y siembran la confusión en el espíritu de los jóvenes que van a verlos.

Ya me he referido a las conversiones que cesaron bruscamente en países como los Estados Unidos donde se producían alrededor de ciento setenta mil por año, como Gran Bretaña, como Holanda… El espíritu misionero se ha extinguido porque se ha dado una mala definición de la Iglesia y a causa de la declaración del concilio sobre la libertad religiosa de la que ahora tendré que hablar.

CAPÍTULO XI

«Sois unos anticuados»

En el concilio el tema sobre la libertad religiosa fue el objeto de las discusiones más reñidas. Esto se explica fácilmente por la influencia que ejercían los liberales y por el interés que tenían en esta cuestión los enemigos hereditarios de la iglesia. Han transcurrido veinte años y ahora es posible comprobar que nuestros temores no eran exagerados cuando se promulgó aquel texto en la forma de una declaración que reunía ideas opuestas a la tradición y a la enseñanza de los últimos papas. Tanto es así que principios falsos o expresados de una manera ambigua terminarán revelando sus errores. Voy a mostrar, por ejemplo, cómo los ataques lanzados contra la enseñanza católica en Francia por el gobierno socialista son la consecuencia lógica de la nueva definición sobre la libertad religiosa dada por el Concilio Vaticano II.

Hagamos algunas consideraciones de teología para comprender bien con qué espíritu se ha redactado esa declaración. La argumentación inicial —y nueva— hacía descansar la libertad que cada hombre tendría de practicar interiormente y exteriormente la religión de su elección en la «*dignidad de la persona humana*». Era pues esa dignidad la que daba fundamento a la libertad, la que le daba su razón de ser. El hombre podía adherirse a cualquier error en nombre de su dignidad; lo cual era colocar el arado delante de los bueyes, presentar las cosas al revés. En efecto, quien se adhiere al error pierde su dignidad y entonces ya no puede fundar nada sobre ella. Por otra parte, aquello en que se funda la libertad es, no la dignidad, sino la verdad: «La verdad os hará libres», dijo Nuestro Señor.

¿Qué se entiende por dignidad? Según la doctrina católica, el hombre la obtiene de su perfección, es decir, del conocimiento de la verdad y de la adquisición del bien. El hombre es digno de respeto según su intención de obedecer a Dios y no según sus propios errores. Estos errores engendran indefectiblemente el pecado. Cuando sucumbió Eva, la primera pecadora dijo: «La serpiente me engañó». Su pecado y el pecado de Adán determinaron la degradación de la dignidad humana, condición que padecemos desde entonces.

De estas consideraciones resulta que no se puede hacer derivar la libertad de la degradación como su causa. Por el contrario, la adhesión a la verdad y el amor de Dios son los principios de la auténtica libertad religiosa. Ésta se puede definir como la libertad de rendir a Dios el culto que le es debido y de vivir según sus mandamientos.

Si el lector ha seguido bien este razonamiento, comprenderá que la libertad religiosa no se puede aplicar a las religiones falsas, esa libertad no puede compartirse. En la sociedad civil, la Iglesia proclama que el error no tiene derechos y que el Estado debe reconocer sólo el derecho de los ciudadanos a practicar la religión de Cristo.

Claro está, esto parece una pretensión exorbitante a quien no tiene fe. Pero el católico que no está contaminado por el espíritu de estos tiempos considera que eso es normal y legítimo. Desgraciadamente muchos cristianos han perdido de vista estas realidades. Se ha repetido tanto que había que respetar las ideas de los demás, colocarse en el lugar de éstos, aceptar sus puntos de vista, se ha divulgado tanto esta insensatez: «*Cada uno tiene su verdad*», se ha considerado tanto el diálogo como la virtud cardinal por excelencia, diálogo que obligatoriamente conduce a hacer concesiones, que el cristiano, por caridad malentendida, creyó que debía hacer más que sus interlocutores y a menudo es el único que hace concesiones. El cristianismo ya no se inmola por la verdad como los mártires, sino que inmola la verdad.

Por otra parte, la multiplicación de los Estados laicos en la Europa cristiana acostumbró a los espíritus al laicismo y los lleva a adaptaciones contrarias a la doctrina de la iglesia. La doctrina no puede adaptarse, la doctrina es algo fijo, definido de una vez por todas.

En la Comisión central preparatoria del concilio, se presentaron dos esquemas, uno redactado por el cardenal Bea con el título «*De la libertad religiosa*», el otro del cardenal Ottaviani con el título «*De la tolerancia religiosa*». El primero abarcaba catorce páginas sin referencias al magisterio que lo precedió. El segundo constaba de siete páginas de texto y dieciséis páginas de referencias, que iban desde Pío VI (1790) a Juan XXIII (1959).

El esquema del cardenal Bea contenía, a, mi juicio y a juicio de un número no desdeñable de padres, afirmaciones que no estaban de acuerdo con la verdad de la iglesia eterna. Por ejemplo, se leía: «*Por eso hay que alabar el hecho de que en nuestros días la libertad y la igualdad religiosas estén proclamadas por numerosas naciones y por la Organización Internacional de los Derechos del Hombre*».

En cuanto al cardenal Ottaviani exponía muy correctamente la cuestión: «*Así como el poder civil considera que tiene el derecho de proteger a los ciudadanos contra las seducciones del error… puede asimismo regular y modelar las manifestaciones públicas de otros cultos y defender a sus ciudadanos contra la difusión de las falsas doctrinas que, a juicio de la Iglesia, pongan en peligro la salvación eterna de los ciudadanos*».

León XIII decía (*Rerum novarum*) que el bien común temporal, fin de la sociedad civil, no es puramente de orden material sino que es «principalmente un bien moral». Los hombres se organizaron en sociedad con miras al bien de todos; ¿cómo podría quedar excluido el bien supremo, que es la obtención de la beatitud celeste?

Hay otro aspecto de las cosas que guía a la Iglesia cuando ésta niega el derecho de ciudadanía a las religiones equivocadas: los propagadores de ideas falsas ejercen naturalmente una presión sobre los más débiles, los menos instruidos. ¿Quién discutirá que el deber del Estado es proteger a los débiles? Ése es su primer deber, la razón de ser de la organización en sociedad. El Estado defiende a sus súbditos de los enemigos exteriores, les garantiza la vida cotidiana asegurándolos contra las agresiones de toda índole, contra los ladrones, los asesinos, los estafadores, y hasta los Estados laicos aseguran una protección en materia de buenas costumbres al prohibir, por ejemplo, publicaciones pornográficas, por más que la situación se haya

degradado mucho estos últimos años en Francia y que sea muy mala en países como Dinamarca.

Pero, en última instancia y durante mucho tiempo, los países de civilización cristiana conservaron ese sentido de sus obligaciones respecto de los más vulnerables y particularmente de los niños. El pueblo continúa siendo sensible a esta cuestión y pide al Estado, por medio de sus asociaciones familiares, que tome las necesarias medidas.

Habrán de prohibirse las transmisiones radiales en las que el vicio se muestra demasiado ostensiblemente, aunque nadie está obligado a escucharlas, pero como los niños disponen a menudo de radios de transistores ya no están protegidos. La doctrina de la Iglesia que puede parecer excesivamente severa es pues accesible al razonamiento corriente y al sentido común.

Hoy día, la regla es rechazar toda forma de coacción y deplorar que en ciertos momentos de la historia se la haya ejercido. Su Santidad Juan Pablo II, cediendo a esta corriente, condenó la inquisición cuando hizo su viaje a España. Pero sólo se quieren recordar las exageraciones de la Inquisición olvidando que la Iglesia, al crear el Santo Oficio, cuya designación exacta es *Sanctum Officium Inquisitionis*, cumplía su función de defensa de las almas y perseguía a aquellos que trataban de falsear la fe, con lo que ponían en peligro a toda una población en lo referente a su salvación eterna.

La Inquisición acudía a socorrer a los propios heréticos, así como se presta socorro a las personas que se lanzan al agua para terminar con su vida; ¿podría acusarse a los que intentan salvarlas de ejercer una acción intolerable sobre esos desdichados? Para hacer otra comparación, no creo que a un católico, por perplejo que esté, se le ocurra la idea de censurar a un gobierno por prohibir las drogas alegando que ese gobierno ejerce así una coacción sobre los drogadictos.

Bien puede comprenderse que un padre de familia imponga su fe a sus hijos. En los Hechos de los Apóstoles, el centurión Cornelio, tocado por la gracia, recibe el bautismo «y con él toda su casa». Clodoveo se hizo bautizar con sus soldados.

Los beneficios que aporta la religión católica muestran el carácter ilusorio de la posición asumida por el clero posconciliar, en virtud de la cual es menester abstenerse de ejercer toda presión y hasta toda influencia en los «no creyentes».

En África, donde pasé la mayor parte de mi vida, las misiones combatieron los flagelos de la poligamia, la homosexualidad, el desprecio con que se trata a la mujer.

Ésta, y bien se conoce cuál es la situación degradante que tiene en la sociedad islámica, se convierte en una esclava o en un objeto desde el momento en que desaparece la civilización cristiana. No se puede dudar del derecho que tiene la verdad a imponerse y a reemplazar las religiones falsas. Y sin embargo, en la práctica la iglesia no preconiza una ciega intransigencia en lo tocante al culto público de esas religiones.

La Iglesia siempre profesó que ese culto podía ser tolerado por los poderes públicos a fin de evitar mayores males. Por eso el cardenal Ottaviani prefería la expresión «tolerancia religiosa».

Si consideramos el caso de un Estado católico en el que la religión de Cristo está oficialmente reconocida, esa tolerancia evita perturbaciones que serían perjudiciales al conjunto social. En una sociedad laica que profesa la neutralidad religiosa, ciertamente la ley de la Iglesia no será observada. Entonces, se preguntará el lector, ¿para qué conservarla?

Pero ante todo no se trata de una ley humana que se pueda abrogar o modificar. En segundo lugar, el abandono del principio mismo tiene graves consecuencias, varias de las cuales ya hemos señalado.

Los acuerdos entre el Vaticano y ciertas naciones, que otorgaban muy justamente una condición preferencial a la religión católica, han sido revisados. Así ocurrió en España y poco después en Italia, donde el catecismo ya no es obligatorio en las escuelas. ¿Hasta dónde llegaremos? Los nuevos legisladores de la naturaleza humana ¿pensaron acaso que el Papa es también jefe de Estado? ¿Debería el Papa laicizar el Vaticano y autorizar en él la construcción de un templo protestante y de una mezquita?

Otro fenómeno es el de la desaparición de los Estados católicos. En el mundo actual, hay Estados protestantes, un Estado anglicano, Estados

musulmanes, Estados marxistas, ¡y ya no se quiere que haya Estados católicos!

Los católicos ya no tendrían el derecho de establecer Estados católicos, sino que tendrían el deber de mantener el indiferentismo religioso del Estado.

Pío IX llamó a esto «delirio» y «*una libertad de perdición*». León XIII condenó el indiferentismo del Estado en materia religiosa. ¿Ya no es cierto lo que era válido en aquella época?

No se puede afirmar la libertad de todas las comunidades religiosas de la sociedad humana, sin otorgar igualmente la libertad moral a esas comunidades. El islamismo admite la poligamia, los protestantes tienen según las iglesias, posiciones más o menos laxistas sobre la indisolubilidad de los vínculos conyugales y sobre la anticoncepción… Así desaparece el criterio del bien y de mal. En Europa, el aborto ya no está prohibido por la ley más que en la Irlanda católica. No es posible que la Iglesia de Dios cubra de alguna manera estos excesos al afirmar la libertad religiosa.

Otra consecuencia: las escuelas libres. El Estado ya no puede comprender que existan escuelas católicas ni que estas representen la mayor parte del sector de la enseñanza privada. Como se ha visto recientemente, el Estado las coloca en el mismo plano que las escuelas fundadas por diversas sectas y dice: «Si os permitimos existir, debemos proceder de la mismo manera con Moon y con todas las otras comunidades de esta índole que tienen tan mala reputación».

¡Y ahora la Iglesia no tiene argumentos que oponer! El gobierno socialista ha sacado muy buen partido de la declaración sobre la libertad religiosa. De conformidad con el mismo principio, se pensó en fusionar escuelas católicas con otras ¡siempre que éstas observen el derecho natural! Otras escuelas católicas están abiertas para niños de cualquier religión y algunas se jactan de tener más alumnos musulmanes que cristianos.

De esta manera la Iglesia, al aceptar una situación jurídica común en las sociedades civiles, corre el riesgo de convertirse en una secta entre otras. Corre el peligro de desaparecer pues es evidente que la verdad no puede dar sus derechos al error sin renegar de sí misma.

Las escuelas libres adoptaron en Francia para hacer manifestaciones en las calles un himno muy hermoso cuyas palabras empero revelan el contagio de este detestable espíritu: «*Libertad, tú eres la única verdad*». La libertad considerada como un bien absoluto es quimérica. Aplicada al orden religioso conduce al relativismo doctrinal y a la indiferencia práctica. Los católicos perplejos deben aferrarse a las palabras de Cristo que cité antes: «La verdad os hará libres».

CAPÍTULO XII

Camaradas y hermanos

Resumamos. La nueva religión, en todos sus aspectos, choca al buen sentido cristiano. El católico está expuesto a una desacralización general; se lo han cambiado todo, todo está adaptado. Le han dado a entender que todas las religiones aportan la salvación, que la Iglesia acoge indistintamente a los cristianos separados y aun al conjunto de creyentes que se inclinan ante Buda o ante Krishna.

Se le explica que los clérigos y los laicos son miembros iguales del «pueblo de Dios» hasta el punto de que ciertos laicos designados para cumplir determinadas funciones asumen las tareas clericales (se los ve celebrar solos los entierros y administrar el viático a los enfermos) en tanto que los religiosos asumen las tareas de los laicos. Se visten como ellos, van a trabajar a fábricas, se afilian a los sindicatos, hacen política.

El nuevo derecho canónico fortalece esta concepción. Confiere prerrogativas inéditas a los fieles al reducir la diferencia entre éstos y los sacerdotes y al instituir lo que se llaman «derechos»: teólogos laicos pueden ocupar cátedras de teología en las universidades católicas, los fieles participan en el culto divino en funciones (que estaban reservadas antes a ciertas órdenes menores) y en la administración de ciertos sacramentos; distribuyen la comunión, comparten el testimonio ministerial en las ceremonias nupciales.

Por otra parte, se lee que la Iglesia de Dios «subsiste» en la Iglesia católica, fórmula sospechosa, pues la doctrina de siempre enseña que la Iglesia de Dios es la Iglesia católica. Si se considera esta fórmula reciente,

parecería que las comunidades protestantes y ortodoxas forman también parte de ella, lo cual es falso puesto que esas comunidades están separadas de la única Iglesia fundada por Jesucristo: *Credo in unam sactam Ecclesiam*.

El nuevo derecho canónico fue redactado con tal prisa y confusión que habiéndose promulgado en enero de 1983, en noviembre del mismo año ya tenía ciento catorce modificaciones. Esto también desconcierta al cristiano que tenía la costumbre de remitirse a la legislación eclesiástica como a algo fijo.

Si un padre de familia se preocupa por educar bien a sus hijos, sea él mismo un practicante asiduo o esté alejado de la práctica de los sacramentos, experimentará muchas decepciones. En numerosos casos, las escuelas católicas adoptaron el régimen mixto, en ellas se imparte educación sexual, la enseñanza religiosa desaparece en las clases importantes y no es raro encontrar profesores de orientación socialista si no ya comunista.

En un asunto que hizo mucho ruido en el oeste de Francia, uno de esos educadores, eliminado por los padres de los alumnos y luego reintegrado por la dirección diocesana, exponía así su defensa: *«Seis meses después de haber vuelto a Notre-Dame, el padre de un alumno quiso separarme simplemente porque al comienzo del año me había presentado desde todos los puntos de vista político (de izquierda), social, religioso… Según ese padre no era posible ser profesor de filosofía y socialista en un establecimiento privado»*.

Veamos otro caso que ocurrió en el norte de Francia: un nuevo director es nombrado en una escuela por la dirección diocesana; al cabo de un tiempo los padres advierten que el hombre milita en un sindicato de izquierda, que se trata de un sacerdote reducido al estado laico y casado, que sus hijos no parecen haber sido bautizados. En Navidad, organiza una fiesta para los alumnos y los padres con la participación del Socorro Popular que es, como se sabe, una organización comunista. Entonces los católicos de buena voluntad se preguntan si vale la pena hacer esfuerzos para que sus hijos asistan a la escuela libre.

En un establecimiento para señoritas del centro de París, la catequista se presenta una mañana con el capellán de Fresnes, a quien acompaña un joven preso de dieciocho años. Se explica a las alumnas que los presos se sienten muy solos, que tienen necesidad de afecto, de contactos con el exterior y de correspondencia. Si alguna de las alumnas quiere convertirse en madrina, puede dar su nombre y su dirección. Pero sobre todo no hay que decir nada de esto a los padres, pues ellos no comprenden esas cosas; éste debe ser un asunto sólo de jóvenes.

En otro lugar, una maestra recibió una reprimenda de parte de un grupo de padres por haber hecho aprender a sus alumnos fórmulas del catecismo y del Avemaría. El obispo la apoyó, lo cual parece lo más normal del mundo, pero es tan poco habitual que su carta fue reproducida en *La Famille éducatrice* y el incidente adquirió las dimensiones de un acontecimiento.

¿Cómo proceder? Cuando el gobierno francés decidió terminar con la escuela libre, ésta se mostró vulnerable porque, en la casi totalidad de los casos, ya no correspondía a su misión, ora en lo tocante a un punto, ora en lo tocante a varios puntos. Sus adversarios podían preguntar: ¿Qué hacen ustedes en el sistema educativo? ¿Para qué sirven ustedes? Nosotros hacemos lo mismo, ¿por qué habría de haber dos escuelas?

Verdad es que todavía se encuentran reservas de fe y es menester rendir homenaje a muchos docentes conscientes de su responsabilidad; pero la enseñanza católica ya no se afirma de una manera clara frente a la escuela pública, pues ha recorrido una buena mitad del camino por el que quieren hacerla marchar los defensores del laicismo. Me han dicho que en las manifestaciones, algunos grupos habían promovido escándalo al cantar «Queremos a Dios en nuestras escuelas». Los organizadores habían secularizado lo más posible los cantos, los lemas, los discursos, a fin de, según decían, no colocar en una posición falsa a las personas que habían acudido sin preocupaciones religiosas particulares y entre las cuales se encontraban incrédulos y hasta socialistas.

¿Significa hacer política querer apartar el socialismo y el comunismo de nuestras escuelas? El católico siempre pensó que la iglesia se oponía a estas doctrinas a causa del ateísmo militante que ellas profesan. Y ese católico tiene completa razón en cuanto al principio y en cuanto a las aplicaciones:

el ateísmo determina modos radicalmente diferentes de concebir el sentido de la vida, el destino de las naciones, las orientaciones de la sociedad. Por eso no sale uno de su asombro cuando lee en *Le Monde* del 5 de junio de 1984 que monseñor Lustiger, al responder a las preguntas de ese diario y al expresar, por lo demás, varias ideas muy justas, se lamenta de haber visto desperdiciar una oportunidad histórica con la votación del Parlamento sobre la escuela libre. Dice que esa oportunidad consistía en encontrar, de acuerdo con los socialistas y comunistas, una serie de valores fundamentales para la educación de los niños.

¿Qué valores fundamentales comunes puede haber entre la izquierda marxista y la doctrina cristiana? Son cosas radicalmente opuestas.

Pero el católico ve con sorpresa cómo se intensifica el diálogo entre la jerarquía eclesiástica y los comunistas. Dirigentes soviéticos y hasta terroristas como Yaser Arafat son recibidos en el Vaticano. El Concilio Vaticano II dio el tono al negarse a renovar la condenación del comunismo.

Como en los proyectos que les habían sido sometidos no encontraban ningún indicio sobre este punto, cuatrocientos cincuenta obispos, recordémoslo, firmaron una carta en la que reclamaban una enmienda en ese sentido. Los obispos se apoyaban en las pasadas condenaciones y particularmente en la afirmación de Pío XI que calificaba al comunismo como «*intrínsecamente perverso*», con lo cual quería significar que en esa ideología no había aspectos negativos y aspectos positivos, sino que era menester rechazarla en su totalidad.

Bien se recuerda lo que ocurrió: la enmienda no fue transmitida a los padres, el secretario general del concilio declaró que no tuvo conocimiento de ella, luego la comisión admitió que había recibido la enmienda pero demasiado tarde, lo cual no era exacto. Se produjo un escándalo que terminó, por orden del Papa, con un agregado a la constitución, *Gaudium et Spes* de un pasaje alusivo sin grandes alcances.

¡Cuántas declaraciones de obispos para justificar o para alentar la colaboración con los comunistas, independientemente del ateísmo implícito! «No me corresponde a mí, sino a los cristianos, que son adultos, responsables», decía monseñor Matagrin, «*resolver en qué condiciones*

pueden colaborar con los comunistas». Para monseñor Delorme los cristianos deben «*luchar para que haya más justicia en el mundo junto con todos aquellos amantes de la justicia y la libertad, incluso los comunistas*».

El mismo toque de campanas se percibe en monseñor Poupard, quien incita a «trabajar con todos los hombres de buena voluntad en las obras de la justicia, en las que se construye incansablemente un mundo nuevo».

En un boletín diocesano se dice así la oración fúnebre de un padre obrero: «Tomó partido por el mundo de los trabajadores en las elecciones municipales. No podía ser el sacerdote de todos. Eligió a quienes elegían una sociedad socialista. Fue duro para él, se hizo enemigos, pero también muchos amigos nuevos. Lil-Paul era un hombre bien situado».

Hace poco un obispo disuadía a sus sacerdotes de hablar en sus parroquias de la obra «Ayuda a la Iglesia en apuros» diciendo: «Tengo la impresión de que esta obra se presenta con aspectos demasiado exclusivamente anticomunistas».

Se comprueba con desconcierto que la excusa dada a este género de colaboración descansa en la idea, ella misma falsa, de que el partido comunista tiene por finalidad instaurar la justicia y la libertad.

Sobre este punto hay que recordar las palabras de Pío IX: «*Si los fieles se dejan engañar por los promotores de las actuales maniobras, si consienten en conspirar con ellos en favor de los sistemas perversos del socialismo y del comunismo, sepan y consideren seriamente esto: acumulan para sí mismos y ante el divino Juez caudales de venganza para el día de la cólera; mientras tanto, de esa conspiración no se seguirá ninguna ventaja temporal para el pueblo, sino que antes bien se producirá un acrecentamiento de miserias y de calamidades*».

Para ver la exactitud de esta advertencia formulada en 1849, hace casi ciento cuarenta años, basta observar lo que ocurre en todos los países colocados bajo el yugo comunista. Los acontecimientos han dado razón a aquel papa y a pesar de ello la ilusión continúa viva y aún se acentúa.

Hasta en Polonia, país eminentemente católico, los pastores ya no dan como primordial la cuestión de la fe católica y de la salvación de las almas por la cual hay que aceptar todos los sacrificios, incluso el de la vida. En su espíritu, lo que más importa es no provocar una ruptura con Moscú lo cual

permite a Moscú reducir a una esclavitud completa al pueblo polaco sin encontrar verdadera resistencia en ese pueblo. El padre Floridi[7] muestra con claridad los compromisos que implica la *Ostpolitik* vaticana:

«Es sabido que los obispos checoslovacos consagrados por monseñor Casaroli son colaboradores del régimen así como lo son los obispos que dependen del patriarcado de Moscú… Feliz por haber podido dar un obispo a cada diócesis húngara, el papa Pablo VI rindió homenaje a Janos Kadar, primer secretario del partido comunista húngaro, "*principal promotor y el hombre más autorizado de la normalización de las relaciones entre la Santa Sede y Hungría*".

Pero el Papa no mencionaba el elevado precio con que se había pagado esta normalización: la introducción en puestos importantes de la Iglesia de "sacerdotes de la paz"… Ciertamente grande fue el estupor de los católicos cuando oyeron al sucesor del cardenal Midszenty, el cardenal Laszlo Lekai, promotor que se intensificaría el diálogo entre católicos y marxistas». Al referirse a la perversidad intrínseca del comunismo, Pío XI agregaba: «*y no se puede admitir en ningún terreno la colaboración con el comunismo por parte de quien quiera salvar la civilización cristiana*».

Esta ruptura de la enseñanza de la Iglesia, agregada a las otras que enumeré, nos obliga a afirmar que el Vaticano está penetrado por modernistas y hombres de este mundo que creen encontrar en las astucias humanas y diplomáticas más eficacia para la salvación del mundo que lo instituido por el divino fundador de la Iglesia.

He mencionado al cardenal Midszenty; lo mismo que él, todos los héroes y los mártires del comunismo, en particular los cardenales Beran, Stepinac, Wyszynski, Slipyi son considerados testimonios molestos por la actual diplomacia vaticana y, digámoslo, como reproches mudos en lo que se refiere a aquellos que hoy descansan ya en la paz del Señor, en tanto se procura acallar la voz potente de monseñor Slipyi.

Los mismos acercamientos se producen con la masonería, a pesar de la declaración sin ambigüedades de la Congregación para la Doctrina de la Fe de febrero de 1981, que había sido precedida por una declaración de la conferencia episcopal alemana en abril de 1980. Pero el nuevo derecho

canónico no hace mención alguna de esos acercamientos ni formula expresamente ninguna sanción.

Los católicos se habían enterado ya antes de que los masones B'nai B'rith habían sido recibidos en el Vaticano y que en fecha reciente el arzobispo de París recibía al gran maestre de una logia para mantener una conversación con él, a pesar de que algunos eclesiásticos se niegan a ver reconciliada la sinagoga de Satanás con la Iglesia de Cristo. Se tranquiliza a los católicos diciéndoles, como en todo lo demás: «*La condenación de las sectas tal vez estuviera justificada ayer, pero hoy los hermanos masones no son lo que eran*». Veamos, pues, cómo se comportan hoy.

El escándalo de la logia P2 en Italia está todavía fresco en todas las memorias.

En Francia no cabe ninguna duda de que la ley laica contra la enseñanza libre es ante todo la obra del Gran Oriente, que multiplicó las presiones sobre el Presidente de la República y los afiliados presentes en el gobierno y en los gabinetes ministeriales para que se realice por fin el «gran servicio único de la educación nacional». Y esta vez hasta actuaron a plena luz del día; diarios como *Le Monde* informaron regularmente sobre los trámites y en las revistas masónicas se publicó el plan y la estrategia.

¿Debo agregar que la masonería continúa siendo siempre lo que era? El ex gran maestre del Gran Oriente, Jacques Mitterrand, que en 1969 confesaba por radio: «*Nosotros siempre tuvimos obispos y sacerdotes en nuestras logias*», hacia la profesión de fe siguiente: «*Si el pecado de Lucifer consiste en colocar al hombre sobre el altar en lugar de colocar a Dios, todos los humanistas cometen este pecado desde el Renacimiento*».

Ésa fue una de las causas invocadas contra los masones cuando fueron excomulgados por primera vez por el papa Clemente XII en 1738. En 1982, el gran maestre Georges Marcou no decía otra cosa: «*Lo que importa es el problema del hombre*». Cuando fue reelegido, una de sus primeras preocupaciones era lograr que la Seguridad Social reembolsara los gastos de aborto y asegurar «*la igualdad económica de las mujeres pasando por esta medida*».

Los francmasones penetraron en la Iglesia. En 1976 nos enterábamos de que quien fue el alma de la reforma litúrgica, monseñor Bugnini, era masón.

Después de esta revelación bien puede conjeturarse que no era él el único.

El velo que cubría la mayor de las mistificaciones de que fueron objeto los sacerdotes y los fieles comenzaba a desgarrarse. A medida que pasa el tiempo se ve con mayor claridad y también lo ven con mayor claridad los adversarios seculares de la Iglesia, como lo prueba Jacques Mitterrand al decir: «*En la iglesia algo ha cambiado; las respuestas formuladas por el Papa a las cuestiones más candentes, como el celibato de los sacerdotes o la regulación de los nacimientos, son ardientemente discutidas en el seno de la misma Iglesia; la palabra del Sumo Pontífice es puesta en tela de juicio por algunos obispos, por sacerdotes, por fieles. Para el francmasón, el hombre que discute el dogma es ya un francmasón sin mandil*».

Otro hermano, el señor Marsaudon, del rito escocés, habla del modo siguiente sobre el ecumenismo cultivado durante el concilio: *«Los católicos, particularmente los conservadores, no deberán olvidar, por lo tanto, que todos los caminos conducen a Dios. Y (deberán) mantenerse en esa valiente idea de la libertad de pensamiento que (y aquí cabe realmente hablar de revolución) salida de nuestras logias masónicas se extendió magníficamente sobre la cúpula de san Pedro»*.

Quisiera citar aún un texto que aclara esta cuestión y muestra quién espera salir vencedor de este acercamiento preconizado por el padre Six y el padre Riquet. El texto está tomado de la revista masónica *Humanisme*, número de noviembre-diciembre de 1968:

«*Entre los pilares que se desmoronarían más fácilmente, citemos: el poder doctrinal dotado de infalibilidad que hace cien años creía haber consolidado el primer concilio del Vaticano y que ahora acaba de sufrir ataques con motivo de la publicación de la encíclica* Humanae Vitae*, la presencia real eucarística; que la Iglesia había logrado imponer a las masas medievales y que desaparecerá con el progreso de las intercomunicaciones y de las concelebraciones entre sacerdotes católicos y pastores protestantes; el carácter sagrado del sacerdote, que derivaba de la institución del sacramento del orden sagrado y que cederá el lugar a un carácter electivo y temporal; la distinción entre la Iglesia dirigente y el clero negro, pues en adelante el movimiento irá desde la base hasta la cúspide, como en toda democracia; la desaparición progresiva del carácter*

ontológico y metafísico de los sacramentos y, seguramente, la muerte de la confesión, pues en nuestra civilización el pecado se convirtió en una de las ideas más anacrónicas que nos haya legado la severa filosofía de la Edad Media, heredera a su vez del pesimismo bíblico».

Se advertirá que los masones están prodigiosamente interesados en el futuro de la Iglesia, pero sólo para devorarla. Los católicos deben saberlo, a pesar de las sirenas que tratan de adormecerlos, y todas esas fuerzas destructoras están estrechamente ligadas entre sí. La masonería se define como la filosofía del liberalismo cuya forma aguda es el socialismo. El conjunto forma algo que bien puede designarse por la expresión empleada por Nuestro Señor: «las puertas del infierno».

CAPÍTULO XIII

Libertad religiosa, igualdad en colegialidad y fraternidad ecuménica

Pero ¿a qué se debe, pues, el que las puertas del infierno promuevan en este momento semejante alboroto? La historia de la Iglesia siempre fue una historia agitada de persecuciones, de herejías, de conflictos con el poder temporal, de conductas licenciosas en ciertas épocas de una parte del clero y hasta de ciertos papas. Pero esta vez la crisis parece más profunda, pues afecta la fe misma. El modernismo con el cual tropezamos no es una herejía como las demás, sino que es la cloaca colectora de todas las herejías; las persecuciones no proceden tan sólo del exterior, sino también del interior del santuario; el escándalo de un clero dimitente o disoluto pretende ser institucionalizado, los mercenarios que entregan las ovejas al lobo son alentados y se ven cubiertos de honores.

A veces se me reprocha que pinte la situación con colores muy oscuros, que lance una mirada desaprobadora con espíritu huraño sobre una evolución que al fin de cuentas es lógica y necesaria. Pero el propio Papa que fue el alma del Concilio Vaticano II comprobó muchas veces la descomposición de la que yo hablo con tristeza. El 7 de diciembre de 1969, Pablo VI decía: «*La Iglesia se encuentra en una hora de inquietud, de autocrítica y hasta, podría decirse, de autodestrucción. Es como una perturbación interna, aguda y compleja. Es como si la Iglesia se hiriera a sí misma*».

Al año siguiente el Papa confesaba: «*En numerosos dominios, el concilio no nos ha dado hasta ahora la tranquilidad, sino que antes bien suscitó perturbaciones y problemas que no son útiles para fortalecer el Reino de Dios en la Iglesia y en las almas*».

Por fin el Papa lanzó aquel grito de alarma el 29 de junio de 1972 con motivo de la festividad de san Pedro y san Pablo: «*El humo de Satanás entró por alguna hendidura en el templo de Dios: la duda, la incertidumbre, la problemática, la inquietud, la insatisfacción, el enfrentamiento se manifiestan. La duda ha entrado en nuestras conciencias*».

¿Cuál es esa hendidura? Podemos situarla en el tiempo con certeza, podemos señalar el momento en que se produjo: 1789 y darle un nombre, la Revolución Francesa.

Los principios masónicos y anticatólicos de la Revolución Francesa tardaron dos siglos en penetrar en las cabezas clericales y en las cabezas mitradas. Hoy ya es un hecho consumado; ésa es la realidad y la causa de las perplejidades de los católicos inquietos. Fue menester que los hechos estuvieran ante nuestros ojos para que lo creyéramos, pues *a priori* pensábamos que esa empresa era imposible, incompatible con la naturaleza misma de la Iglesia ayudada por el Espíritu de Dios:

En una página famosa, escrita en 1877, monseñor Gaume hacía que la Revolución Francesa se definiera a sí misma del modo siguiente:

«Yo no soy lo que se cree. Muchos hablan de mí y bien pocos me conocen. No soy ni el carbonarismo ni la sublevación ni el cambio de la monarquía en república, ni la sustitución de una dinastía por otra, ni la perturbación momentánea del orden público. No soy ni los alaridos de los jacobinos, ni los furores de la Montaña, ni el combate de las barricadas, ni el pillaje, ni el incendio, ni la ley agraria, ni la guillotina… No soy ni Marat, ni Robespierre, ni Babeuf, ni Mazzini, ni Kossuth. Esos hombres son mis hijos, pero no son yo. Lo que hicieron son mis obras, pero no yo. Esos hombres y esas cosas son hechos pasajeros en tanto que yo soy un estado permanente…

Soy el odio a todo orden que el hombre no haya establecido y en el que el hombre no sea rey y Dios a la vez».

Ésta es la clave de la voluntad de «cambio» en la iglesia: se trata de reemplazar una institución divina por una institución hecha por la mano del hombre, Y el hombre se pone por delante de Dios. Lo invade todo, todo comienza en él y culmina en él; es ante el hombre ante quien el mundo se prosterna.

En su discurso de clausura del concilio Pablo VI definía este vuelco del modo siguiente: «*El humanismo laico y profano se ha manifestado por fin en su terrible estatura y, en cierto sentido, ha desafiado al concilio. La religión del Dios que se hace hombre se encontró con la religión, del hombre que se hace Dios*».

El Papa agregaba inmediatamente que, a pesar de ese terrible desafío, no se había producido ningún escándalo, ningún anatema. ¡Ay! Al dar muestras, de una «*simpatía sin límites, por los hombres*» el concilio faltó al deber de recordar de manera firme que no hay componenda posible entre las dos actitudes, y hasta el discurso de clausura pareció dar la señal de partida a lo que hoy vemos poner en práctica todos los días:

«Reconocedle al menos este mérito (al concilio), vosotros, humanistas modernos que renunciáis a la trascendencia de las cosas supremas y sabed reconocer nuestro nuevo humanismo; nosotros también, nosotros más que nadie, tenemos el culto del hombre».

Luego oímos de la misma boca palabras que desarrollaban este tema: «*Los hombres, en el fondo son buenos están orientados hacia la razón, hacia el orden y el bien común*» (Mensaje para la Jornada de la Paz del 14 de noviembre de 1970).

«*El cristianismo y la democracia tienen en común un principio básico: el respeto por la dignidad y por el valor de la persona humana… La promoción integral del hombre*» (Manila, 20 de noviembre de 1970).

¿Cómo no sentirse aterrado por este paralelo, siendo así que la democracia, sistema específicamente laico, ignora en el hombre su condición de hijo de Dios redimido, el único aspecto que le da su dignidad? La promoción del hombre no es ciertamente la misma vista por un cristiano o por un incrédulo.

El mensaje pontificio se secularizaba en cada ocasión. En Sídney, el 13 de diciembre de 1970, oíamos con sorpresa esta afirmación: «*Ya no es lícito*

el aislamiento ha llegado la hora de la gran solidaridad de los hombres entre sí para establecer una comunidad mundial unida y fraternal». La paz entre todos los hombres, ciertamente, pero los católicos; ya no reconocían aquí las palabras de Cristo: «*Os doy mi paz, pero no os la doy como la da el mundo*»:

El lazo que unía la tierra con el cielo parecía haberse roto: «*Pues bien, ¡estamos en democracia! Eso quiere decir que el pueblo manda, que el poder proviene del mayor número y de la población tal cual es*» (Pablo VI 1 de enero de 1970).

Jesús había dicho a Pilato: «*Tú no tendrías ningún poder sobre mí si no te hubiera sido dado desde lo alto*». Todo poder viene de Dios y no del número, aun cuando la elección del jefe se haya realizado mediante un sistema electivo.

Pilato era el representante de una gran nación pagana que sin embargo nada podía hacer sin el permiso del Padre del cielo.

Y ahora ocurre que la democracia entra en la Iglesia. El nuevo derecho canónico muestra los poderes que posee el «pueblo de Dios». Esta tendencia a hacer participar a lo que se llama las bases en el ejercicio del poder se encuentra en todas las estructuras establecidas; en sínodos, en conferencias episcopales, en consejos presbiterales o pastorales, en comisiones romanas, en comisiones nacionales; y hay instituciones equivalentes en las órdenes religiosas.

Se trata de la democratización del magisterio, peligro mortal para millones de almas desamparadas e intoxicadas a las que los médicos no ayudan pues la democratización ha echado a perder la eficacia que tenía, antes el magisterio personal del Papa y de los obispos.

Cuando se plantea una cuestión referente a la fe o a la moral, se la somete a la consideración de múltiples comisiones teológicas que no acaban nunca de pronunciarse, porque los miembros están divididos en sus opiniones, en sus métodos: Basta leer los informes de las asambleas en todos los niveles para reconocer que la colegiación del magisterio equivale a la parálisis del magisterio.

Nuestro Señor encomendó a personas que apacentaran su rebaño, no a una colectividad, los apóstoles obedecieron el mandato del Maestro, y

siempre fue así hasta el siglo XX.

Hubo que llegar a nuestra época para oír hablar de la iglesia en estado de concilio permanente, de la Iglesia en continua asamblea. Los resultados no se han hecho esperar: todo está revuelto, los fieles ya no saben a qué santo encomendarse.

A la democratización del magisterio sigue naturalmente la democratización del gobierno eclesiástico que se llevó a cabo a impulso del famoso lema de la «colegiación», difundido a todos los vientos por la prensa comunista, protestante y progresista.

Se ha colegiado el gobierno del Papa o el de los obispos con un colegio presbiteral, el gobierno del cura de parroquia con un colegio pastoral de laicos, todo esto articulado en innumerables comisiones, consejos, secciones, etcétera. El nuevo código de derecho canónico está todo él impregnado de esta idea. El Papa es definido como el jefe del colegio episcopal.

Vuelve a tomarse la doctrina ya sugerida por el documento *Lumen gentium* del concilio, según la cual el colegio de los obispos, junto con el Papa, goza como éste del poder supremo en la Iglesia, y esto de una manera habitual y constante.

No se trata de una modificación beneficiosa; esta doctrina del doble poder supremo es contraria a la enseñanza y a la práctica del magisterio de la Iglesia. Se opone a las definiciones del Concilio Vaticano I y a la encíclica de León XIII *Satis Cognitum*. Sólo el Papa posee el poder supremo; únicamente lo comunica en la medida en que lo juzga oportuno y en circunstancias extraordinarias. Sólo el Papa tiene un poder de jurisdicción sobre el mundo entero.

Nos encontramos pues ante una restricción de la libertad del Sumo Pontífice. ¡Sí, es una revolución! Los hechos muestran que no tenemos aquí una modificación sin consecuencias prácticas; Juan Pablo II es el primer papa realmente alcanzado por la reforma. Se pueden citar muchos casos precisos en los que el Papa tuvo que revocar una decisión suya por la presión de una conferencia episcopal; el catecismo holandés terminó por obtener el imprimátur del arzobispo de Milán sin que se hubieran hecho las modificaciones pedidas por la comisión cardenalicia. Lo mismo ocurrió con

el catecismo canadiense sobre el cual oí decir en Roma a una voz autorizada: «¿Qué quiere usted que haga uno ante una conferencia episcopal?».

La independencia adquirida por las conferencias quedó también ilustrada en Francia por la cuestión de los catecismos. Los nuevos manuales están en oposición, sobre casi todos los puntos, a la exhortación apostólica *Catechesi Tradendae*. La visita *ad limina* de los obispos de Île-de-France, en 1982, tenía la finalidad de hacer aprobar por el Papa una catequesis con la que manifiestamente él no estaba de acuerdo. La alocución pronunciada por Juan Pablo II al terminar la visita presenta todos los caracteres de un compromiso, gracias al cual los Obispos podían regresar a su país con la cabeza altar y perseverar en su nefasta empresa.

La conferencia del cardenal Ratzinger, en París y en Lyon, indica bien que Roma no se rindió a las razones dadas por los obispos de Francia para instaurar una nueva pedagogía y una nueva doctrina, pero que la Santa Sede se vio obligada a proceder como lo hizo a causa de presiones de esta clase, a causa de sugerencias y consejos, en lugar de dar las órdenes necesarias para que las cosas volvieran a tomar por buen camino y en lugar de condenar, si cabía hacer, como siempre hicieron los papas guardianes del depósito de la fe.

En cuanto al obispo, cuya jurisdicción parecería así acrecentada, es el mismo víctima de la colegialización que lo paraliza en el gobierno de su diócesis. ¡Cuántas reflexiones instructivas hicieron los propios obispos sobre esta cuestión!

Teóricamente el obispo puede, en numerosos casos, obrar contra el deseo de la asamblea, a veces hasta contra una mayoría, si la votación no es sometida a la Santa Sede, pero en la práctica esto resulta imposible. Al término de la asamblea las decisiones son publicadas por el secretario y conocidas por todos los sacerdotes y fieles; pues los medios de difusión comunican lo esencial. ¿Qué obispo podrá oponerse de hecho a tales decisiones sin mostrar que está en desacuerdo con la asamblea y encontrar inmediatamente frente a sí algunos espíritus revolucionarios que apelarán a la asamblea contra él?

El obispo está prisionero dentro del sistema colegiado que habría debido limitarse a un organismo de consulta, pero no convertirse en un organismo de decisión. Aun en las cuestiones más sencillas el obispo dejó de ser el amo en su casa. Poco después del concilio, cuando visitaba yo a nuestras comunidades, el obispo de una diócesis de Brasil fue muy amablemente a buscarme a la estación.

—No puedo albergarlo en el obispado —me dijo—, pero le he hecho preparar un alojamiento en el seminario.

Él mismo me condujo hasta el seminario. La casa estaba en efervescencia; por los corredores y las escaleras, por todas partes, se veían jóvenes y muchachas.

— ¿Son seminaristas estos jóvenes?, le pregunté.

— ¡Ay, no! Créame que no estoy de acuerdo sobre la presencia de todos estos jóvenes en el seminario, pero la conferencia episcopal decidió que en adelante debíamos tener sesiones de acción católica en nuestros establecimientos. Estos jóvenes que usted ve aquí permanecerán en la casa ocho días. ¿Qué quiere usted que yo haga?

Los poderes conferidos por derecho divino a personas han quedado pues confiscados, tanto en el caso del papa como en el de los obispos en provecho de una entidad cuyo dominio no ha dejado de fortalecerse.

Se me dirá que las conferencias episcopales no son de hoy; Pío X ya las había aprobado a comienzos del siglo. Es exacto, pero ese santo papa les había dado una definición que las justificaba: «*Estamos persuadidos de que esas asambleas de obispos son de la mayor importancia para mantener y desarrollar el reino de Dios en todas las regiones y en todas las provincias. Cuando los obispos, guardianes de las cosas santas, ponen así sus luces en común, de ello resulta que no sólo se percatan de las necesidades de sus pueblos y eligen los remedios más convenientes, sino que además estrechan los lazos que los unen entre sí.*»

En consecuencia, no se trataba de una institución de carácter estatal, que tomara en tal condición decisiones aplicables obligatoriamente, así como un congreso de hombres de ciencia no fija la manera en que deberán realizarse las investigaciones en este o aquel laboratorio.

La conferencia episcopal funciona como un parlamento y el consejo permanente del episcopado francés es el órgano ejecutivo. El obispo se asemeja más a un prefecto, a un comisario de la República, para usar la terminología que está de moda, que al sucesor de los apóstoles encargado por el Papa de gobernar una diócesis. En esas asambleas se vota y los escrutinios son tan numerosos que en Lourdes hubo que instalar un sistema de votación electrónico.

Necesariamente se forman partidos, pues una cosa no va sin la otra. Quien dice partidos dice divisiones. Cuando el gobierno normal está sometido a votaciones de consulta en su ejercicio, se lo hace ineficaz. Entonces la colectividad sufre las consecuencias.

La introducción del régimen colegiado determinó un debilitamiento considerable de la eficacia, tanto más cuanto que el Espíritu Santo es más fácilmente contrariado y contristado en una asamblea que en una persona. Una persona es responsable, obra, habla y a veces se calla. En una asamblea lo que decide es el número. Pero el número no hace la verdad. Tampoco asegura la eficacia, como se comprueba después de veinte años de colegiación y como podía haberse supuesto sin necesidad de hacer la prueba; el fabulista hablaba hace ya mucho de «*numerosos cabildos que se reunieron para nada*».

¿Había necesidad de copiar a los regímenes, políticos en los que el sufragio justifica las decisiones pues ya no tienen jefes soberanos? La Iglesia tiene la inmensa ventaja de saber lo que debe hacer para extender el reino de Dios. Sus jefes han sido instituidos. ¡Cuánto tiempo perdido en reelaborar declaraciones comunes, nunca satisfactorias porque fue necesario tener en cuenta las opiniones de unos y otros! ¡Cuántos viajes incesantes para asistir a consejos, a reuniones preparatorias, a comisiones, a subcomisiones! Monseñor Etchegaray decía en Lourdes al clausurar la asamblea de 1978: «*Ya no sabemos por dónde empezar*».

El resultado es que disminuyó considerablemente la fuerza de resistencia de la Iglesia al comunismo, a la herejía a la inmoralidad. Eso es lo que deseaban sus adversarios y por eso se esforzaron tanto, en el momento del concilio y posteriormente, para empujar a la Iglesia por el camino de la democracia.

Si se mira bien, la revolución penetró en la Iglesia de Dios con la divisa de la Revolución Francesa. La libertad es la libertad religiosa como dijimos antes, una libertad que da derecho al error. La igualdad es la colegiación con la destrucción de la autoridad personal, con la destrucción de la autoridad de Dios, del papa, de los obispos; es la ley del mayor número. La fraternidad, por fin, está representada por el ecumenismo.

En virtud de estas tres palabras, la ideología revolucionaria de 1789 reemplaza a la ley y a los profetas. Los modernistas consiguieron lo que querían.

CAPÍTULO XIV

El concilio Vaticano II:

la Revolución Francesa en la Iglesia

La relación que indico entre la crisis de la Iglesia y la Revolución Francesa no es una simple metáfora. Nos encontramos hoy frente a la continuidad de Los filósofos del siglo XVIII y del vuelco que sus ideas provocaron en el mundo. Quienes transmitieron este veneno a la Iglesia lo confiesan ellos mismos. El cardenal Suenens exclamaba por ejemplo; «*El Concilio Vaticano II es el 1789 en la Iglesia*» y agregaba entre otras declaraciones, desprovistas de precauciones oratorias: «*Nada puede comprenderse de la Revolución Francesa, o de la revolución rusa si, se ignora el antiguo régimen a que ellas pusieron fin… De la misma manera, en materia eclesiástica una reacción sólo se juzga en función del estado de cosas que la precedió*».

Lo que la precedió y lo que el cardenal consideraba que debía ser abolido es el maravilloso edificio jerárquico con el Papa en la cúspide, como vicario de Jesucristo en la tierra. «*El Concilio Vaticano II marcó el fin de una época y si bien se mira hasta marcó el fin de una serie de épocas, el fin de una era*».

El padre Congar, uno de los artesanos de las reformas, no se expresaba de manera diferente: «*La Iglesia hizo pacíficamente su revolución de octubre*». Con plena conciencia observaba: «*La declaración sobre la libertad religiosa dice materialmente lo contrario del Sílabo*».

Podría citar cantidades de afirmaciones de este tipo. En 1976, el padre Gélineau, uno de los jefes de fila del Centro Nacional de la Pastoral Litúrgica, no dejaba ninguna ilusión a aquellos que querían ver en el nuevo orden algo un poco diferente del rito que se celebraba universalmente hasta entonces, pero nada fundamentalmente chocante: «*La reforma decidida por el segundo concilio del Vaticano dio la señal del deshielo… Bloques enteros se resquebrajan… Que nadie se engañe: traducir no es decir la misma cosa con otras palabras, es cambiar las formas… Si las formas cambian, el rito cambia. Si un elemento cambió, la totalidad significante queda modificada… Hay que decirlo sin ambages: el rito romano tal como lo conocíamos ya no existe: Está destruido*»[8].

Los católicos liberales instauraron un Estado revolucionario. En el libro de uno de ellos, el senador de Doubs, el señor Prelót[9] dice: «*Nosotros luchamos durante un siglo y medio para hacer prevalecer nuestras opiniones en el seno de la Iglesia y no lo logramos. Por fin llegó el Concilio Vaticano II y triunfamos. Ahora las tesis y los principios del catolicismo liberal están definitivamente y oficialmente aceptados por la Santa Iglesia*».

Al sesgo de este catolicismo liberal la Revolución Francesa se introdujo en la Iglesia so pretexto de pacifismo, de fraternidad universal. Los errores y los falsos principios del hombre moderno penetraron en la Iglesia y contaminaron al clero gracias a papas liberales ellos mismos y al Concilio Vaticano II.

Como siempre llega un momento en que es menester poner las cosas en claro, recordaré que yo mismo era refractario a la reunión de un concilio ecuménico en 1962. Por el contrario, lo veía con grandes: esperanzas; Así lo atestigua hoy una carta que en 1963 dirigí a los padres del Espíritu Santo y que fue publicada en una de mis obras anteriores[10]. En aquel momento escribí: «*Digamos sin vacilación que ciertas reformas litúrgicas eran necesarias y que es deseable que el concilio continúe en ese camino*».

Yo reconocía que se imponía una renovación para poner fin a cierta esclerosis que se debía al hecho de que se hubiera abierto una brecha entre la oración (reducida a los límites de los lugares de culto) y la acción, la escuela, la profesión, la vida urbana.

Nombrado por el Papa miembro de la comisión preparatoria central, participé en sus trabajos con asiduidad y entusiasmo durante los dos años que duraron. La comisión central estaba encargada de examinar y verificar todos los proyectos preparatorios que redactaban comisiones especializadas. De manera que me encontraba en buena posición para saber lo que se había hecho, lo que debía examinarse y lo que debía presentarse a la asamblea. Ese trabajo se realizaba muy concienzudamente y con profundidad. Tengo en mi poder los textos de setenta y dos proyectos preparatorios; en ellos la doctrina de la Iglesia es absolutamente ortodoxa, aunque en cierto modo los textos se adaptan a nuestra época pero con mucha mesura y sabiduría.

Todo estaba dispuesto para la fecha anunciada y el 11 de octubre de 1962 los padres ocupaban un lugar en la nave de la basílica de San Pedro de Roma. Pero ocurrió algo que no había sido previsto por la Santa Sede: desde los primeros días, el concilio se vio invadido por las fuerzas progresistas. Así lo experimentamos nosotros, así lo sentimos, y cuando digo «nosotros» me refiero a la mayoría de los padres del concilio en aquel momento.

Tuvimos la impresión de que ocurría algo anormal y esa impresión se confirmó rápidamente: a los quince días de la sesión inaugural ya no quedaba ninguno de los setenta y dos proyectos. Todos habían sido rechazados, abandonados, arrojados al cesto de los papeles.

Esto ocurrió del modo siguiente: el reglamento del concilio establecía que era menester alcanzar dos tercios de los votos para rechazar un esquema preparatorio. Ahora bien, cuando se procedió a la votación, hubo un 60% de votos contra los proyectos y 40% en su favor. Por consiguiente, los opositores no alcanzaban a los dos tercios y normalmente el concilio debía desarrollarse sobre la base de esos trabajos preparatorios.

Fue entonces cuando se manifestó una organización poderosa, muy poderosa, dirigida por cardenales de orillas del Rin, con todo un secretariado perfectamente dispuesto. Los cardenales fueron a entrevistar al papa Juan XXIII y le dijeron: «*Esto es inadmisible, Santo Padre; nos quieren hacer estudiar proyectos que no fueron aprobados por la mayoría*», y se salieron con la suya, pues el inmenso trabajo realizado quedó relegado al olvido y la asamblea se encontró con las manos vacías, sin ninguna

preparación. ¿Qué presidente de directorio de una compañía por pequeña que ésta sea aceptará una reunión sin un orden del día, sin expedientes? Sin embargo así comenzó el concilio.

Luego se presentó la cuestión de las comisiones conciliares que había que nombrar, y ése era un problema arduo, pues hay que imaginar a los obispos llegados de todos los países del mundo que se encontraban de pronto reunidos en el recinto. La mayor parte de ellos no se conocían. Conocían personalmente a tres o cuatro colegas y a algunos otros de nombre entre los 2400 que estaban presentes. ¿Cómo podían saber qué padres eran los más aptos para componer la comisión de sacerdocio, de liturgia, de derecho canónico, etcétera?

Muy legítimamente el cardenal Ottaviani hizo llegar a todos la lista de los miembros de las comisiones preconciliares, personas que, por consiguiente, habían sido elegidas por la Santa Sede y ya habían trabajado sobre los temas que se iban a discutir. Esto podría ayudar a elegir sin que hubiera obligación de atenerse a las listas y ciertamente era deseable que algunos de esos hombres experimentados figuraran en las comisiones.

Pero entonces se elevó una voz; no tengo necesidad de recordar el nombre del príncipe de la Iglesia que se puso de pie para decir lo siguiente: «*Al suministrar nombres se ejerce una presión intolerable en el concilio. Hay que dejar en libertad a los padres conciliares. Una vez más la curia romana trata de colocar a sus miembros*».

Un poco desconcertados y espantados ante esa brutal intervención, los padres decidieron levantar la sesión y por la tarde el secretario, monseñor Felici, anunció: «*El Santo Padre reconoce que tal vez es mejor que sean las conferencias episcopales las que se reúnan para dar listas*».

Las conferencias episcopales eran en aquella época algo embrionario; hicieron como pudieron las listas que se les pedían sin haberse podido reunir como hubiera sido necesario, porque sólo se les concedieron veinticuatro horas. Pero quienes habían urdido este pequeño golpe de Estado estaban de acuerdo con hombres bien elegidos de diferentes países. Lograron adelantar las conferencias y en verdad obtuvieron una gran mayoría de votos. El resultado fue que las comisiones quedaban formadas

por miembros pertenecientes en las dos terceras partes a la fracción progresista, la tercera parte fue nombrada por el Papa.

Con bastante rapidez se elaboraron nuevos proyectos de una orientación completamente diferente de la de los primeros. Algún día me gustaría publicar unos y otros para que se pueda hacerla comparación y comprobar cuál era la doctrina de la Iglesia aquel día que precedió al concilio.

Quien tenga alguna experiencia de las asambleas civiles o clericales comprenderá en qué situación se encontraban los padres. Podían modificarse algunas frases de aquellos nuevos proyectos, algunas proposiciones a título de enmiendas, pero no se podía modificar lo esencial. Las consecuencias de esto serán graves. Un texto tendencioso en su origen nunca se corrige enteramente, siempre conserva la marca del redactor y del pensamiento que lo inspira. A partir de ese momento el concilio ya estaba orientado.

Un tercer elemento contribuyó a dirigirlo en el sentido liberal. En lugar de los diez presidentes del concilio que había nombrado Juan XXIII, el papa Pablo VI designó para las dos últimas sesiones a cuatro moderadores de los cuales lo menos que puede decirse es que no fueron elegidos entre los más mesurados de los cardenales. Su influencia fue decisiva sobre el conjunto de los padres conciliares.

Los liberales constituían una minoría, pero una minoría activa, organizada, apoyada por una multitud de teólogos modernistas entre los que se podían encontrar los nombres de aquellos que lo decidían todo como Leclerc, Murphy, Congar, Rahner, Küng, Schillebeeckx, Besret, Cardonnel, Chenu…

Piénsese en la enorme cantidad de impresos con que el IDOC, el centro de información holandesa subvencionado por las conferencias episcopales alemana y holandesa, urgía en todo momento a los padres a obrar en el sentido aguardado por la opinión internacional y producía así una especie de psicosis: no había que defraudar las esperanzas del mundo que esperaba ver a la iglesia adherida a sus puntos de vista.

Los instigadores de este movimiento reclamaban la instantánea adaptación de la iglesia al hombre moderno, es decir, al hombre que quiere liberarse de todo. Hablaban de una Iglesia esclerosada, inadaptada,

impotente; lloraban lágrimas de sangre y se golpeaban el pecho a causa de sus predecesores. Presentaban a los católicos tan culpables como los protestantes y los ortodoxos por las divisiones de antaño. Los católicos debían pedir perdón a los «*hermanos separados*» presentes en Roma, puesto que habían sido invitados en gran número a participar en los trabajos.

La Iglesia de la tradición era culpable por sus riquezas, por su triunfalismo, y los padres del concilio se sentían culpables por estar fuera del mundo, por no ser del mundo; ya se avergonzaban de sus insignias episcopales y pronto se avergonzarían de mostrarse en sotana.

Esta atmósfera de liberación debía conquistar bien pronto todos los dominios; el espíritu de colegiación sería la manta de Noé que se arroja sobre la vergüenza de ejercer una autoridad personal tan contraria a la mentalidad del hombre del siglo XX, ¡del hombre liberal! La libertad religiosa, el ecumenismo, la investigación teológica, la revisión del derecho canónico atenuarían el triunfalismo de una Iglesia que se proclamaba única arca de salvación. Así como se dice que hay «*pobres avergonzados de su pobreza*», hubo «*obispos avergonzados*» sobre los cuales se ejercía influencia al infundirles remordimientos de conciencia. Éste es un procedimiento que fue utilizado en todas las revoluciones.

Sus efectos están inscritos en muchos pasajes de las actas del concilio. Léase, por ejemplo, el comienzo del proyecto «*La Iglesia en el mundo de este tiempo*» donde se hacen consideraciones sobre la mutación del mundo moderno, el movimiento acelerado de la historia, las nuevas condiciones que afectan la vida religiosa, el predominio de las ciencias y las técnicas. ¿Cómo no ver en estos textos la expresión del más puro liberalismo?

Habríamos podido tener un magnífico concilio tomando como maestro sobre este tema al papa Pío XII. No creo que haya un solo problema del mundo moderno, de la actualidad, que ese papa no hubiera resuelto con toda su ciencia, toda su teología y toda su santidad. Pío XII dio una solución casi definitiva a la cuestión al mirar las cosas verdaderamente desde el punto de vista de la fe.

Pero ahora no se las podía ver así puesto que no se quería hacer un concilio dogmático.

El concilio Vaticano II es un concilio pastoral; así lo dijo Juan XXIII y así lo repitió Pablo VI. En el curso de las sesiones, muchas veces quisimos hacer definir algunos conceptos y nos respondieron: «*Pero aquí no hacemos dogmatismo, no hacemos filosofía, tratamos cuestiones pastorales*». ¿Qué es la libertad? ¿Qué es la dignidad humana? ¿Qué es el régimen colegiado? Uno no tiene más remedio que analizar indefinidamente los textos para saber lo que hay que entender por esas cosas y sólo se llega a aproximaciones, pues los términos son ambiguos.

Y esto no se debe a negligencia ni a casualidad; el padre Schillebeeckx lo confesó: «*En el concilio pusimos términos equívocos y sabemos lo que luego podremos obtener de ellos*». Sí, esa gente sabía bien lo que hacía.

Todos los otros concilios que hubo en el curso de los siglos eran dogmáticos. Todos ellos combatieron errores. ¡Y sabe Dios que sí había errores para combatir en nuestro tiempo! Un concilio dogmático habría sido muy necesario. Recuerdo todavía al cardenal Wyszinsky que decía: «*Pero hagan ustedes pues un proyecto de declaración sobre el comunismo; si hoy hay un error grave que amenaza al mundo, es ese error. Si el papa Pío XI creyó que debía hacer una encíclica sobre el comunismo sería asimismo útil que nosotros, reunidos aquí en asamblea plenaria, dedicáramos un proyecto de declaración a esa cuestión*».

El comunismo, el error más monstruoso que haya salido del espíritu de Satanás, es oficialmente recibido en el Vaticano, su revolución mundial se ve singularmente facilitada por la falta de resistencia oficial de la Iglesia y hasta por los frecuentes apoyos que encuentra en ella, a pesar de las advertencias desesperadas de los cardenales que sufrieron prisión en los países del Este. El hecho de que este concilio pastoral se haya negado condenarlo solemnemente basta para cubrirlo de vergüenza ante toda la historia, si se piensa en las decenas de millones de mártires, en los cristianos y en los disidentes científicos, despersonalizados en los hospitales psiquiátricos, utilizados como conejillos de Indias en experiencias.

Pero el concilio pastoral se calló. Habíamos obtenido 450 firmas de obispos en favor de una declaración contra el comunismo. Esas firmas quedaron olvidadas en un cajón… Cuando el informante de *Gaudium et Spes* respondió a nuestras preguntas, nos declaró: «*Hubo dos solicitudes*

para pedir una condenación del comunismo». ¡Dos!, exclamamos nosotros, *«Había más de cuatrocientas». «Vaya, yo no estaba al corriente»*. Se buscaron esas firmas y por fin se las encontró, pero demasiado tarde.

Yo viví todos esos hechos. Yo mismo había llevado aquellas firmas a monseñor Felici, secretario del concilio, en compañía de monseñor de Proenca Sigaud, arzobispo de Diamantina, y me veo obligado a decir que ocurrieron cosas verdaderamente inadmisibles. No lo digo para condenar el concilio y no ignoro que estas cuestiones contribuyen mucho a acrecentar la perplejidad de los católicos, que piensan: «*¡Al fin de cuentas el concilio está inspirado por el Espíritu Santo!*».

No necesariamente. Un concilio pastoral, no dogmático, es una predicación que por sí misma no toca a la infalibilidad. Cuando al término de las sesiones preguntamos a monseñor Felici: «*¿No podría usted darnos lo que los teólogos llaman la nota del concilio?*», él nos respondió: «*Hay que distinguir según los proyectos, los capítulos, aquellos que en el pasado ya han sido objeto de definiciones dogmáticas; en cuanto a las declaraciones que tienen un carácter de novedad, hay que hacer algunas reservas*».

De manera que el Concilio Vaticano II no fue un concilio como los otros y por eso tenemos derecho a juzgarlo con prudencia y con reservas. De este concilio y de las reformas acepto todo lo que está de acuerdo con la tradición. La obra que fundé lo prueba ampliamente. Nuestros seminarios, en particular, responden perfectamente a los deseos expresados por el concilio y a la *Ratio fundamentatis* de la Sagrada Congregación para la enseñanza católica.

Pero es imposible sostener que únicamente las aplicaciones posconciliares son malas. Las rebeliones de clérigos, las discusiones de la autoridad pontificia, todas las extravagancias de la liturgia y de la nueva teología, las iglesias vacías, ¿no tienen nada que ver, como se lo ha afirmado recientemente, con el concilio? ¡Vamos! Todas estas cosas son sus frutos.

Comprendo que al decir esto no hago sino aumentar la perplejidad de los lectores preocupados. Y sin embargo, en medio de todo este tumulto ha brillado una luz que puede reducir a la nada los esfuerzos del mundo para

terminar con la Iglesia de Cristo: el 30 de junio de 1968 el Santo Padre proclamó su profesión de fe. Éste es un acto que, desde el punto de vista dogmático, es más importante que todo el concilio.

Ese Credo, redactado por el sucesor de Pedro para afirmar la fe dé Pedro, asumió una solemnidad absolutamente extraordinaria. Cuando el Papa se puso de pie para pronunciarlo, los cardenales también se levantaron y toda la multitud quiso imitarlos, pero el Papa hizo sentar a todo el mundo; quería estar sólo él de pie como vicario de Cristo; para proclamar su Credo, y lo hizo con las palabras más solemnes en nombre de la Santísima Trinidad, ante los santos ángeles, ante toda la Iglesia. Por consiguiente, el Papa llevó a cabo un acto que compromete la fe de la Iglesia.

Tenemos pues éste consuelo y esta confianza de sentir que el Espíritu Santo no nos ha abandonado. Se puede decir que el arca de la fe, apoyándose en el Concilio Vaticano I, torna a encontrar un nuevo punto de apoyo en la profesión de fe de Pablo VI.

CAPÍTULO XV

La unión de la Iglesia con la Revolución

En el origen de la revolución, que es «el odio a todo orden que el hombre no haya establecido y en el que el hombre no sea rey y Dios al mismo tiempo», encontramos el orgullo que ya había sido la causa del pecado de Adán.

La revolución en la Iglesia se explica por el orgullo de nuestros tiempos modernos, que se creen tiempos nuevos, tiempos en los que el hombre por fin «*comprendió por sí mismo su dignidad*», en los que el hombre cobró mayor conciencia de sí mismo «*hasta el punto de que se puede hablar de metamorfosis social y cultural cuyos efectos repercuten en la vida religiosa… El movimiento mismo de la historia se ha hecho tan rápido que apenas se lo puede seguir… En suma, el género humano pasa de una noción estática del orden de las cosas a una concepción más dinámica y evolutiva: de allí nace, inmensa, una problemática nueva que provoca nuevos análisis y nuevas síntesis*».

Estas frases maravilladas que figuran con muchas otras parecidas en la exposición preliminar de la constitución apostólica «*La Iglesia en el mundo de este tiempo*» no auguran nada bueno acerca del retorno del espíritu evangélico; se lo ve difícilmente sobre vivir a tanto movimiento y a tantas transformaciones.

¿Y cómo comprender esto: «*Una sociedad de tipo industrial se extiende poco a poco y transforma radicalmente las concepciones de la vida en sociedad*» sino como una actitud en la que se da por seguro que lo que se desea se produce? Es ésta una concepción de la sociedad que nada tiene que

ver con la concepción cristiana según la doctrina social de la iglesia. Semejante premisa no puede sino conducir a un nuevo Evangelio, a una nueva religión que es ésta:

«Que vivan pues (los creyentes) en unión muy estrecha con los otros hombres de su tiempo y se esfuercen por comprender a fondo sus maneras de pensar y de sentir tales como están expresadas en la cultura. Que unan el conocimiento de la ciencias y de las teorías nuevas, así como de los descubrimientos más recientes, con los usos y las enseñanzas de la doctrina cristiana, a fin de que el sentido religioso y la rectitud moral corran parejas en ellos con el conocimiento científico y los incesantes progresos técnicos; así podrán apreciar e interpretar todas las cosas con una sensibilidad auténticamente cristiana» (Gaudium et Spes, 62-6).

¡Singulares consejos, siendo así que el Evangelio nos pide que evitemos las doctrinas perversas! Y que no se diga que ellas se pueden entender de dos maneras: la catequesis actual las entiende como quería Schillebeeckx: aconseja a los niños que se pongan en contacto con ateos porque éstos tienen mucho que enseñarles y porque, por lo demás, para no creer en Dios tienen sus razones, que es provechoso conocer.

También se puede decir que la afirmación del capítulo primero: «*Creyentes e incrédulos están generalmente de acuerdo sobre el hecho de que todo sobre la tierra debe estar subordinado al hombre como a su centro y a su cúspide*» se explica en el sentido cristiano por lo que sigue. Pero esa afirmación no deja de tener una significación en sí misma, que es la que precisamente se ve poner por obra en todas partes de la Iglesia posconciliar en la forma de un bien reducido al crecimiento económico y social de la humanidad.

Por mi parte, creo que los creyentes que admitan esta proposición como base común en un diálogo con los incrédulos y que casen las teorías nuevas con la doctrina cristiana perderán la fe, ni más ni menos. La regla de oro de la Iglesia ha sido invertida por el orgullo de los hombres de nuestro tiempo; ya no se escucha la palabra siempre viva y fecunda de Cristo sino que se escucha la palabra del mundo. Este *aggiornamento* se condena a sí mismo.

La raíz del desorden actual está en ese espíritu moderno o, mejor dicho, modernista que se niega a reconocer el Credo, los mandamientos de Dios y

de la Iglesia, los sacramentos, la moral cristiana, como única fuente de renovación para todos los tiempos hasta el fin del mundo.

Deslumbrados por «*los progresos de la técnica que llegan hasta a transformar la faz de la tierra y ya se lanzan a la conquista del espacio*» (*Gaudium et Spes*, 5-1), los hombres de iglesia, que no hay que confundir con la Iglesia, parecen considerar que Nuestro Señor no podía prever la evolución tecnológica de nuestra época y que, por consiguiente, su mensaje ya no se adapta a ella.

El sueño de los liberales desde hace un siglo y medio consiste en casar la Iglesia con la revolución. Durante un siglo y medio también los papas condenaron ese catolicismo liberal; citemos, entre los documentos más importantes, la bula *Auctorem fidei* de Pío VI contra el concilio de Pistoya, la encíclica *Mirari vos* de Gregorio XVI contra Lamennais, la encíclica *Quanta cura* y el Syllabus de Pío IX, la encíclica *Immortale Dei* de León XIII contra el derecho nuevo, las Actas de san Pío X contra el sillonismo y el modernismo y especialmente el decreto *Lamentabili*, la encíclica *Divini Redemptoris* de Pío XI contra el comunismo, la encíclica *Humani Generis* del papa Pío XII.

Todos los papas repudiaron el casamiento de la Iglesia con la revolución que sería una unión adúltera, y de una unión adúltera no pueden nacer sino bastardos. El rito de la misa nueva es un rito bastardo, los sacramentos son sacramentos bastardos, ya no sabemos si son sacramentos que dan la gracia o que no la dan. Los sacerdotes que salen de los seminarios son sacerdotes bastardos pues no saben lo que son; no saben que están hechos para subir al altar, ofrecer el sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo y dar a Jesucristo las almas.

En nombre de la revolución muchos sacerdotes fueron enviados al cadalso y muchas religiosas fueron perseguidas y asesinadas, Recuerde, el lector los pontones de Nantes que eran hundidos en el mar después de haber amontonado dentro de ellos a todos los sacerdotes fieles. Pues bien, lo que hizo la Revolución Francesa no es nada comparado con la obra del Concilio Vaticano II, pues hubiera valido más que los veinte o treinta mil sacerdotes que abandonaron el sacerdocio y quebrantaron el juramento que hicieron ante Dios, hubieran sido martirizados, hubieran subido al cadalso;

por lo menos habrían salvado su alma y ahora corren el gran peligro de perderla.

Nos han dicho que entre ésos pobres sacerdotes casados, muchos están divorciados, muchos han presentado solicitudes de nulidad del matrimonio en Roma. ¿Se dirá que éstos son buenos frutos del concilio? Veinte mil religiosas en los Estados Unidos (¿y cuántas más en los otros países?) quebrantaron los votos perpetuos que las unían a Jesucristo para contraer ellas también matrimonio. Si hubieran subido al cadalso, por lo menos habrían dado testimonio de su fe. La sangre de los mártires es simiente de cristianos, pero los sacerdotes o los simples fieles que se adhieren al espíritu del mundo no producen ninguna cosecha. La mayor victoria del diablo consiste en haber emprendido la destrucción de la Iglesia sin hacer mártires.

La unión adúltera de la Iglesia y de la revolución se concreta en el diálogo. Nuestro Señor dijo: «*Id, enseñad a las naciones y convertidlas*», pero no dijo «Dialogad con ellas sin tratar de convertirlas». El error y la verdad no son compatibles, dialogar con el error supone colocar a Dios y al demonio en el mismo plano. Eso es lo que siempre repitieron los papas y lo que comprendían fácilmente los cristianos, pues es también una cuestión de sentido común. Para imponer una actitud y reflejos diferentes, fue necesario obrar sobre los cerebros a fin de convertir en modernistas a los clérigos llamados a difundir la nueva doctrina. Eso es lo que se llama reciclaje, un procedimiento de «reacondicionamiento» destinado a remodelar el instrumento mismo que Dios dio al hombre para ejercer su juicio.

Tuve la oportunidad de ser testigo de una operación de este tipo en mi congregación, de la cual fui superior general durante un tiempo. Lo que primero se exige al sujeto es que «*confiese el cambio*»: el concilio ha determinado cambios, por lo tanto es menester que también nosotros mismos cambiemos. Y se trata de, un cambio en profundidad, puesto que hay que adaptar las facultades de razonamiento a fin de que coincidan con ideas fabricadas arbitrariamente. Podemos leer en un fascículo editado por la oficina del arzobispado de París, *La Fot mot á mot: «La segunda operación, más delicada, consiste en discernir las diferentes maneras que tienen los cristianos de apreciar el hecho mismo del cambio dentro de estos diversos cambios. Discernir, esto importa mucho, porque las oposiciones*

actuales se refieren mucho más a las actitudes espontáneas e inconscientes ante el cambio que a lo que está en juego en cada cambio.

»Parece que se dibujan dos actitudes típicas, pero no hay que pasar por eso por alto, todas las actitudes intermedias posibles. De conformidad con la primera, se acepta un cierto número de novedades después de haber verificado que éstas se imponen una después de la otra. Éste es el caso de muchos cristianos, de muchos católicos, que ceden paulatinamente por grados.

»De conformidad con la segunda, se acepta una renovación del conjunto de las formas de la fe cristiana a impulsos de una edad cultural inédita, con la condición de estar permanentemente seguros de la fidelidad a la fe de los apóstoles».

Esta precaución oratoria es típica en la tradición de los modernistas: siempre protestan de sus sentimientos ortodoxos y mediante una frasecilla tranquilizan a las almas que se sentirían espantadas por perspectivas como «*la renovación del conjunto de las formas de la fe cristiana a impulsos de una edad cultural inédita*».

Pero cuando uno se ha prestado a estas manipulaciones ya es tarde. ¡Una vez que se ha demolido por completo la fe será hora de ocuparse de la fe de los apóstoles!

Una tercera operación se hace necesaria en el caso de haber alcanzado la segunda actitud: «*El cristiano no puede dejar de presentir un temible riesgo para la fe. ¿No desaparecerá lisa y llanamente la fe al mismo tiempo que la problemática que la había llevado hasta ese punto? El cristiano pide pues una seguridad fundamental que le permita superar las primeras actitudes estériles*».

De manera que están previstos todos los grados de resistencia. ¿Qué «seguridad fundamental» se le da en definitiva al neófito? El Espíritu Santo. «El Espíritu Santo es precisamente quien asiste a los creyentes en el movimiento de la historia».

El objetivo se ha alcanzado: ya no hay magisterio, ya no hay dogma, ya no hay jerarquía, ya no hay Sagradas Escrituras siquiera, como texto inspirado e históricamente cierto: ahora los cristianos están directamente inspirados por el Espíritu Santo.

Entonces la Iglesia se desmorona, el cristiano «reciclado» está entregado a todas las influencias, es dócil a todos los lemas, se lo puede llevar a donde se quiera, pues si busca una seguridad se aferrará a esta afirmación: «*El Concilio Vaticano II presenta seguramente numerosos indicios de un cambio de problemática*».

«La causa próxima e inmediata (del modernismo), escribe Pío X en la encíclica Pascendi, está en una perversión del espíritu».

El reciclaje determina esa perversión en quienes no la tenían antes. Y el Santo Pontífice cita esta observación de su predecesor Gregorio XVI: «Es un espectáculo lamentable ver hasta dónde llegan las divagaciones de la razón humana cuando se cede al espíritu de novedad, que, contrariamente a la advertencia del apóstol, se pretenda saber más de lo que es necesario saber y que con harta confianza en sí mismo se piense que es posible buscar la verdad fuera de la Iglesia, verdad que se encuentra en ella sin la sombra de las más ligera duda»**[11]**.

CAPÍTULO XVI

El neomodernismo

En el vocabulario enteramente renovado de los hombres de la Iglesia, algunas palabras han logrado sobrevivir; Fe es una de ellas, sólo que se la emplea en las acepciones más diversas. Ahora bien, existe una definición de la fe y no se la puede cambiar. A esta definición debe atenerse el católico cuando ya no entiende nada en el discurso embrollado y presuntuoso que se le pronuncia.

La fe es la adhesión de la inteligencia a la verdad revelada por el Verbo de Dios. Creemos en una verdad que nos viene desde afuera y que no es segregada de alguna manera por nuestro espíritu. Creemos a causa de la autoridad de Dios que nos revela esa fe. No hay que ir a buscar a otra parte.

Nadie tiene derecho a arrebatarnos esa fe y reemplazarla por otra. Vemos ahora resurgir una definición modernista de la fe que ya fue condenada por Pío X hace ochenta años y según la cual la fe sería un sentimiento interior, pues no habría que buscar fuera del hombre la explicación de la religión: «*Es pues en el hombre mismo donde se encuentra la fe y, lo mismo que la religión, es una forma de vida en la vida misma del hombre*». De modo que la fe sería algo puramente subjetivo, una adhesión del alma a Dios, siendo este mismo inaccesible a nuestra inteligencia, pues cada cual está en sí mismo, cada cual en su conciencia.

El modernismo no es una invención reciente y ya no lo era en 1907, fecha de la famosa encíclica; el modernismo es el perpetuo espíritu de la Revolución Francesa que quiere encerrarnos en nuestra humanidad y poner

a Dios fuera de la ley. Su definición falsa sólo busca corromper la autoridad de Dios y la autoridad de Iglesia.

La fe nos viene del exterior y estamos obligados a someternos a ella. «*Aquél que cree será salvo, aquél que no cree será condenado*», así lo afirma Nuestro Señor.

Cuando fui a ver al Papa en 1976, me reprochó, para mi inmensa sorpresa, por hacer pronunciar a mis seminaristas un juramento contra él. Yo no podía comprender de dónde provenía semejante idea, pues alguien evidentemente se la habría insinuado con la intención de perjudicarme. Luego la luz se hizo en mi espíritu: habían interpretado malignamente en ese sentido el juramento antimodernista que hasta entonces todo sacerdote debía recitar solemnemente antes de su ordenación y todo dignatario eclesiástico en el momento de recibir su cargo. El propio papa Pablo VI había hecho ese mismo juramento alguna vez en su vida. Pero veamos lo que encontramos en ese juramento:

«Tengo muy por cierto y lo profeso sinceramente que la fe no es un sentimiento religioso ciego que surge de las tinieblas del subconsciente bajo la presión del corazón y la inclinación de la voluntad moralmente informada, sino que la fe es un verdadero asentimiento de la inteligencia a la verdad recibida desde afuera, por la cual creemos verdadero, a causa de la autoridad de Dios, todo lo que fue dicho, testimoniado y revelado por Dios en persona, nuestro. Creador y Nuestro Señor».

Ahora ya no se exige el juramento antimodernista para ser sacerdote u obispo; si se lo exigiera habría aún menos ordenaciones que las que hay. En efecto, el concepto de fe está falseado y muchas personas, sin pensar mal, se dejan influir por el modernismo.

Por eso aceptan creer que todas las religiones salvan; si cada cual tiene una fe según su conciencia y si es la conciencia la que produce la fe, ya no hay razón de pensar que una fe determinada salva mejor que otra, siempre que la conciencia esté orientada hacia Dios. En un documento de la comisión de catequesis del episcopado francés se pueden leer afirmaciones como ésta: «*La verdad no es algo que se recibe, algo ya hecho, sino que es algo que se hace*».

La diferencia de óptica es total. Se nos dice que el hombre no recibe la verdad, sino que la construye. Pero nosotros sabemos —y nuestra misma inteligencia nos lo confirma— que la verdad no se crea, que no somos nosotros quienes la creamos.

Pero ¿cómo defenderse contra estas doctrinas perversas que arruinan la religión cuando estos «amigos de novedades» se encuentran en el seno mismo de la Iglesia? Gracias a Dios, han sido desenmascarados desde comienzos del siglo de una manera que permite reconocerlos fácilmente. No pensemos que se trata de un fenómeno antiguo que interesa sólo a los historiadores eclesiásticos: *Pascendi* es un texto que parece escrito hoy, es de una actualidad extraordinaria y pinta, con una frescura que no se puede dejar de admirar profundamente, a esos enemigos del interior de la Iglesia.

Esos enemigos son así: «*escasos de filosofía y de teología serias, se erigen, con menosprecio de toda modestia, en renovadores de la Iglesia,… desprecian toda autoridad y se impacientan por todo freno*».

«Su táctica consiste en no exponer nunca sus doctrinas metódicamente y en conjunto, sino que las presentan fragmentadas de alguna manera, desperdigadas, aquí y allá, lo cual se presta a que se las considere "ondulantes e indecisas; pero en cuanto a sus ideas, en cambio, ellas están perfectamente ajustadas y son coherentes…" Alguna página de su obra podría estar firmada por un católico, pero si se vuelve la página cree uno estar leyendo a un racionalista…

»Amonestados y condenados, continúan por su camino disimulando bajo mentirosas apariencias de sumisión una audacia sin límites… Si alguien tiene la desgracia de criticar una u otra de sus novedades, por monstruosa que sea, se forman filas apretadas para defenderlo; quien niega esa novedad es tratado de ignorante, quien la abraza y la defiende es levantado a las nubes… Aparece una obra, rebosante de novedades por todos los poros, entonces la reciben con aplausos y gritos de admiración. Cuando más un autor haya mostrado audacia para combatir lo antiguo, para socavar la tradición y el magisterio eclesiásticos, más sabio será. Por fin si ocurre que uno de ellos incurre en las condenaciones de la iglesia, los demás inmediatamente se precipitan alrededor de él, lo colman de elogios públicos, lo veneran casi como un "mártir" de la verdad».

Todas estas pinceladas corresponden tan bien a lo que estamos viendo hoy que se podría creer que han sido trazadas recientemente. En 1980, después de la condenación de Hans Küng, un grupo de cristianos llevó a cabo frente a la catedral de Colonia un «auto de fe *"para protestar contra la decisión de la Santa Sede de privar al teólogo suizo de su 'misión canónica'; se había preparado una hoguera sobre la cual arrojaron un maniquí de Küng" a fin de simbolizar la prohibición de un pensamiento valiente y honesto» (Le Monde).*

Poco antes las sanciones contra el padre Pohier habían provocado otras protestas generales: trescientos dominicos y dominicas redactaron una carta pública contra esas sanciones —unas veinte personalidades firmaron otro texto—, la abadía de Boquen, la capilla de Montparnasse y otros grupos de vanguardia acudieron en su socorro.

La única novedad, si comparamos con la descripción de san Pío X, consiste en que ahora los modernistas ya no se disimulan bajo apariencias mentirosas de sumisión; ahora han cobrado seguridad, tienen demasiados apoyos en la misma Iglesia para continuar ocultándose. El modernismo no está muerto, por el contrario, progresó y continúa afirmándose.

Continuemos leyendo *Pascendi: «Después de esto, no hay por qué asombrarse de que los modernistas persigan con toda su malevolencia, con toda su acrimonia, a los católicos que luchan vigorosamente por la Iglesia…*

No hay injuria que no vomiten contra ellos. Si se tratare un adversario cuya erudición y vigor de espíritu hacen temible, buscarán reducirlo a la impotencia organizando alrededor de él la conspiración del silencio».

Eso es lo que ocurre hoy con los padres tradicionalistas, apartados, perseguidos, lo que ocurre con escritores religiosos y laicos de los que la prensa, que está en manos de los progresistas, no dice nunca una palabra. Eso ocurre también con movimientos de jóvenes, mantenidos apartados porque continúan siendo fieles y cuyas edificantes actividades, como peregrinaciones por ejemplo, permanecen ignoradas por el público que podría encontrar sin embargo en ellas confortación.

«Si escriben historia, investigan con curiosidad y publican a la luz del día, bajo pretexto de decir toda la verdad y con una especie de placer mal

disimulado, todo aquello que les parece que mancha la historia de la Iglesia. Dominados por ciertas ideas y a priori*, destruyen lo más que pueden las piadosas tradiciones populares. Hacen que parezcan ridículas ciertas reliquias muy venerables por su antigüedad. En fin, están poseídos por el vano deseo de que hablen de ellos y eso no ocurriría, como ellos lo comprenden bien, si dijeran lo que siempre se ha dicho hasta ahora».*

En cuanto a su doctrina, descansa en los siguientes puntos que se reconocerán fácilmente en las corrientes actuales: «*La razón humana no es capaz de elevarse hasta Dios*». Como toda revelación exterior es imposible, el hombre buscará en sí mismo la satisfacción de la necesidad de lo divino que él experimenta y cuyas raíces se encuentran en su subconsciente. Esta necesidad de lo divino suscita en el alma un sentimiento particular «*que de algún modo une al hombre con Dios*». Ésa es la fe para los modernistas, de manera que Dios es así creado en el alma y es la revelación.

Del sentimiento religioso se pasa al dominio de la inteligencia que va a elaborar el dogma. El hombre debe pensar su fe; ésta es una necesidad para él, puesto que está dotado de inteligencia. El hombre crea fórmulas que contienen, no la verdad absoluta, sino imágenes de la verdad, símbolos. Esas fórmulas dogmáticas están, por consiguiente, sujetas al cambió y evolucionan. «*Así queda abierto el camino para la variación sustancial de los dogmas*».

Las fórmulas no son simples especulaciones teológicas sino que deben ser vivas para ser realmente religiosas. El sentimiento debe asimilárselas «vitalmente».

Hoy se habla de la «*vivencia de la fe*». «A fin de que esas fórmulas estén vivas y permanezcan vivas», continúa diciendo Pío X, «*deben ser adecuadas al creyente y a su fe. El día en que esta adaptación cesara, ese mismo día las fórmulas se vaciarían de su anterior contenido; no quedaría otro remedio que el de cambiarlas. Constituyen el carácter tan precario e inestable de las fórmulas dogmáticas, se comprende muy bien que los modernistas las tengan en tan poca estima, si no es que las desprecian abiertamente. El sentimiento religioso, la vida religiosa, son las palabras que ellos siempre tienen en la boca*». En las homilías, en las conferencias, en los catecismos se eliminan «las fórmulas ya hechas».

El creyente hace su experiencia personal de la fe, luego la comunica a otros mediante la predicación; así se propaga la experiencia religiosa. «En cuanto: a la fe, se ha hecho común o, como se dice ahora, colectiva» y se siente la necesidad de organizarse en sociedad para conservar y acrecentar el tesoro común. De ahí que se haya fundado una iglesia, la Iglesia es «*el fruto de la conciencia colectiva o, dicho de otra manera, el conjunto de las conciencias individuales, conciencias que derivan de un primer creyente de Jesucristo, para los católicos*».

Y la historia de la Iglesia se escribe del modo siguiente: al principio, cuando todavía se creía que la autoridad, de la Iglesia procedía de Dios, se la concibió como autocrática. «*Pero hoy eso ya ha cambiado. Así como la iglesia es una emanación vital de la conciencia colectiva, así también a su vez la autoridad es un producto vital de la iglesia*».

Entonces, es necesario que el poder cambie, de manos y proceda de las bases. La conciencia política creó el régimen popular, lo mismo debe suceder en la Iglesia: «*Si la autoridad eclesiástica no quiere provocar y fomentar un conflicto en lo más íntimo de las conciencias ha de sujetarse a las formas democráticas*».

Ahora ya pueden comprender los católicos perplejos dónde fueron a buscar sus ideas el cardenal Suenens y todos los ruidosos teólogos. La crisis posconciliar está en perfecta continuidad con aquella crisis que agitó el fin del siglo pasado y el comienzo de éste.

También comprenden los católicos perplejos por qué en los catecismos que sus hijos llevan a casa todo comienza con las primeras comunidades que se formaron después del día de Pentecostés, cuando los discípulos sintieron la necesidad de lo divino a favor del impacto provocado por Jesús y vivieron juntos «*una experiencia original*». Así pueden explicarse la ausencia de los dogmas, de la Santísima Trinidad, de la Encarnación, de la Redención, de la Ascensión, etcétera, en esos libros y en los sermones.

El Texto de referencia elaborado para la catequesis por el episcopado francés se extiende sobre la formación de grupos que serán «miniglesias» destinadas a recomponer la Iglesia de mañana según el proceso que los modernistas han creído ver en el nacimiento de la iglesia de los apóstoles: «*En el grupo de catequesis, animadores, padres e hijos aportan su*

experiencia vivida, sus aspiraciones profundas, imágenes religiosas, cierto conocimiento de las cosas de la fe. Sigue luego una confrontación que es condición de verdad en la medida en que pone en movimiento los deseos; profundos de las personas y las empeña realmente hacía las transformaciones inevitables que manifiesta todo contacto con el Evangelio. Son posibles los bloqueos. Pero al término de una ruptura, de una conversación, de cierta muerte, puede verificarse por la gracia la confesión de la fe».

¡Y son los obispos quienes aplican a plena luz del día la táctica modernista condenada por san Pío X! Todo se encuentra en ese párrafo[12] vuélvaselo a leer con atención: el sentimiento religioso provocado por la necesidad, las aspiraciones profundas, la verdad que nace en la confrontación de las experiencias, la variación de los dogmas, la ruptura con la tradición.

Para el modernismo, los sacramentos nacen también de una necesidad «pues (ya lo hemos observado) la necesidad es en su sistema la grande y universal explicación».

Hay que dar a la religión un cuerpo sensible: «Los sacramentos son (para ellos) puros signos o símbolos, aunque dotados de eficacia». Los comparan con ciertas palabras de las que se dice vulgarmente que hicieron fortuna porque tienen la virtud de hacer resplandecer ideas fuertes y penetrantes que impresionan y conmueven. Esto equivale a decir que los sacramentos no fueron instituidos sino para nutrir la fe, proposición condenada por el concilio de Trento.

Volvemos a encontrar esta idea en Besret, por ejemplo, quien fue un «experto» en el concilio: «No es el sacramento lo que pone el amor de Dios en el mundo. El amor de Dios obra en todos los hombres. El sacramento representa el momento de su manifestación pública en la comunidad de los discípulos… Al decir esto, en modo alguno me proponga negar el aspecto eficaz de los signos involucrados. El hombre se realiza también expresándose y esto vale en el caso de los sacramentos como en el resto de su actividad»[13].

¿Y las Sagradas Escrituras? Para los modernistas son «*el conjunto de experiencias hechas en una religión dada*». A través de esos libros habla

Dios, pero el Dios que está en nosotros. Son libros inspirados un poco como se habla de inspiración poética, la inspiración es asimilada a la intensa necesidad que experimenta el creyente de comunicar por escrito su fe. La Biblia es una obra humana.

En *Pierres Vivantes* se dice a los niños que el libro del Génesis es un «poema» escrito un día por creyentes que «reflexionaron». Este libro, impuesto por los obispos de Francia a todos los alumnos de catecismo, rebosa modernismo en casi todas sus páginas. Hagamos un paralelo:

San Pío X: *«Es una ley (para los modernistas) el hecho que la fecha de los documentos no puede determinarse de otro modo que por la fecha de las necesidades a las que estuvo sujeta sucesivamente la Iglesia»*.

Pierres Vivantes: «Para ayudar a esas comunidades a vivir el Evangelio, algunos apóstoles les escriben cartas, que se llaman también epístolas… Pero los apóstoles sobre todo contaron de viva voz lo que Jesús había hecho en medio de ellos y lo que les había dicho… Posteriormente cuatro autores —Marcos, Mateo, Lucas y Juan pusieron por escrito lo que habían dicho los apóstoles».

«Redacción de los Evangelios: ¿Marcos alrededor del año 70? ¿Lucas alrededor de 80:90? ¿Mateo alrededor de 80-90? ¿Juan alrededor de 95-100?». «Estos autores contaron los hechos de la vida de Jesús, sus palabras y sobre todo su muerte y su resurrección, para iluminar la fe de los creyentes».

San Pío X: *«En los libros santos (dicen ellos), hay muchos pasajes, referentes a la ciencia o a la historia, en los, que se comprueban manifiestos errores. Pero esos libros no versan sobre historia ni sobre ciencias, sólo tratan de religión y de moral»*.

Pierres Vivantes: «Es un poema (el Génesis) y no un libro de ciencia. La ciencia nos dice que se necesitaron millones y millones de años para que apareciera la vida». «Los Evangelios no refieren la vida de Jesús como hoy se narra un acontecimiento por radio o por televisión o en un periódico».

San Pío X: «*No vacilan en afirmar que los libros en cuestión, sobre todo el Pentateuco y los tres primeros Evangelios, fueron elaborados lentamente con agregados hechos a una narración primitiva muy breve; se*

introdujeron interpolaciones a modo de interpretaciones teológicas o alegóricas o simplemente transiciones y suturas».

Pierres Vivantes: «Lo que está escrito en la mayor parte de esos libros había sido primero contado de padres a hijos. Un día alguien lo puso por escrito para transmitirlo a su vez, y a menudo lo que se escribió fue vuelto a escribir por otros y otros aún… En el año 538, el dominio de los persas, la reflexión y las tradiciones se convierten en libros. Esdras, alrededor del año 400, reúne (diversos libros) para hacer con ellos la Ley o Pentateuco. Los rollos de los profetas quedan compuestos y la reflexión de los sabios llega a producir a diversas obras maestras».

Los católicos que se sorprenden por el nuevo lenguaje utilizado en «*la iglesia conciliar*» han de saber que no se trata de un lenguaje tan nuevo, puesto que Lamennais, Fuchs, Loisy lo empleaban ya en el siglo pasado, y que estos mismos autores no habían hecho sino recoger todos los errores que pudieron producirse en el curso de los siglos. La religión de Cristo no ha cambiado ni cambiará nunca, no hay que dejarse embaucar.

CAPÍTULO XVII

¿Qué es la Tradición?

El modernismo es ciertamente lo que mina a la Iglesia desde el interior, tanto en nuestros días como ayer. Consideremos todavía algunos conceptos contenidos en la encíclica Pascendi correspondientes a lo que estamos viviendo. «*Desde el momento en que su fin es enteramente espiritual, la autoridad religiosa debe despojarse de todo ese aparato exterior, de todos esos ornamentos pomposos mediante los cuales se ofrece como en espectáculo. Aquí ellos olvidan que la religión, si bien pertenece propiamente al alma, no se limita a ella y que el honor rendido a la autoridad recae en Jesucristo que la instituyó*».

A causa de la presión ejercida por esos «amigos de novedades», Pablo VI abandonó la tiara, los obispos se despojaron de la sotana violeta y hasta de la sotana negra, así como de su anillo, los sacerdotes se presentan en traje civil y la mayoría de las veces con un aspecto voluntariamente descuidado. Hubo que llegar hasta las reformas generales ya puestas en práctica o reclamadas con insistencia para que san Pío X las mencionara y las considerara el deseo «maníaco» de los modernistas reformadores.

Se las reconoce en el siguiente pasaje: *«En lo que se refiere al culto (ellos quieren) que se disminuya el número de las devociones exteriores o por lo menos que se detenga su acrecentamiento… Que el gobierno eclesiástico se vuelva a la democracia; que una parte del gobierno sea confiada al clero inferior y aun a los laicos; que la autoridad esté descentralizada.*

(Quieren) la reforma de las congregaciones romanas sobre todo las del Santo Oficio y del índex… y hay quienes, por fin, haciéndose eco de sus maestros protestantes, desean la supresión del celibato eclesiástico».

Bien se ve que hoy se reclaman las mismas cosas y que no hay ninguna imaginación nueva. En el caso del pensamiento cristiano y en el de la formación de los futuros sacerdotes, la voluntad de los reformistas de la época de Pío X era abandonar la filosofía escolástica, que debía quedar «*relegada a la historia de la filosofía entre los sistemas superados*» y preconizaban que «*se enseñe a los jóvenes la filosofía moderna, la única verdadera, la única que conviene a nuestros tiempos… que la teología llamada racional tenga por base la filosofía moderna y que la teología positiva tenga por fundamento la historia de los dogmas*».

En este punto, los modernistas obtuvieron lo que querían y aún más. En lo que se refiere a la enseñanza en los seminarios, hoy se enseña antropología y psicoanálisis, Marx, en reemplazo de santo Tomás de Aquino.

Se rechazan los principios de la filosofía tomista en provecho de sistemas inciertos que reconocen ellos mismos su ineptitud, para dar cuenta de la economía del universo, puesto que preconizan ante todo la filosofía del absurdo. Un revolucionario de estos últimos tiempos, un sacerdote «desordenado», muy escuchado por intelectuales, que colocaba el sexo en el centro de toda cosa, no temía declarar en reuniones públicas: «*Las hipótesis de los antiguos en el dominio científico eran puras burradas y en semejante burradas apoyaron sus sistemas santo Tomás y Orígenes*».

Poco después incurría en el absurdo al definir la vida como «un encadenamiento evolutivo de hechos biológicos inexplicables». ¿Cómo lo sabe si es inexplicable? ¿Cómo un sacerdote, agregaré por mi parte, puede descartar la única explicación que es Dios?

Los modernistas quedarían reducidos a nada si tuvieran que defender sus lucubraciones contra los principios del Doctor Angélico, las nociones de potencia y de acto, de esencia, de sustancia y de accidentes, de alma y de cuerpo, etcétera. Al eliminar estos conceptos, los modernistas hacían incomprensible la teología de la Iglesia y, según se lee en el *Motu Proprio Doctoris Angelici «se sigue de ello que los estudiantes de las disciplinas*

sagradas ya ni siquiera perciben la significación de las palabras mediante las cuales los dogmas que Dios reveló son expuestos por el magisterio». El ataque contra la filosofía escolástica es pues necesario cuando se quiere cambiar el dogma y atacar la tradición.

Pero ¿qué es la tradición? Me parece que a menudo la palabra se comprende mal; se la asimila «a las» tradiciones como las que existen en los oficios, en las familias y en la vida civil: ¿la «rama del árbol» que se pone en el techo la casa cuando se ha colocado la última teja?; La cinta que se corta al inaugurar un monumento, etc.

No hablo de estas cosas, la tradición a que me refiero no son las usanzas legadas por el pasado y conservadas por fidelidad a él, aun cuando falten razones claras para hacerlo, La tradición se define como el depósito de la fe transmitido por el magisterio siglo tras siglo. Ese depósito es el que nos dio la Revelación, es decir, la palabra de Dios confiada a los apóstoles y cuya transmisión está asegurada por sus Sucesores.

Ahora bien, hoy se quiere que todo el mundo se ponga «a buscar» como si el Credo no nos hubiera sido dado, como si Nuestro Señor no hubiera venido a aportar la verdad de una vez por todas. ¿Qué pretenden encontrar con toda esa búsqueda?

Los católicos a quienes se les quiere imponer «revisiones» después de haberlos privado de sus certezas deben recordar lo siguiente: el depósito de la Revelación quedó terminado el día de la muerte del último apóstol. Ahí se acabó todo, ya no se puede tocar nada hasta la consumación de los siglos. La Revelación es irreformable. El Concilio Vaticano I lo recordó explícitamente: *«La doctrina de fe que Dios reveló no fue propuesta a las inteligencias como una invención filosófica que las inteligencias debieran perfeccionar, sino que fue confiada como un depósito divino a la Esposa de Jesucristo (la Iglesia) para qué fuera fielmente guardada e infaliblemente interpretada».*

Pero, se dirá el lector, el dogma que hizo de María la madre de Dios sólo se remonta al año 431, el dogma de la transubstanciación al año 1215, la infalibilidad del Papa a 1870, etcétera. ¿No ha habido aquí una evolución? De ninguna manera.

Los dogmas definidos a lo largo de las edades ya estaban contenidos en la Revelación; la Iglesia simplemente los ha hecho explícitos. Cuando en 1950 el papa Pío XII definió el dogma de la Asunción, dijo precisamente que esta verdad del ascenso al cielo de la Virgen María con su cuerpo se encontraba en el depósito de la Revelación, que esa verdad ya existía en los textos que nos fueron revelados antes de la muerte del último apóstol. En este dominio no se puede aportar nada nuevo, no se puede agregar un solo dogma; sólo se pueden expresar los que existen de una manera más clara, más hermosa y más grande.

Y esto es tan cierto que es la regla que debemos seguir para juzgar los errores que nos proponen cotidianamente y rechazarlos sin ninguna concesión.

Bossuet lo dijo con fuerza: *«Cuando se trata de explicar los principios de la moral cristiana y de los dogmas esenciales de la Iglesia, todo lo que no aparece en la tradición de todos los siglos y especialmente en la antigüedad es no sólo sospechoso, sino malo y condenable; y éste es el principal fundamento sobre el que se apoyaron todos, los santos padres (de la iglesia) y los papas, más que los demás, para condenar doctrinas falsas, pues nunca hubo nada más odioso a la Iglesia romana que las novedades».*

El argumento que se hace valer a los fieles espantados es éste: «Ustedes se aferran al pasado, tienen el culto del pasado; vivan con su tiempo». Algunos, desconcertados, no saben qué replicar y sin embargo la contestación es sencilla: Aquí no hay ni pasado, ni presente ni futuro, la verdad es de todos los tiempos, es eterna.

Para demoler la tradición, le oponen las Sagradas Escrituras, como hacen los protestantes, y afirman que el Evangelio es el único libro que cuenta. ¡Pero la tradición es anterior al Evangelio! Aunque los sinópticos hayan sido escritos mucho menos tardíamente de lo que se trata de hacer creer, antes de que los cuatro evangelistas hubieran terminado su redacción, transcurrieron muchos años; ahora bien, la Iglesia ya existía, el día de Pentecostés ya había sobrevenido y había provocado numerosas conversiones, tres mil el mismo día al salir del cenáculo. ¿Qué creyeron en ese momento aquellos fieles? ¿Cómo se realizó la transmisión de la

Revelación sino por tradición oral? No se puede subordinar la tradición a los libros sagrados y menos aún recusarla apelando a ellos…

Pero no creamos que al adoptar esta actitud los modernistas tengan un respeto ilimitado por el texto inspirado. Hasta ponen en tela de juicio que ese texto sea íntegro: «¿Qué es lo que está inspirado en el Evangelio? Solamente las verdades que son necesarias a nuestra salvación».

En consecuencia, los milagros, los episodios de la niñez de Jesús, los hechos de Nuestro Señor son relegados al género biográfico más o menos legendario. En el concilio se debatió sobre esta frase: «*Solamente las verdades necesarias a la salvación*»; había obispos partidarios de reducir la autenticidad histórica de los Evangelios, lo cual muestra hasta qué punto el clero está carcomido por la gangrena del neomodernismo.

Los católicos no deben dejarse engañar: todo el Evangelio está inspirado; quienes lo escribieron tenían realmente su inteligencia bajo la influencia del Espíritu Santo, de manera que la totalidad del Evangelio es palabra de Dios, Verbum Dei.

No es lícito elegir partes y decir: «Aceptamos esta parte pero no aceptamos esa otra».

Elegir supone una actitud herética, según la etimología griega de la palabra.

Pero lo que nos trasmite el Evangelio es ciertamente la tradición y corresponde que el magisterio nos explique el contenido del Evangelio. Si no, tenemos, a nadie que nos interprete, podemos ser muchos quienes lo comprendamos de una manera enteramente opuesta a la palabra misma de Cristo. Entonces se desemboca en el libre examen de los protestantes y en la libre inspiración de todo ese carisma actual que nos lanza a la pura aventura.

Todos los concilios dogmáticos nos dieron la expresión exacta de la tradición, la expresión exacta de lo que enseñaron los apóstoles. Eso no puede reformarse. No se pueden modificar los decretos del concilio de Trento porque son infalibles, porque están escritos en virtud de un acto oficial de la Iglesia, a diferencia del Concilio Vaticano II cuyas proposiciones no son infalibles, porque los papas no quisieron empeñar su infalibilidad.

De manera que nadie puede decirnos: «Ustedes se aferran al pasado, ustedes se han quedado en el concilio de Trento». ¡Porqué el concilio de Trento no es el pasado! La tradición tiene un carácter intemporal, se adapta a todos los tiempos y a todos los lugares.

CAPÍTULO XVIII

La verdadera obediencia

La indisciplina reina en todas partes dentro de la Iglesia, comisiones de sacerdotes envían conminaciones a sus obispos, los obispos hacen caso omiso de las exhortaciones pontificias, ni siquiera las propias recomendaciones y decisiones conciliares son respetadas, y sin embargo nunca oímos pronunciar la palabra desobediencia, salvo para aplicarla a aquellos católicos que quieren permanecer fieles a la tradición y sencillamente conservar la fe.

La obediencia constituye una cuestión grave, pues supone permanecer unido al magisterio de la Iglesia y particularmente al Sumo Pontífice; ésta es una de las condiciones de la salvación. Tenemos profunda conciencia de ello y nadie es más adicto que nosotros al sucesor de Pedro que reina hoy, así como lo fuimos a sus predecesores; hablo aquí de mí mismo y de los numerosos fieles rechazados en las iglesias, de los sacerdotes obligados a celebrar la misa en cobertizos como se hacía durante la Revolución Francesa y a organizar catecismos paralelos en las ciudades y en las zonas rurales.

Somos adictos al Papa cuando éste se hace eco de las tradiciones apostólicas y de las enseñanzas de todos sus predecesores. La definición misma del sucesor de Pedro lo obliga a conservar este depósito. Así nos lo enseña Pío IX en su *Pastor aeternus*. «El Espíritu Santo no fue, en efecto, prometido a los sucesores de Pedro para permitirles publicar, según sus revelaciones, una doctrina nueva, sino que les fue prometido para conservar

estrictamente y exponer fielmente, con su asistencia, las revelaciones transmitidas por los apóstoles, es decir, el depósito de la fe».

La autoridad delegada por Nuestro Señor al Papa, a los obispos, a los sacerdotes en general, está al servicio de la fe. Valerse del derecho, de las instituciones, de la autoridad para aniquilar la fe católica y no comunicar vida, es practicar el aborto o la anticoncepción espirituales.

Por eso somos sumisos y estamos dispuestos a aceptar todo lo que está de acuerdo con nuestra fe católica tal como fue enseñada durante dos mil años, pero rechazamos todo lo que se le oponga.

Porque, en efecto, se ha planteado un grave problema a la conciencia y a la fe de todos los católicos durante el pontificado de Pablo VI. ¿Cómo un papa, verdadero sucesor de Pedro, seguro de la asistencia del Espíritu Santo, puede presidir la destrucción de la Iglesia, la destrucción más profunda y más extensa de su historia, en el lapso de tan poco tiempo, algo que ningún heresiarca nunca logró hacer? Algún día habrá que dar respuesta a esta pregunta.

En la primera mitad del siglo v, san Vicente de Lérins, que fue soldado antes de consagrarse a Dios y que declaró haber «*estado zarandeado mucho tiempo en el mar del mundo, antes de encontrar refugio en el puerto de la fe*» hablaba así del desarrollo del dogma: «*¿No habrá ningún progreso de la religión en la Iglesia de Cristo? Los habrá ciertamente muy importantes, de manera tal que se trate de un progreso de la fe y no de un cambio. Importa que crezcan abundantemente e intensamente, en todos y en cada uno, en los individuos como en las Iglesias, en el curso de las edades, la inteligencia, la ciencia, la sabiduría, siempre que esto ocurra dentro de la identidad del dogma, de un mismo pensamiento*».

San Vicente conocía el impacto de las herejías y dio una regla de conducta que continúa siendo buena después de mil quinientos años: «*¿Qué hará pues el cristiano católico si una parte de la Iglesia llega a separarse de la comunión, de la fe universal? ¿Qué otro partido puede tomar sino el de preferir al miembro gangrenado y corrompido el cuerpo que en su conjunto está sano? Y si algún nuevo contagio amenaza envenenar no ya una pequeña parte de la Iglesia sino a la Iglesia toda entera a la vez,*

entonces su gran empeño deberá ser el de aferrarse a la antigüedad que evidentemente ya no puede ser seducida por ninguna novedad mentirosa».

En las letanías de las rogativas, la Iglesia nos hace decir: «*Señor, te suplicamos que mantengas en tu santa religión al Sumo Pontífice y a todas las órdenes de la jerarquía eclesiástica*». Esto quiere decir que semejante desgracia puede sobrevenir.

En la Iglesia no hay ningún derecho, ninguna jurisdicción que pueda imponer a un cristiano la disminución de su fe, todo fiel puede y debe resistir a aquello que afecte su fe, apoyándose en el catecismo de su niñez. Si se encuentra en presencia de una orden que lo pone en peligro de corromperla, la desobediencia es un deber imperioso.

Tenemos el deber de desobedecer y de conservar la tradición porque estimamos que nuestra fe está en peligro a causa de las reformas y las orientaciones posconciliares. Agreguemos esto: el mayor de los servicios que podamos hacer a la Iglesia y al sucesor de Pedro es repudiar la Iglesia reformada y liberal. Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, ni es liberal ni puede ser reformado.

En dos ocasiones oí decir a dos enviados de la Santa Sede: «*La realeza social de Nuestro Señor ya no es posible en nuestro tiempo, hay que aceptar definitivamente el pluralismo de las religiones*». Eso fue exactamente lo que me dijeron.

Pues bien, yo no pertenezco a esa religión, no acepto esa nueva religión. Es una religión liberal, modernista, que tiene su culto, sus sacerdotes, su fe, sus catecismos, su Biblia ecuménica traducida en común por católicos, judíos, protestantes, anglicanos, en la que todo se mezcla para dar satisfacción a todo el mundo, es decir, sacrificando muy frecuentemente la interpretación del magisterio. Nosotros no aceptamos esa Biblia ecuménica. Está la Biblia de Dios que es su palabra y que nosotros no tenemos el derecho de mezclar con la palabra de los hombres.

Cuando yo era niño, la Iglesia tenía en todas partes la misma fe, los mismos sacramentos, el mismo sacrificio de la misa. Si entonces me hubieran dicho que todo eso cambiaría, no lo habría podido creer. En toda la extensión de la cristiandad se rezaba a Dios de la misma manera. La nueva religión liberal y modernista ha sembrado la división.

Hay cristianos divididos en el seno de una misma familia a causa de esta confusión que se ha instaurado, ya no van a la misma misa, ya no leen los mismos libros. Hay sacerdotes que ya no saben qué hacer: o bien obedecen ciegamente lo que sus superiores les imponen y así pierden de alguna manera la fe de su niñez y de su juventud y renuncian a las promesas que han hecho en el momento de ordenarse, al prestar el juramento antimodernista; o bien se resisten, pero con la impresión de que se separan del Papa que es nuestro padre y el vicario de Cristo. ¡Qué desgarramiento en cualquiera de los dos casos! Muchos sacerdotes han muerto prematuramente de dolor.

¡Cuántos otros se vieron obligados a abandonar las parroquias en las que durante muchos años ejercían su ministerio, al ser el blanco de una persecución abierta por parte de su jerarquía y a pesar del apoyo de los fieles a quienes se privaba de su pastor! Tengo ante mi vista las conmovidas palabras de despedida que uno de ellos dirigió a la población de las dos parroquias de las que era el cura: *«En su entrevista del día… monseñor el obispo me dirigió un ultimátum: aceptar o rechazar la nueva religión; no podía zafarme, de manera que para permanecer fiel al compromiso de mi sacerdocio, para permanecer fiel a la iglesia eterna, me vi obligado contra mi voluntad a retirarme… La simple honestidad y sobre todo mi honor sacerdotal me obligan a ser leal precisamente en esta cuestión de gravedad divina (la misa)… Es esta prueba de fidelidad y de amor la que debo dar a Dios y a los hombres, particularmente a vosotros, y por ella seré juzgado en el último día, como por lo demás serán juzgados todos aquéllos a quienes ha sido confiado este mismo depósito»*.

En la diócesis de Campos, en el Brasil, la casi totalidad del clero fue expulsada de las iglesias después del alejamiento de monseñor Castro-Mayer por no haber querido abandonar la misa de siempre tal como ellos la celebraban aún hasta una fecha reciente.

La división afecta las menores manifestaciones de piedad. En el Val-de-Marne, el obispado hizo expulsar por la policía a veinticinco católicos que recitaban el rosario en una iglesia que carecía de cura habilitado, desde hacía muchos años. En la diócesis de Metz, el obispo hizo intervenir al

alcalde comunista para que se suspendiera el préstamo de un local otorgado a un grupo de tradicionalistas.

En el Canadá, seis fieles fueron condenados por el tribunal (pues en ese país la ley permite ventilar esta clase de asuntos) por haberse obstinado en comulgar de rodillas. El obispo de Antigonish los había acusado de «*perturbar voluntariamente el orden y la dignidad de un servicio religioso*». ¡Los «perturbadores» fueron puestos en libertad vigilada durante seis meses por el juez! ¡Que un obispo prohíba a los cristianos doblar las rodillas ante Dios! El año pasado, la peregrinación de jóvenes a Chartres terminó con una misa en los jardines de la catedral pues en ella estaba prohibida la misa de san Pío V. Quince días después, las puertas de la catedral se abrían de par en par para un concierto espiritual durante el que una excarmelita interpretó danzas.

Aquí se enfrentan dos religiones; nos encontramos en una situación dramática, pues no es posible no hacer una elección, sólo que esa elección no supone elegir entre la obediencia y la desobediencia. Lo que se nos propone, aquello a que se nos invita expresamente y por lo que se nos persigue es que elijamos una apariencia de obediencia. En efecto, el Santo Padre no puede pedirnos que abandonemos nuestra fe.

Nosotros decidimos pues conservar nuestra fe y no podemos engañarnos cuando nos atenemos a lo que la Iglesia enseñó durante dos mil años. La crisis es profunda, está sabiamente organizada y dirigida hasta el punto de que en verdad se puede creer que su autor no es un hombre, sino el mismo Satanás.

Ahora bien, Satanás hizo algo magistral cuando logró hacer desobedecer a los católicos en nombre de la obediencia. Un ejemplo típico está dado por el *aggiornamento* de las sociedades religiosas; por obediencia se hace desobedecer a religiosos y religiosas a las leyes y constituciones de sus fundadores, leyes que juraron observar cuando hicieron su profesión de fe. En este caso la obediencia debería ser una negativa categórica. La autoridad, aun siendo legítima, no puede mandar que se realice un acto reprensible, malo. Nadie puede obligar a alguien a transformar sus votos monásticos en simples promesas, así como nadie puede obligarnos a convertirnos en protestantes o modernistas.

Santo Tomás de Aquino, a quien siempre hay que remitirse, hasta llega a preguntarse en la Suma Teológica si la «corrección fraternal» prescrita por Nuestro Señor puede ejercerse respecto de los superiores. Después de haber hecho todas las distinciones útiles, el santo responde: «*Se puede ejercer la corrección fraternal respecto de los superiores cuando se trata de la fe*».

Si fuéramos más firmes sobre este particular, evitaríamos asimilar poco a poco y sin advertirlo las herejías. A principios del siglo XVI, los ingleses vivieron una aventura parecida a la que vivimos hoy, con la diferencia de que aquélla comenzó, con un cisma. Por lo demás, las similitudes son sorprendentes y propicias para hacernos reflexionar. La nueva religión que habrá de llamarse anglicanismo, comienza atacando la misa, la confesión personal, el celibato eclesiástico. Enrique VIII, por más que haya asumido la enorme responsabilidad de separar a su pueblo de Roma, rechazó las sugestiones que se le hicieron, pero, al año siguiente de su muerte una ordenanza autorizó el empleo del inglés para celebrar la misa.

Quedaron eliminadas las procesiones y se impuso el nuevo orden, el *Order of Communion*, en el cual ya no existe el ofertorio. Para tranquilizar a los cristianos, otra ordenanza prohibió toda clase de cambios en tanto que una tercera permitía a los curas suprimir las imágenes de los santos y de la Santa Virgen de las iglesias. Obras de arte venerables fueron vendidas a mercaderes así como hoy se las vende a anticuarios y a negocios de antigüedades.

Sólo algunos obispos hicieron notar que el *Order of Communion* atacaba el dogma de la presencia real al sostener que Nuestro Señor nos da su cuerpo y su sangre espiritualmente. El Confíteor traducido a la lengua vernácula era recitado al mismo tiempo por el celebrante y por los fieles y servía de absolución. La misa que daba transformada en una comida, «turning into a Communion». Pero hasta los obispos más lúcidos terminaron por aceptar el nuevo Libro para mantener la paz y la unión. Exactamente por las mismas razones la Iglesia posconciliar querría imponernos el nuevo orden. En el siglo XVI los obispos ingleses afirmaron *¡que la misa era una «rememoración»!* Una nutrida propaganda hizo entrar los puntos de vista luteranos en el espíritu de los fieles; los predicadores debían tener la aprobación del gobierno.

En esa misma época, ya se llama al Papa sólo «*el obispo de Roma*», ya no es el padre, sino que es el hermano de los otros obispos y, en este caso, el hermano del rey de Inglaterra, que se proclamó jefe de la Iglesia nacional. El *Prayer Book* de Cranmer fue compuesto mezclando partes de la liturgia griega y de la liturgia de Lutero. ¿Cómo no pensar en monseñor Bugnini cuando redactaba la misa llamada de Pablo VI con la colaboración de seis «observadores» protestantes agregados al consejo para la reforma de la liturgia?

El Prayer Book comienza con estas palabras: «La cena y santa comunión, comúnmente llamada misa.» y prefigura el famoso artículo siete de la *Institutio Generalis* del Nuevo Misal, recogido por el congreso eucarístico de Lourdes en 1981: «*La cena del Señor, llamada de otra manera la misa…*». La destrucción de lo sagrado a que me referí antes estaba incluida también en la reforma anglicana: las palabras del Canon debían decirse obligatoriamente en voz alta, exactamente como ocurre en las «eucaristías» actuales.

El *Prayer Book* fue también aprobado por los obispos «*para conservar la unidad interior del reino*». Los sacerdotes que continuaron diciendo «la antigua misa» incurrían en penas que iban desde la pérdida de sus rentas a la revocación lisa y llana en caso de reincidir y a la prisión perpetua. Hay que reconocer que en nuestros días ya no se encarcela a los sacerdotes «tradicionalistas».

La Inglaterra de los Tudor se precipitó en la herejía casi sin advertirlo al aceptar el cambio con el pretexto de adaptarse a las circunstancias históricas de la época, con sus pastores a la cabeza. Hoy toda la cristiandad corre el peligro de echar a andar por el mismo camino y ¿ha pensado el lector que si nosotros, que tenemos cierta edad, corremos un peligro menor, los niños, los jóvenes seminaristas formados con los nuevos catecismos, con la psicología experimental, la sociología, sin sombra alguna de teología dogmática y moral, de derecho canónico, de historia de la Iglesia, son educados en una fe que no es la verdadera y así encuentran normales las nociones neoprotestantes que se les inculcan? ¿Qué será de la religión de mañana si no oponemos resistencia?

El lector tendrá la tentación de decir: «Pero ¿qué podemos hacer nosotros? Es un obispo quien afirma esto y aquello. Este documento es de la comisión de catequesis o de otra comisión oficial».

Entonces no le queda al cristiano otro remedio que perder la fe. Pero nadie tiene el derecho de reaccionar de esta manera. San Pablo nos lo advirtió: «*Aun cuando un ángel venido del cielo os dijera otra cosa diferente de la que yo os he enseñado, no lo escuchéis*».

Ése es el secreto de la verdadera obediencia.

CAPÍTULO XIX

Las sanciones de Roma contra Écône

Tal vez los lectores perplejos sean de aquellos que ven con tristeza y angustia el sesgo que toman las cosas, pero que sin embargo temen asistir a una misa verdadera a pesar de las ganas que tienen de hacerlo, porque les han hecho creer que esa misa estaba prohibida.

Tal vez los perplejos lectores sean de aquellos que ya no frecuentan a los sacerdotes que no llevan sotana, pero que consideran con cierta desconfianza a los sacerdotes que la llevan, como si estuvieran sometidos a alguna censura, pues ¿acaso quién los ordenó no es un obispo suspendido *a divinis*? El lector tiene miedo de colocarse fuera de la Iglesia; en principio ese temor es laudable, pero no tiene fundamento.

Voy a decir en qué consisten las sanciones que se pusieron de relieve y que constituyen el ruidoso regocijo de los francmasones y de los marxistas.

Aquí es necesario hacer un poco de historia para que se comprenda bien este punto.

Cuando fui enviado a Gabón como misionero, mi obispo me nombró inmediatamente profesor en el seminario de Libreville, donde formé durante seis años a seminaristas, algunos de los cuales posteriormente recibieron la gracia del episcopado. Convertido a mi vez en obispo en Dakar me pareció que mi principal preocupación debía ser la de buscar vocaciones, formar a los jóvenes que respondieran al llamado de Dios y conducirlos al sacerdocio.

Tuve la alegría de hacer sacerdote al que debía ser mi sucesor en Dakar, monseñor Thiandoum, y a monseñor Dionne, actual arzobispo de Thiés, en

la república de Senegal.

Vuelto a Europa para ocupar el cargo de superior general de los padres del Espíritu Santo, procuré mantener los valores esenciales de la formación sacerdotal. He de confesar que ya en aquel momento, a comienzos de la década de 1960, la presión era tal, las dificultades tan considerables que no pude alcanzar el resultado que deseaba; no podía mantener el seminario francés de Roma, colocado bajo la autoridad de nuestra congregación, en la buena línea que tenía cuando nosotros mismos asistíamos a ese seminario entre 1920 y 1930.

Dimití en 1968 para no prestar mi aval a la reforma emprendida por el capítulo generaren un sentido contrario al de la tradición católica. Ya antes de esa fecha recibía numerosas consultas de familias y de sacerdotes, que me preguntaban sobre los lugares de formación apropiados para los jóvenes que deseaban hacerse sacerdotes. Confieso que me sentía muy vacilante. Libre de mis responsabilidades y cuando me disponía a retirarme, pensé en la universidad de Friburgo de Suiza, que todavía estaba orientada y dirigida por la doctrina tomista.

El obispo, monseñor Charriére, me acogió con los brazos abiertos, yo alquilé una casa y recibimos allí a nueve seminaristas que seguían los cursos de la universidad y el resto del tiempo llevaban una verdadera vida de seminario. Muy pronto los jóvenes manifestaron el deseo de continuar trabajando juntos en el futuro y después de reflexionarlo, fui a preguntar a monseñor Charriére si estaba de acuerdo en firmar un decreto de fundación de una Fraternidad. El obispo aprobó sus estatutos y así nació el 10 de noviembre de 1970 la Fraternidad Sacerdotal de san Pío X. Canónicamente nos encontrábamos en la diócesis de Friburgo.

Estos detalles son importantes, como habrá de comprobarlo el lector. Un obispo tiene el derecho, canónicamente, de fundar en su diócesis asociaciones que Roma reconoce de hecho. Si un obispo sucesor del primero desea suprimir una asociación erigida por éste o una fraternidad, no puede hacerlo sin recurrir a Roma. La autoridad romana protege lo hecho por el primer obispo a fin de que las asociaciones no estén sujetas a una precariedad que sería perjudicial para su desarrollo. Así lo quiere el derecho de la Iglesia[14].

La Fraternidad Sacerdotal de san Pío X está pues reconocida por Roma de una manera enteramente legal, por más que se trate de una cuestión de derecho diocesano y no de derecho pontificio, lo cual no es indispensable. Existen centenares de congregaciones religiosas de derecho diocesano que poseen casas en el mundo entero.

Cuando la Iglesia acepta una fundación, una asociación diocesana admite que ésta forme a sus miembros; si se trata de una congregación religiosa, la Iglesia admite que haya un noviciado, una casa de formación. En nuestro caso, se trata de nuestro seminario.

El 18 de febrero de 1971, el cardenal Wright, prefecto de la Congregación del clero, me enviaba una carta de aliento en la que manifestaba su seguridad de que la Fraternidad «podría muy bien estar de conformidad con el fin perseguido por el concilio en este santo departamento en vista de la distribución del clero en el mundo». Y sin embargo en noviembre 1972, se hablaba en la asamblea plenaria del episcopado francés, en Lourdes, de un «seminario salvaje» sin que protestara ninguno de los obispos presentes, que necesariamente estaban al corriente de la situación jurídica del seminario de Écône.

¿Por qué se nos consideraba salvajes? Porque no dábamos la llave de la casa a los seminaristas para que pudieran salir todas las noches a su gusto, porque no les hacíamos ver televisión de ocho a once, porque no llevaban el cuello volcado y porque asistían a misa todas las mañanas, en lugar de permanecer en la cama hasta la primera clase.

Y sin embargo el cardenal Garrone[15] con quien me entrevisté en aquella época, me decía: «Usted no depende directamente de mí y sólo tengo que decirle una cosa: siga la *Ratio fundamentalis* que yo di para la fundación de los seminarios y que todos los seminarios deben seguir».

La *Ratio fundamentalis* prevé que todavía se enseñe latín en el seminario y que los estudios se realicen según la doctrina de santo Tomás. Yo me permití responderle al cardenal: «*Eminencia, pues creo que nosotros somos los únicos que la seguimos*». Y esto es más cierto aun hoy y la Ratio fundamentalis continúa siempre en vigor. Entonces, ¿qué se nos reprocha? Cuando fue necesario abrir un verdadero seminario y cuando alquilé la casa de Écône, antigua residencia de reposo de los señores del Grand-Saint-

Bernard, fui a ver a monseñor Adam, obispo de Sion, que me dio su acuerdo. Esta creación no era el resultado de un remoto proyecto que yo hubiera imaginado; fue una creación que se me impuso providencialmente. Me había dicho: «*Si la obra se difunde por el mundo, será señal de que Dios está en ella*».

Año tras año el número de los seminaristas crecía; en 1970 habían ingresado once, en 1974, cuarenta. La inquietud se difundía entre los innovadores: era evidente que si nosotros formábamos seminaristas lo hacíamos para ordenarlos y que esos futuros sacerdotes serían fieles a la misa de la Iglesia, a la misa de la tradición, a la misa de siempre. No hay que buscar en otra parte la razón de los ataques de que éramos blanco, ésa es la verdadera razón.

Écône se revelaba como un peligro para la iglesia neomodernista, había que pararla antes de que fuera demasiado tarde.

Y ocurrió que el 11 de noviembre de 1974 llegaban al seminario con las primeras nieves dos visitantes apostólicos enviados por una comisión nombrada por el papa Paulo VI y compuesta de tres cardenales, Garrone, Wright y Tabera, este último prefecto de la Congregación de los religiosos. Los visitantes interrogaron a diez profesores y a veinte de los ciento cuatro alumnos presentes; también me interrogaron ciertamente a mí; se marcharon dos días después, no sin haber dejado una desagradable impresión en la casa: habían dicho a los seminaristas cosas escandalosas; por ejemplo, les parecía normal la ordenación de personas casadas y declararon que no admitían una verdad inmutable; además manifestaron dudas sobre la manera tradicional de concebir la Resurrección de Nuestro Señor. Nada dijeron del seminario mismo y ni siquiera labraron un acta. Después de aquella visita e indignado por lo que habían dicho publiqué una declaración que comenzaba con estas palabras:

«Nos adherimos de todo corazón, con toda nuestra alma a la Roma católica, guardiana de la fe católica y de las tradiciones necesarias al mantenimiento de esa fe, a la Roma eterna, maestra de sabiduría y de verdad.

Pero en cambio nos negamos, como siempre hubimos de negarnos, a seguir a la Roma de tendencia neomodernista y neoprotestante que se

manifestó claramente en el Concilio Vaticano II y después del concilio en todas las reformas que de él surgieron».

Los términos eran sin duda un poco vivos, pero traducen y continúan traduciendo mi pensamiento. A causa de ese texto la comisión cardenalicia decidió destruirnos, pues nada podía alegar en contra de la marcha del seminario; unos meses después los cardenales me dijeron que los visitantes apostólicos habían recibido una buena impresión de su indagación.

La comisión cardenalicia me invitó para el 13 de febrero siguiente a una «conversación» en Roma para aclarar algunos puntos y yo acudí sin presentir siquiera que se trataba de una trampa. La entrevista se convirtió desde el comienzo en un severo interrogatorio de tipo judicial. El 3 de marzo hubo otra entrevista y dos meses después la comisión me informaba «con entera aprobación de su Santidad», sobre las decisiones que había tomado: monseñor Mamie, nuevo obispo de Friburgo, tenía el derecho de retirar la aprobación dada a la Fraternidad por su predecesor. De hecho, la Fraternidad, así como sus fundaciones y especialmente el seminario de Écône, perdían «*el derecho a la existencia*».

Sin esperar la notificación de esas decisiones, monseñor Mamie me escribía. «*Le informo pues que retiro las actas y las concesiones efectuadas por mi predecesor en lo que se refiere a la Fraternidad Sacerdotal san Pío X, especialmente el decreto de fundación del 10 de noviembre de 1970. Esta decisión es inmediatamente efectiva*».

Si el lector siguió bien lo que he expuesto, verá que esa supresión fue hecha por el obispo de Friburgo y no por la Santa Sede. Teniendo en cuenta el Canon 493, se trata pues de una medida jurídicamente nula por defecto de competencia.

Y todavía se agrega un defecto de causa suficiente. La decisión sólo puede basarse en mi declaración del 21 de noviembre de 1974 que la comisión juzgó «*inaceptable en todos sus puntos*», puesto que según lo manifestado por dicha comisión los resultados de la visita apostólica eran favorables. Ahora bien, mi declaración en ningún momento fue condenada por la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe (el ex Santo Oficio), la única habilitada para juzgar si mi declaración estaba en oposición a la fe católica. Fue considerada «inaceptable en todos sus puntos» sólo por tres

cardenales en el desarrollo de lo que oficialmente continúa siendo una conversación.

Por lo demás, nunca se demostró la existencia jurídica de dicha comisión cardenalicia.

¿En virtud de qué acto pontificio fue constituida? ¿En qué fecha? ¿Qué forma asumió? ¿A quién se notificó su existencia? El hecho de que las autoridades romanas no hayan cumplido con estos requisitos permite dudar de la existencia de dicha comisión. «En la duda de derecho, la ley no obliga», dice el Código de derecho canónico. Y menos aún obliga cuando se trata de la competencia y hasta de la existencia de la autoridad que resulta dudosa. Los términos «con la entera aprobación de Su Santidad» son jurídicamente insuficientes, no pueden reemplazar el decreto que debería haber constituido a la comisión cardenalicia y definido sus poderes.

Tantas irregularidades de procedimiento hacen nula la supresión de la Fraternidad. Tampoco hay que olvidar que la Iglesia no es una sociedad totalitaria de tipo nazi o marxista y que el derecho aun cuando se lo respete —que no es el caso en este asunto— no constituye algo absoluto. El derecho es relativo a la verdad, a la fe, a la vida. El derecho canónico se hizo para hacernos vivir espiritualmente y conducirnos así a la vida eterna. Si se emplea esta ley para impedirnos llegar a la vida eterna, para hacer abortar de alguna manera nuestra vida espiritual, estamos obligados a desobedecer, exactamente como están obligados los ciudadanos de una nación a desobedecer a la ley de aborto.

Para permanecer en el plano jurídico, presenté dos recursos sucesivos ante la Signatura Apostólica, que es más o menos el equivalente de la Cámara de Apelaciones en el derecho civil. El cardenal secretario de Estado, monseñor Villot, prohibió a este tribunal supremo de la Iglesia que recibiera mis presentaciones, lo cual supone una intervención de la esfera ejecutiva en la esfera judicial.

CAPÍTULO XX

La Misa «de San Pío V», la única Misa

Un hecho, sin duda, no habrá dejado de sorprender al lector en todo este asunto: en ningún momento se trató de la misa que sin embargo está en el corazón del conflicto. Ese silencio forzado constituye la confesión de que el rito llamado de san Pío V continúa siendo autorizado. Sobre esta cuestión los católicos pueden estar perfectamente tranquilos. Esa misa no está prohibida ni puede estarlo.

San Pío V que, repitámoslo, no la inventó, sino que «restableció el misal de conformidad con la regla antigua y con los ritos de los santos padres», nos da todas las garantías en la bula *Quo Primum* firmada por él el 14 de julio de 1570: *«Hemos decidido y declaramos que los superiores, administradores, canónigos, capellanes y otros sacerdotes, cualquiera que sea el nombre con que se los designe, o los religiosos de cualquier orden, no están autorizados a celebrar la misa de manera diferente de como nosotros la hemos fijado y que nunca en ningún tiempo se los podrá forzar y obligar a dejar este misal o abrogar la presente instrucción o modificarla, pues ella permanecerá siempre en vigor y será válida con toda su fuerza*.

Si empero alguien se permitiera semejante alteración, sepa que incurrirá en la indignación de Dios Todopoderoso y de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo».

Suponiendo que el Papa pueda revocar esta medida perpetua, tendría que hacerlo mediante un acta igualmente solemne. La Constitución Apostólica *Missale Romanum* del 3 de abril de 1969 autoriza la misa

llamada de Pablo VI, pero no contiene ninguna prohibición expresamente formulada de la misa tridentina[16].

Y esto es así hasta el punto de que el cardenal Ottaviani podía decir en 1971: «*El rito tridentino de la misa no está abolido, que yo sepa*». Monseñor Adam que pretendía, en la asamblea plenaria de los obispos suizos, que la constitución Missale Romanum había prohibido celebrarla, salvo indulto, según el rito de san Pío V, tuvo que retractarse cuando se le pidió que dijera en qué términos habría sido pronunciada esta prohibición.

Síguese de ello que si un sacerdote fuera censurado y hasta excomulgado por este motivo, la condenación sería absolutamente inválida. San Pío V canonizó esta Santa Misa, y un papa no puede anular una canonización, así como no puede retirar la de un santo. Podemos decir esa misa con toda tranquilidad y los fieles asistir a ella sin la menor preocupación, sabiendo además que ésa es la mejor manera de conservar su fe.

Esto es tan cierto que Su Santidad Juan Pablo II, después de varios años de silencio sobre la cuestión de la misa, terminó por aflojar esa picota impuesta a los católicos. La carta de la Congregación para el Culto divino fechada el 3 de octubre de 1984 «autoriza» de nuevo el rito de san Pío V para los fieles que lo soliciten. Verdad es que la carta impone condiciones que nosotros no podemos aceptar y, por otra parte, no teníamos necesidad de semejante permiso para gozar de un derecho que nos ha sido otorgado hasta el fin de los tiempos.

Pero ese primer gesto papal —roguemos para que haya otros— disipa la sospecha indebidamente lanzada sobre la misa y libera la conciencia de los católicos perplejos que todavía vacilaban en asistir a ella.

Consideremos ahora la suspensión *a divinis* de que fui objeto el 22 de julio de 1976. Siguió a las ordenaciones del 29 de junio realizadas en Écône; desde tres meses atrás nos llegaban desde Roma exhortaciones, súplicas, órdenes, amenazas, para conminarnos a cesar nuestra actividad y a no continuar esas ordenaciones sacerdotales. Los días anteriores a la suspensión dejamos de recibir mensajes y enviados. ¿Qué nos decían aquellos enviados?

En seis ocasiones me pidieron que restableciera relaciones normales con la Santa Sede, que aceptara, el nuevo rito y que yo mismo lo celebrara. Llegaron hasta el punto de enviarme a un monseñor que se ofreció a concelebrar conmigo, me pusieron en la mano un misal nuevo y me prometieron que si decía la misa de Pablo VI el 29 de junio en presencia de toda la asamblea, que había acudido a orar por los nuevos sacerdotes, todo quedaría zanjado entre Roma y yo.

Esto significa que no me prohibían que llevara a cabo esas ordenaciones, pero querían que lo hiciera según la nueva liturgia. A partir de ese momento era claro que todo el drama entre Roma y Écône giraba alrededor del problema de la misa.

En el sermón de la misa de ordenación dije: «*Tal vez mañana aparezca en los diarios nuestra condenación; eso es muy posible a causa de esta ordenación de hoy; probablemente a mí me toque una suspensión y estos jóvenes sacerdotes serán afectados por una irregularidad que en principio les impediría decir la santa misa. Eso es posible. Pues bien, yo apelo a san Pío V.*».

Algunos católicos habrán podido sentirse turbados por mi repudio de esa suspensión *a divinis*. Pero lo que hay que comprender bien es que todo esto está encadenado: ¿por qué se oponían a que yo llevara a cabo esas ordenaciones? Porque la Fraternidad había sido suprimida y, por lo tanto, el seminario debería haber estado clausurado.

Pero precisamente yo no había aceptado ni esa supresión ni ese cierre del seminario porque ambas cosas habían sido decididas ilegalmente, porque las medidas tomadas presentaban diversos vicios canónicos tanto de forma como de fondo (especialmente lo que los autores de derecho administrativo llaman «desvío de poderes», es decir la utilización de competencias contra el fin para el cual ellas deben ejercerse). Habría sido menester que yo aceptara todo desde el comienzo, pero yo no lo acepté porque habíamos sido condenados sin juicio, sin ocasión de defendernos, sin amonestación, sin escritos y sin recursos. Una vez que uno rechaza la primera sentencia, no hay razón para no rechazar las otras, pues esas otras se apoyan siempre en aquélla. La nulidad de una sentencia acarrea la nulidad de las siguientes.

A veces se plantea otra cuestión a los fieles y a los sacerdotes: ¿se puede tener razón contra todo el mundo? En una conferencia de prensa el enviado de Le Monde me decía: «*Pero, en definitiva, usted está solo. Está solo contra el Papa, contra todos los obispos. ¿Qué significa su combate?*».

Pues bien, el caso es que no estoy solo, tengo toda la tradición conmigo, la Iglesia existe en el tiempo y en el espacio. Y, además, sé que muchos obispos piensan como nosotros en su fuero interno. Hoy, después de la carta abierta al Papa que firmamos monseñor Castro Mayer y yo, somos dos los que nos hemos declarado abiertamente contra la «protestantización» de la Iglesia. Y tenemos con nosotros a muchos sacerdotes. Por otro lado, están nuestros seminarios que suministran ahora alrededor de cuarenta nuevos sacerdotes por año, nuestros doscientos cincuenta seminaristas, nuestros treinta hermanos, nuestras sesenta religiosas, nuestros treinta oblatos; tenemos monasterios que se fundan y se desarrollan y una multitud de fieles acude a nosotros.

La verdad, por lo demás, no se hace con el número, el número no hace la verdad. Aun cuando yo estuviera solo, aun cuando todos mis seminaristas me abandonaran y también me abandonara la opinión pública, eso me sería indiferente en lo que a mí respecta. Pues yo me atengo a mi Credo, a mi catecismo, a la tradición que santificó a todos los elegidos que están ahora en el cielo; yo quiero salvar mi alma.

Ya se sabe demasiado bien lo que es la opinión pública; la opinión pública fue la que condenó a Nuestro Señor a los pocos días de haberlo aclamado.

El domingo de Ramos y luego el Viernes Santo. Su Santidad Pablo VI me preguntó: «Pero, en fin, en el interior de usted mismo, ¿no siente algo que le reprocha lo que está haciendo? Usted causa en la Iglesia un escándalo enorme, enorme. ¿No se lo dice su conciencia?». Le respondí: «*No, Santo Padre, de ninguna manera*». Si hubiera tenido algo que reprocharme, habría dejado inmediatamente de hacerlo.

El papa Juan Pablo II no confirmó ni anuló la sanción pronunciada contra mí. En la audiencia que me concedió en 1979, después de una prolongada conversación, parecía bastante dispuesto a dejar la libertad de elección en materia de liturgia, a dejarme obrar como me parece, en suma,

lo que reclamo desde el principio: «*la experiencia de la tradición*». Tal vez había llegado el momento en que las cosas iban a arreglarse; tal vez ya no habría ese ostracismo contra la misa de la tradición, ya no habría más problemas. Pero el cardenal Seper, que estaba presente, vio el peligro y exclamó: «*¡Pero, Santo Padre, ellos hacen de esta misa una bandera!*» La pesada cortina que se había levantado un instante volvió a caer. Habrá que esperar aún.

CAPÍTULO XXI

Ni hereje, ni cismático

Mi declaración del 21 de noviembre de 1974, que desencadenó el proceso de que acabo de hablar, terminaba con estas palabras: «*Al hacer esto estamos convencidos de que permanecemos fieles a la Iglesia católica y romana, a todos los sucesores de Pedro, y de que somos los fieles dispensadores de los misterios de Nuestro Señor Jesucristo*».

L'Osservatore Romano, al publicar el texto, omitió este párrafo. Desde hace más de diez años, nuestros adversarios están interesados en separarnos de la Iglesia y dan a entender que no aceptamos la autoridad del Papa. Sería más práctico hacer de nosotros una secta y declararnos cismáticos. ¡Cuántas veces se pronunció la palabra cisma en relación con nosotros!

Nunca dejé de repetirlo: Si alguien se separa del Papa, no seré yo. La cuestión se resume en esto: el poder del Papa en la Iglesia es un poder supremo, pero no un poder absoluto y sin límites, pues está subordinado al poder divino que se expresa en la tradición, las Sagradas Escrituras y las definiciones ya promulgadas por el magisterio eclesiástico. En realidad, ese poder tiene sus límites en el fin para el cual le ha sido dado en la tierra al vicario de Cristo, fin que Pío IX definió claramente en la constitución *Pastor aeternus* del concilio Vaticano I. De manera que al decirlo no expreso ninguna teoría personal.

La obediencia ciega no es católica; uno no está exento de responsabilidad si obedece a los hombres antes que a Dios, al aceptar órdenes de una autoridad superior, por más que sea la autoridad del papa, si esas órdenes se revelan contrarias a la voluntad de Dios tal como la

tradición nos la hace conocer con toda certeza. No se puede considerar semejante posibilidad, por cierto, cuando el papa empeña su infalibilidad, pero el papa lo hace sólo en número muy reducido de casos. Es un error creer que toda palabra salida de la boca del papa es infalible.

Habiendo dejado en claro esto, diré que no soy de aquellos que insinúan o afirman que Pablo VI era herético y que, por el hecho mismo de su herejía, ya no era papa. En consecuencia, la mayor parte de los cardenales nombrados por él no serían cardenales ni habrían podido elegir válidamente a otro papa. Juan Pablo I y Juan Pablo II no habrían sido por consiguiente elegidos legítimamente. Ésta es la posición de aquéllos a quienes se llama los «sedevacantistas».

Hay que reconocer que el papa Pablo VI planteó un serio problema a la conciencia de los católicos. Ese papa causó a la Iglesia más daños que la revolución de 1789. Hechos precisos, como las firmas puestas al artículo 7 de la *Institutio Generalis* y al documento de la libertad religiosa, son escandalosos. Pero no es tan sencilla la cuestión de saber si un papa puede ser herético. Una serie de teólogos piensa que puede ser herético como doctor privado, pero no como doctor de la Iglesia universal. Habría que examinar pues en qué medida Pablo VI quiso empeñar su infalibilidad en casos como los que acabo de citar.

Ahora bien, pudimos ver que ese papa obró más como liberal que como partidario de la herejía. En efecto, desde el momento en que se le hacía notar el peligro que corría, hacía el texto contradictorio agregándole una fórmula opuesta a lo que se afirmaba en la redacción: es conocido el ejemplo famoso de la nota previa explicativa insertada en la constitución *Lumen Gentium* sobre la colegiación; o bien el Papa redactaba una fórmula equívoca como es propio del liberal que por naturaleza es incoherente.

El liberalismo de Pablo VI, reconocido por su amigo el cardenal Daniélou, basta para explicar los desastres de su pontificado. El católico liberal es una persona de doble rostro que vive en una continua contradicción. Quiere continuar siendo católico pero está poseído por la sed de gustar al mundo. ¿Puede un papa ser liberal y continuar siendo papa?

La Iglesia siempre amonestó severamente a los católicos liberales, aunque no siempre los excomulgó. Los «*sedevacantistas*» exponen otro

argumento: el alejamiento de los cardenales de más de ochenta años de edad y los conventículos que prepararon los dos últimos cónclaves, ¿no hacen inválida la elección de esos papas? Inválida es afirmar demasiado, pero en todo caso sería dudosa. Sin embargo, la aceptación de hecho posterior a la elección y unánime por parte de los cardenales y del clero romano basta para dar validez a la elección. Ésa es la opinión de los teólogos.

El razonamiento de quienes afirman la inexistencia del papa coloca a la Iglesia en una situación muy complicada. La cuestión de la visibilidad de la Iglesia es demasiado necesaria a su existencia para que Dios pueda omitirla durante decenios. ¿Quién nos dirá dónde está el futuro papa? ¿Cómo se podrá designarlo si ya no hay cardenales? Aquí vemos un espíritu cismático. Nuestra Fraternidad se niega de manera absoluta a entrar en semejantes razonamientos. Nosotros queremos permanecer unidos a Roma, al sucesor de Pedro, y repudiamos el liberalismo de Pablo VI por fidelidad a sus predecesores.

Es evidente que en casos como el de la libertad religiosa, la hospitalidad eucarística autorizada por el nuevo derecho canónico o la colegiación concebida como la afirmación de dos poderes supremos en la Iglesia, todo clérigo y católico fiel tiene el deber de resistirse y de negar su obediencia.

Esa resistencia debe ser pública si el mal es público y representa un motivo de escándalo para las almas. Por eso, remitiéndonos a santo Tomás de Aquino, el 21 de noviembre de 1983, monseñor de Castro Mayer y yo enviamos una carta abierta al papa Juan Pablo II para rogarle que denunciara las causas principales de la situación dramática en que se debate la Iglesia. Todos los trámites que realizamos en privado durante quince años resultaron vanos y callarnos nos parecía que nos convertía en cómplices de los autores de la desazón que padecen las almas en el mundo entero.

En aquella carta decíamos: «*Santo Padre, es urgente que desaparezca este malestar, pues el rebaño se dispersa y las ovejas abandonadas siguen a mercenarios. Os conjuramos, por el bien de la fe católica y de la salvación de las almas, a reafirmar las verdades contrarias a estos errores*». Nuestro grito de alarma resultaba más vehemente aún a causa de las vaguedades del nuevo derecho canónico, por no decir de sus herejías, y por las ceremonias

y discursos registrados en ocasión del quinto centenario del nacimiento de Lutero.

No obtuvimos respuesta alguna, pero nosotros hicimos lo que debíamos hacer. No podemos desesperar como si se tratara de una empresa humana. Las convulsiones actuales pasarán, como pasaron todas las herejías. Algún día habrá que retornar a la tradición; algún día tendrán que aparecer de nuevo en la autoridad del pontífice romano los poderes significados por la tiara; será necesario que un tribunal de la fe y de las costumbres celebre de nuevo sesión permanente y que los obispos recuperen sus poderes y sus iniciativas personales.

Habrá que liberar al verdadero trabajo apostólico de todos los impedimentos que lo paralizan hoy y que hacen desaparecer lo esencial del mensaje; habrá que volver a dar a los seminarios su verdadera función, volver a crear sociedades religiosas, restaurar las escuelas y universidades católicas desembarazándolas de los programas laicos del Estado, sostener organizaciones patronales y obreras decididas a colaborar fraternalmente en el respeto de los deberes y de los derechos de todos a fin de impedir el azote social de la huelga que no es otra cosa que una guerra civil fría; será necesario por fin promover una legislación civil de acuerdo con las leyes de la Iglesia y ayudar a designar a representantes católicos movidos por la voluntad de orientar la sociedad hacia un reconocimiento oficial de la realeza social de Nuestro Señor.

Porque en definitiva, ¿qué decimos todos los días cuando rezamos? «Que venga a nosotros tu reino, que se haga tu voluntad así en la tierra como en el cielo». ¿Y en el *Gloria* de la misa? «Tú eres el único Señor, Jesucristo». ¿Cantaremos esas cosas y apenas salidos de la iglesia diremos: «Ah, no, esas nociones están superadas; en el mundo actual es imposible hablar del reino de Jesucristo»? ¿Vivimos pues ilógicamente? ¿Somos cristianos o no lo somos?

Las naciones se debaten en dificultades inextricables, en muchos lugares la guerra se eterniza, los hombres tiemblan al pensar en la posible catástrofe nuclear, se piensa en medidas capaces de hacer revertir la situación económica, capaces de hacer que el dinero rinda beneficios, que desaparezca el desempleo, que las industrias sean prósperas.

Pues bien, aun desde el punto de vista económico es necesario que reine Nuestro Señor, porque ese reinado es el de los principios de amor, de los mandamientos de Dios que crean un equilibrio en la sociedad y aportan la justicia y la paz. ¿Piensa el lector que es una actitud cristiana cifrar las esperanzas en éste o en aquel hombre político, en una determinada combinación de partidos imaginando que un día tal vez un programa mejor que otro resolverá los problemas de manera segura y definitiva, en tanto que deliberadamente se descarta «*al único Señor*», como si éste nada tuviera que ver con las cuestiones humanas, como si ellas no le incumbieran?

¿Qué fe es la de aquellos que dividen su vida en dos partes, como compartimientos estancos, entre su religión y sus otras preocupaciones políticas, profesionales, etcétera? Dios, que creó el cielo y la tierra, ¿no será capaz de poner solución a nuestras miserables dificultades materiales y sociales? Si el lector ya le dirigió sus oraciones cuando se encontraba en malos momentos de su vida, sabe por experiencia que Dios no da piedras a los hijos que le piden pan.

El orden social cristiano se sitúa en el extremo opuesto de las teorías marxistas que nunca aportaron, en las partes del mundo en que fueron aplicadas, más que miseria, opresión de los más débiles, desprecio del hombre y muerte. El orden cristiano respeta la propiedad privada, protege la familia contra todo lo que la corrompe, fomenta el desarrollo de la familia numerosa y la presencia de la mujer en el hogar, deja una legítima autonomía a la iniciativa privada, alienta a la pequeña y a la mediana industria, favorece el retorno a la tierra y estima en su justo valor la agricultura, preconiza las uniones profesionales, la libertad escolar, protege a los ciudadanos contra toda forma de subversión y de revolución.

Este orden cristiano se distingue abiertamente también de los regímenes liberales fundados en la separación de la Iglesia y del Estado y cuya impotencia para superar las crisis es cada vez más manifiesta. ¿Cómo podrían superarlas después de haberse privado voluntariamente de Aquél que es «*la luz de los hombres*»?

¿Cómo podrían reunir las energías de los ciudadanos, siendo así que ya no tienen otro ideal que el de proponerles el bienestar y la comodidad?

Pudieron mantener la ilusión durante algún tiempo porque los pueblos conservaban hábitos de pensamiento cristianos y porque sus dirigentes mantenían de manera más o menos consciente algunos valores. En la época de los «cuestionamientos», las referencias implícitas a la voluntad de Dios desaparecen, los sistemas liberales librados a ellos mismos y sin estar ya movidos por alguna idea superior se agotan y son fácil presa de las ideologías subversivas.

De manera que hablar de un orden social cristiano no es aferrarse a un pasado caduco; por el contrario significa una posición de futuro que el católico no debe tener miedo de manifestar. El católico no libra un combate de retaguardia, es de aquellos que saben, porque reciben sus lecciones de Aquél que dijo: «*Yo soy el camino, la verdad, la vida*». Nosotros tenemos la superioridad de poseer la verdad; eso no es mérito nuestro del que debamos enorgullecemos, pero debemos obrar en consecuencia; la Iglesia tiene sobre el error la superioridad de poseer la verdad. A ella le corresponde, con la gracia de Dios, difundirla y no ocultarla como con vergüenza. Y menos aún le corresponde mezclarla con la cizaña, como vemos que se hace constantemente.

En *l'Osservatore Romano* y con la firma de Paolo Befani[17] encuentro un artículo interesante sobre el favor concedido al socialismo por el Vaticano. El autor compara la situación de América Central y la de Polonia y dice:

«La Iglesia, dejando de lado la situación de Europa, se encuentra, por una parte, frente a la situación de los países de América Latina y la influencia de los Estados Unidos que se ejerce en ellos y, por otra parte, la situación de Polonia que es un país que se halla dentro de la órbita del imperio soviético.

»Topando con estas dos fronteras, la Iglesia, que con el concilio asumió y superó las conquistas liberales y democráticas de la Revolución Francesa y que en su marcha hacia adelante (véase la encíclica Laborem exercens) se presenta como un "después" de la revolución rusa marxista, ofrece una solución al fracaso del marxismo en esta "clave" de un "socialismo postmarxista, democrático, de raíz cristiana, de gestión propia no totalitaria".

»La respuesta al Este está simbolizada por Solidarność, que planta la cruz frente a los Astilleros Lenin. América Latina comete el error de buscar la solución en el comunismo marxista, en un socialismo de raíz anticristiana».

¡En esto consiste el ilusionismo liberal que asocia palabras contradictorias con la convicción de estar expresando una verdad! A estos soñadores adúlteros, obsesionados por la idea de casar la Iglesia y la revolución, debemos el caos del mundo cristiano que abre las puertas al comunismo. San Pío X decía de los sillonistas: «*Anhelan el socialismo con la mirada fija en una quimera*».

Los sucesores de los sillonistas continúan por el mismo camino.

¡Después de la democracia cristiana, el socialismo cristiano! Terminaremos por llegar al cristianismo ateo.

La solución pasa por encima no sólo del fracaso del marxismo, sino también del fracaso de la democracia cristiana que ya no es necesario demostrar. ¡Basta de componendas, de uniones contra la naturaleza!

¿Qué vamos a buscar en esas aguas turbias? El católico posee la verdadera «clave» y tiene el deber de trabajar con todo su poder, ora empeñándose personalmente en la política, ora mediante su voto, para dar a su patria alcaldes, consejeros, diputados resueltos a restablecer el orden cristiano, el único capaz de procurar la paz, la justicia, la verdadera libertad. No hay otra solución.

CAPÍTULO XXII

Las familias tienen que reaccionar

Ya es hora de reaccionar. Cuando *Gaudium et Spes* habla del movimiento de la historia que «*se hace tan rápido que apenas se puede seguir*», puede entenderse ese movimiento como aquél en que las sociedades liberales se precipitan hacia la disgregación y el caos. ¡Guardémonos de seguirlo!

¿Cómo comprender que ciertos dirigentes que se proclaman de la religión cristiana destruyan toda autoridad? Lo que importa es restablecer la autoridad que fue querida por la Providencia en las dos sociedades naturales de derecho divino cuya influencia aquí abajo es primordial: la familia y la sociedad civil. En estos últimos tiempos fue la familia la que sufrió los golpes más rudos; el paso al socialismo en países como Francia y España aceleró ese proceso.

Las leyes y medidas que se sucedieron muestran una gran cohesión en la voluntad de destruir la institución de la familia: disminución de la autoridad paterna, divorcio facilitado, desaparición de la responsabilidad en el acto de la procreación, reconocimiento administrativo de las parejas irregulares y hasta de las parejas homosexuales, cohabitación juvenil, matrimonio de prueba, disminución de las ayudas sociales y fiscales a las familias numerosas.

El propio Estado, mirando ya a sus intereses, comienza a percibir las consecuencias de esto en lo que se refiere a la baja natalidad y se pregunta cómo, en un tiempo próximo, las jóvenes generaciones podrán asegurar los regímenes de jubilación, de aquellas generaciones que han dejado de ser

económicamente activas. Pero los efectos son mucho más graves en el dominio espiritual.

Los católicos tienen el deber de intervenir con todo su peso, puesto que también son ciudadanos, para restablecer el debido equilibrio. Por eso no pueden permanecer al margen de la política. Pero su esfuerzo se hará notar sobre todo en la educación que den a sus hijos.

Sobre este punto, la autoridad paterna es discutida en sus fuentes mismas por quienes declaran que «*los padres no son los propietarios de los hijos*», con lo cual quieren decir que la educación corresponde al Estado, con sus escuelas laicas, sus guarderías, sus jardines de infantes. Se acusa a los padres de no respetar la «*libertad de conciencia*» de sus hijos cuando los educan según sus propias convicciones religiosas.

Estas ideas se remontan a los filósofos ingleses del siglo XVII que querían ver en los hombres sólo individuos aislados, independientes desde el nacimiento, iguales entre sí, sustraídos a toda autoridad. Sabemos que todo eso es falso. El niño lo recibe todo de su padre y de su madre, alimento corporal, intelectual, educación moral, social. Los padres se hacen ayudar por maestros que en el espíritu de los educandos compartirán la autoridad de los padres, pero lo cierto es que, por una vía o por la otra, la casi totalidad de la ciencia adquirida durante la adolescencia será más una ciencia aprendida, recibida, aceptada, que una ciencia deducida de la observación y de la experiencia personal. Los conocimientos provienen en gran parte de la autoridad que los transmite. El joven estudiante cree en sus padres, en sus profesores, en sus libros, y así su saber se amplía.

Y esto es aún más cierto en el caso de los conocimientos religiosos, de la práctica de la religión, del ejercicio moral de conformidad con la fe, con las tradiciones, con las costumbres. En general, los hombres viven en función de las tradiciones familiares, como se observa en toda la superficie del globo. Por eso la conversión a otra religión diferente de aquella recibida durante la niñez encuentra serios obstáculos.

Esta extraordinaria influencia de la familia y del medio es algo querido por Dios. Dios quiso que sus bienes se transmitan primero por la familia; por eso dio al padre de familia una gran autoridad, un inmenso poder sobre la sociedad familiar, sobre su esposa, sobre sus hijos.

El niño nace con una debilidad tan grande que bien se puede apreciar la necesidad absoluta de la permanencia del hogar y de su indisolubilidad.

Querer exaltar la personalidad y la conciencia del niño en detrimento de la autoridad familiar es asegurar su desgracia, empujarlo a la rebelión, al menosprecio de los padres, siendo así que la longevidad está prometida a quienes honran a sus mayores. Al recordarlo, san Pablo también dice que es deber de los padres no exasperar a sus hijos, sino que éstos han de ser educados en la disciplina y el temor del Señor.

Si hubiera que esperar a poseer la inteligencia necesaria de la verdad religiosa para creer y convertirse, habría bien pocos cristianos en el momento actual. Uno cree en las verdades religiosas porque los testigos son dignos de crédito por su santidad, su desinterés, su caridad. Además, como dice san Agustín, *la fe da la inteligencia*.

El papel de los padres se ha hecho hoy muy difícil. Según vimos, la mayoría de las escuelas libres están laicizadas, ya no se enseña en ellas la verdadera religión ni las ciencias profanas se enseñan a la luz de la fe. Los catecismos difunden el modernismo religioso. La vida vertiginosa absorbe todo el tiempo, las necesidades profesionales alejan a padres e hijos de los abuelos y abuelas que antes participaban en la educación. Los católicos no están solamente perplejos, sino que además están desarmados.

Pero no tanto que no puedan sin embargo asegurar lo esencial, la gracia de Dios. ¿Qué hay que hacer? Existen escuelas verdaderamente católicas, aunque son pocas. A ellas hay que enviar a los hijos aun cuando esto pueda pesar en el presupuesto familiar. Habrá que fundar nuevas escuelas católicas, como algunas personas ya lo han hecho. Si los hijos del lector sólo pueden frecuentar aquellas escuelas en que la enseñanza está desnaturalizada, los padres deben presentarse, reclamar y no dejar que los educadores hagan perder la fe a los niños.

El católico debe leer y volver a leer en familia el catecismo de Trento, el más hermoso y el más completo. Puede organizar «catecismos paralelos» con la dirección espiritual de buenos sacerdotes y no ha de tener miedo de que se lo trate de «salvaje» como se hizo con nosotros. Ya numerosos grupos funcionan en este sentido y ellos recibirán a los niños.

Hay que rechazar los libros que transmiten el veneno modernista. Es menester hacerse aconsejar. Editores valientes publican excelentes obras y vuelven a imprimir las que destruyeron los progresistas. No hay que comprar cualquier Biblia; toda familia cristiana debería poseer la Vulgata, traducción latina hecha por san Jerónimo en el siglo IV y canonizada por la Iglesia. Hay que atenerse a la verdadera interpretación de las escrituras y conservar la verdadera misa y los sacramentos como se administraban antes en todas partes.

Actualmente el demonio está desencadenado contra la Iglesia, pues precisamente de eso se trata: quizás estamos asistiendo a una de sus últimas batallas, una batalla general. El demonio ataca en todos los frentes y si Nuestra Señora de Fátima dijo que un día el mismo demonio llegaría hasta las más altas esferas de la Iglesia, eso significa que tal cosa podría ocurrir. No afirmo nada por mí mismo, sin embargo se perciben signos que pueden hacernos pensar que en los organismos romanos más elevados hay quienes han perdido la fe.

Es menester tomar urgentes medidas espirituales. Hay que rezar, hacer penitencia, como lo pidió la Santa Virgen, recitar el rosario en familia. Como se vio en la guerra, la gente se pone a rezar cuando las bombas comienzan a caer. Pero en este momento precisamente están cayendo bombas: estamos a punto de perder la fe. ¿Se da cuenta el lector de que esto sobrepasa en gravedad a todas las catástrofes que los hombres temen, las crisis económicas mundiales o los conflictos atómicos?

Se imponen renuevos y no ha de creerse que no podamos contar aquí con la juventud. Toda la juventud no está corrompida, como tratan de hacernos creer. Muchos jóvenes tienen un ideal y en el caso de otros basta proponerles uno. Abundan ejemplos de movimientos que apelan con éxito a la generosidad de los jóvenes; los monasterios fieles a la tradición los atraen, no faltan vocaciones de jóvenes seminaristas o novicios que solicitan ser formados. Aquí puede realizarse un magnífico trabajo de acuerdo con las consignas dadas por los apóstoles: *Tenete traditiones. Permanete in lis quae didicistis*. El viejo mundo llamado a desaparecer es el mundo del aborto. Las familias fieles a la tradición son al mismo tiempo familias numerosas a las que su misma fe les asegura la posteridad. «*Creced*

y multiplicaos». Al cumplir con lo que la Iglesia siempre enseñó, el hombre se proyecta al futuro.

CAPÍTULO XXIII

Construir, no destruir

Han transcurrido veinte años y bien se podría pensar que las reacciones provocadas por las reformas conciliares estarían acalladas, que los católicos harían su duelo de la religión en que habían sido criados y que los más jóvenes, no habiéndola conocido, abrazarían la nueva religión. Ésa es por lo menos la apuesta hecha por los modernistas. Éstos no se sorprendían demasiado de las agitaciones provocadas pues se sentían muy seguros de sí *mismos* en los primeros tiempos. Posteriormente estuvieron menos seguros: las concesiones múltiples y esenciales hechas al espíritu del mundo no daban los resultados esperados, nadie quería ser sacerdote del nuevo culto. Los fieles se alejaban de la práctica religiosa, la Iglesia que quería ser la Iglesia de los pobres se convertía en una Iglesia pobre obligada a recurrir a la publicidad para obtener el dinero necesario al culto y obligada a vender sus inmuebles.

Durante todo este tiempo, la fidelidad a la tradición se manifestaba en todos los países cristianos y especialmente en Francia, en Suiza, en los Estados Unidos, en América Latina. El artesano de la nueva misa, monseñor Annibale Bugnini, tuvo que reconocer él mismo esta resistencia mundial en su libro póstumo[18], y ésta es una resistencia que no cesa de crecer, de organizarse, de atraer cada vez más gente.

No, el movimiento «tradicionalista» no está «perdiendo velocidad» como escriben de cuando en cuando los periodistas progresistas para tranquilizarse.

¿Dónde hay tanta gente que asista a misa como en Saint-Nicolas-du-Chardonnet? ¿Y dónde hay tantas misas, tantas bendiciones del Santo Sacramento, tantos hermosos oficios? La Fraternidad Sacerdotal de san Pío X cuenta en el mundo con setenta casas, cada una de las cuales tiene por lo menos un sacerdote, con iglesias como la de Bruselas, como la que últimamente compramos en Londres, como la que pusieron a nuestra disposición en Marsella; cuenta con escuelas, cuatro seminarios.

Nuevos establecimientos se inauguran y se multiplican. Las comunidades de religiosos y de religiosas creadas desde unos quince años atrás que se atienen estrictamente a las reglas de las órdenes correspondientes, rebosan de vocaciones y, en efecto, hay que ampliar constantemente los locales, construir nuevos edificios. La generosidad de los católicos fieles no deja de maravillarme, especialmente en Francia.

Los monasterios son centros de irradiación y allí acuden multitudes, a veces desde muy lejos; jóvenes extraviados por las ilusorias seducciones del placer y por la evasión en todas sus formas encuentran allí su camino de Damasco. Tendría que citar los lugares en que se conserva la verdadera fe católica y que atraen por esa razón: Le Barroux, Flavigny-sur-Ozerain, La Haye-aux-Bonshom-mes, los benedictinos de Ales, de Lamairé, las hermanas de Fanjeaux, de Brignoles, de Pontcallec, las comunidades como la del padre Lecareux…

Como viajo mucho, veo en todas partes la mano de Jesucristo que bendice a su Iglesia. En México el pueblo expulsó de las iglesias al clero reformador conquistado por la presunta teología de la liberación, clero que quería quitar las imágenes de los santos en las iglesias. «*Los que se irán serán ustedes, no las imágenes*».

Las condiciones políticas nos impidieron fundar una casa en México pero tenemos un centro instalado en El Paso, en la frontera de los Estados Unidos, que resplandece con la presencia de sacerdotes fieles. Los pobladores les ofrecen fiestas y sus iglesias. Llamado por la población, yo mismo hube de administrar allí dos mil quinientas confirmaciones.

En los Estados Unidos, jóvenes matrimonios cargados de hijos acuden a los padres de la Fraternidad. En 1982 ordené en ese país a los tres primeros sacerdotes formados enteramente en nuestros seminarios. Los grupos

tradicionales se multiplican en tanto que las parroquias se degradan. Irlanda, que al comienzo se mostró refractaria a las novedades, llevó a cabo su reforma en 1980: los altares fueron arrojados a los ríos o reutilizados como materiales de construcción. Simultáneamente se formaban grupos tradicionalistas en Dublín y en Belfast. En el Brasil, en la diócesis de Campos a la que ya me referí, la población *permaneció* estrechamente apretada alrededor de los sacerdotes alejados de sus parroquias por el nuevo obispo. Manifestaciones de cinco a diez mil personas recorrieron las calles.

De manera que estamos en el buen camino; allí están las pruebas, y el árbol se conoce por sus frutos. Lo que realizaron los clérigos y los laicos a pesar de la persecución del clero liberal —pues, como decía Louis Veuillot, «*No hay peor sectario que un liberal*»— es casi milagroso.

No os dejéis engañar, queridos lectores, por el uso del término «tradicionalista» que se trata de emplear en mal sentido. En cierto modo se trata de un pleonasmo, pues no veo qué cosa puede ser un católico que no sea tradicionalista. La Iglesia es una tradición, como creo haberlo demostrado ampliamente en este libro. Nosotros, los católicos, somos una tradición. También se habla de «integrismo»; si se entiende por esa expresión el respeto a la integridad del dogma, del catecismo, de la moral cristiana, del santo sacrificio de la misa, entonces, sí, somos integristas. Pero tampoco veo cómo un católico puede no ser integrista en este sentido.

Se dice también que mi obra desaparecerá conmigo porque no habrá obispos que me reemplacen… Estoy seguro de lo contrario; sobre esto no tengo ninguna inquietud. Puedo morir mañana y el buen Dios tiene todas las soluciones. Sé que en el mundo se encontrarán suficientes obispos para ordenar a nuestros seminaristas. Aun cuando hoy uno u otro de los obispos permanezca callado, recibirá del Espíritu Santo el coraje para manifestarse a su vez. Si mi obra es de Dios, Él sabrá conservarla y hacerla servir para bien de la Iglesia. Nuestro Señor nos lo prometió: las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

Por *eso* me obstino, y si se quiere conocer el motivo profundo de esa obstinación, helo aquí. En la hora de mi muerte, cuando Nuestro Señor me pregunte: *«¿Qué has hecho de tu episcopado, qué has hecho de tu gracia*

episcopal y sacerdotal?», no quiero oír de su boca estas terribles palabras: «Has contribuido a destruir mi Iglesia con los demás».

4 de julio de 1984.

MARCEL LEFEBVRE (Tourcoing, Francia, 1905 - Martigny, Suiza, 1991), fue un obispo católico francés conocido por su crítica al Concilio Vaticano II.

Tras una dilatada carrera como misionero espiritano en el África francófona, tomó el liderazgo del movimiento ultramontano europeo, dentro de la Iglesia católica, enfrentándose a sus compañeros en el episcopado y llegando a desobedecer al papa Juan Pablo II, interpretando el Concilio Vaticano II como si supusiera una ruptura con la tradición de la Iglesia.

En noviembre de 1970, Lefebvre fundó la Hermandad Sacerdotal San Pío X y en 1988, contra la prohibición expresa de Juan Pablo II, Marcel Lefebvre consagró cuatro obispos. Inmediatamente la Congregación para los Obispos vaticana emitió un decreto declarando que la consagración era un acto cismático y que, en consecuencia, tanto Lefebvre, como otros obispos participantes en la ceremonia, habían incurrido en la excomunión automática, de acuerdo con el derecho canónico católico.

Notas

[1] *La Documentation catholique*, 3 de julio de 1983, N.º 1085, págs. 696-697. <<

[2] Sondeo *Madame Figaro-Sofres*, septiembre de 1983. La primera pregunta formulada era: ¿Comulga usted una vez por semana o más; alrededor de una vez por mes? Lo cual corresponde más o menos a la asistencia a misa, puesto que hoy todo el mundo comulga. Las respuestas afirmativas pasaron de un dieciséis a un nueve por ciento. <<

[3] Acción de hacer propicio a Dios. <<

[4] Acción de obtener las gracias y bendiciones divinas. <<

[5] Asambleas dominicales en ausencia del sacerdote. <<

[6] Instrucción *Pastorialis actio*. <<

[7] R. P. Ulisse Floridi, *Moscou et le Vatican*, Ed. France-Empire. <<

[8] *Demain la liturgie*. Ed. du Cerf. <<

[9] *Le Catholicisme libéral*, 1969. <<

[10] *Un evéque parle*, E. Dominique Martín Morin. <<

[11] *Singulari Nos*, 1834. <<

[12] Texte de reference, párrafo 312. <<

[13] De commencement en commencement, pág. 176. <<

[14] Canon 493. <<

[15] Prefecto de la Congregación de la Educación Católica. <<

[16] Referente al concilio de Trento. <<

[17] L’Osservatore Romano, 18/1/1984. <<

[18] *La Reforma litúrgica*, Edizioni Liturgiche, Roma. <<